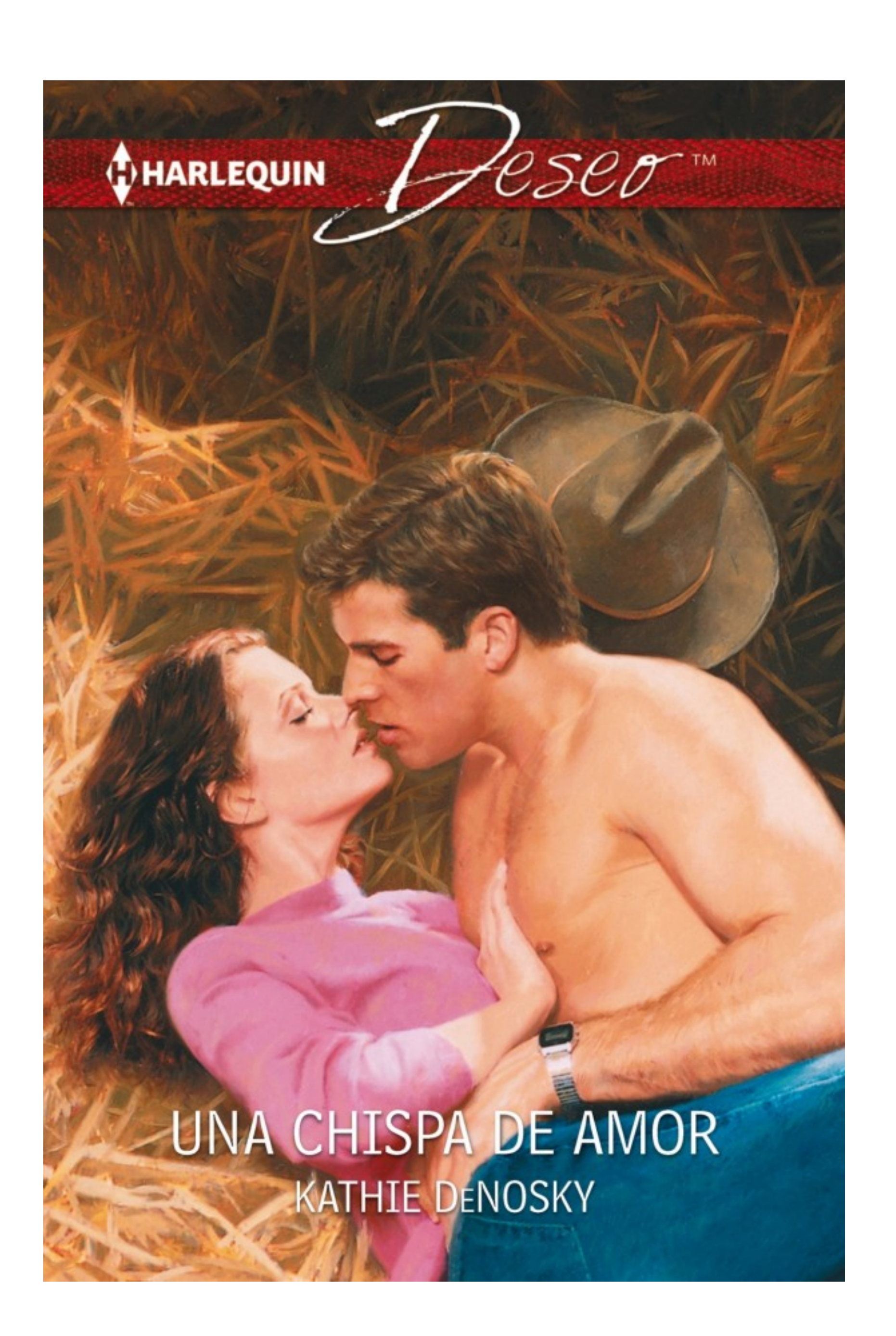

HARLEQUIN
Deseo™
UNA CHISPA DE AMOR
KATHIE DeNOSKY

Editado por Harlequin Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Una chispa de amor, n.º 1223 - septiembre 2014
Título original: Cowboy Boss
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2003

I.S.B.N.: 978-84-687-4688-3
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Sumário

Capítulo Uno

Cooper Adams había mirado a la muerte a la cara y había sobrevivido para contarlo. Pero la recuperación tras su encuentro con el peor toro del rodeo no podía compararse al duelo que afrontaba en aquellos momentos.

—Whiskers —dijo, volviéndose para mirar al viejo que estaba a su lado—, ¿cómo demonios se te ha ocurrido comprar esta ruina? Y encima con mi dinero.

—No te ofendas, Coop —replicó Whiskers Penn con una sonrisa desdentada, obviamente imperturbable ante el tono malhumorado de Cooper—. Como ya te dije por teléfono, puede que la Triple Bar no te parezca gran cosa ahora, pero tiene muchas posibilidades.

Cooper soltó un bufido.

—Sí, tal vez la casa y los graneros no se derrumben con el primer vendaval que sople.

Miró la casa, comprada con el dinero que tanto le había costado ganar. Decir que aquel lugar había conocido días mejores era quedarse corto.

Grandes tiras de empapelado ondeaban al viento. Las pocas ventanas intactas estaban tan cubiertas del polvo de Texas que eran completamente opacas, y el porche trasero amenazaba con desplomarse en un extremo. Pero eso no era lo peor. Faltaban tantas tejas que Cooper no tuvo duda de que la casa sería un colador cuando lloviese.

Se subió el ala de su sombrero marrón Resistol y apoyó las manos en las caderas, mientras pensaba en cuánto dinero iba a costarle la reforma. Cuando calculó la cantidad de cinco cifras se le encogió el corazón. Adiós al segundo camión que había pensado comprar antes del invierno...

¡Maldición! Tenía pensado mudarse allí antes de que su cuñado, Flint McCray, volviera de llevar a su hermana Jenna y a los niños a Disneyworld. Para eso solo faltaba una semana, y Cooper aún tenía que cercar los pastos antes de que Flint trasladase el ganado desde

la Rocking M.

—Bueno, tengo que ir a Amarillo —dijo Whiskers, mirando su reloj—. Espero llegar a tiempo para conseguir el material que necesitas para las vallas.

Cooper asintió.

—Busca también unos cuantos rollos de plástico.

—Estás pensando en cubrir los huecos del tejado, ¿verdad? —le preguntó el viejo con una risita.

—Y también las ventanas rotas —respondió Cooper—. La previsión del tiempo apunta a que va a estar lloviendo toda la semana. No quiero que el interior sufra más daños de los que ya tiene.

—Yo podría decirte si va a llover o no, sin necesidad de escuchar ese maldito parte meteorológico —dijo Whiskers, cojeando hacia la camioneta de Cooper—. Siempre que va a llover me duelen los huesos—. Subió lentamente a la cabina y arrancó el motor—. Parece que vas a tener compañía —le dijo con una sonrisa.

Cooper se volvió y vio que una camioneta roja se acercaba dando tumbos por el estrecho camino plagado de baches. El vehículo sorteó un socavón, lo bastante hondo como para enterrar a una mula, y se detuvo junto a unos postes que sostenían algunas maderas rotas… el corral. Otra cosa que habría que reparar.

—Seguramente sean las autoridades, que vienen a declarar este lugar en ruinas.

Whiskers volvió a sonreír, y a Cooper se le erizaron los pelos de la nuca al ver su boca sin dientes.

—No me avergüences, chico. Procura cuidar tus modales, ¿de acuerdo?

—¡Hola! —un hombre fornido de unos cincuenta años salió de la camioneta roja y empezó a recoger el equipaje de la parte trasera—. Soy Bubba West, su vecino.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó Cooper.

—A mí me parece que alguien está pensando en quedarse una temporada —respondió Whiskers en tono inocente. Soltó una carcajada y se alejó con la camioneta antes de que Cooper pudiera detenerlo.

Cooper frunció el ceño. ¿Acaso el viejo había perdido el juicio?

Borró esa posibilidad de inmediato. Había conocido a Whiskers

cinco años atrás, y tenía que reconocer que al viejo no lo afectaba la edad. No, su rápida huida significaba que tenía algo preparado. Cooper no tenía ni idea de lo que podía tratarse, pero sí estaba seguro de que no iba a gustarle cuando lo descubriera.

Abrió la boca para llamarle la atención a Bubba, pero se quedó sin palabras al ver cómo del asiento del copiloto salía una mujer joven. Había estado tan preocupado pensando en las intenciones de Whiskers, que no se había percatado de la presencia de una segunda persona en el vehículo. Pero al ver su larga y ondulada melena de color castaño rojizo, y fijarse en el mejor trasero que había visto en su vida, sí que fue consciente de su presencia. Demasiado consciente...

Era alta y esbelta, pero no tan delgada como las esqueléticas modelos que se veían en las revistas y en la televisión. No, las curvas de aquella mujer podrían volver loco a cualquier hombre. La voluptuosidad de sus caderas atraía la atención hacia su estrecha cintura, su pequeño y duro trasero y sus largas y bien formadas piernas, enfundadas en unos vaqueros azules.

Cooper tragó saliva y sacudió la cabeza. No pudo oír lo que la mujer le había dicho a Bubba, pero estaba claro que las maletas eran suyas. Cooper tuvo la intención de protestar, pero entonces la mujer se volvió para mirarlo, y él fue incapaz de articular palabra. No era solo atractiva. Era increíblemente hermosa.

Al ver sus sensuales y generosos labios, curvados en una radiante sonrisa, se le hizo un nudo en la garganta. Pero fueron sus grandes ojos marrones los que le provocaron el deseo de hacer alguna estupidez, como matar un dragón o mover una montaña por ella.

—Hasta la vista, vecino —le dijo Bubba, despidiéndose con la mano desde la cabina.

Cooper volvió a la realidad al oír el rugido del motor.

—¡Eh! —le gritó a Bubba, pero ya era demasiado tarde. La camioneta roja se alejaba por el camino, levantando una nube de polvo a su paso.

Cooper y la mujer se quedaron durante varios segundos mirándose el uno al otro, antes de que él consiguiera acercarse a ella.

—Soy Cooper...

—Soy Faith...

Los dos habían hablado a la vez, y se echaron a reír.

—Intentémoslo de nuevo —dijo Cooper, extendiendo la mano—. Me llamo Cooper Adams

—Y yo Faith Broderick —sonrió y le estrechó la mano.

Tan pronto como palpó la suavidad de su piel, una ola de calor le subió por el brazo y se dirigió hacia la región por debajo de su hebilla.

Retiró inmediatamente la mano, y, para su satisfacción, comprobó que la mujer evitaba su mirada y se concentraba en la correa de la bolsa que llevaba al hombro. Era una prueba evidente de que también a ella le había estremecido el contacto.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita Broderick?

Ella miró hacia el camino que conducía a la carretera.

—¿Era el señor Penn a quien he visto marcharse en la camioneta negra?

Su voz era tan dulce y sensual que Cooper tuvo que tragar saliva varias veces antes de poder hablar.

—Whiskers ha ido a Amarillo a buscar material.

—Oh —la joven pareció repentinamente insegura—. ¿Dijo cuándo volvería?

Cooper sonrió, en un intento por devolverle la seguridad.

—Tendría que estar de vuelta antes de que anochezca. ¿Puedo ayudarla en algo?

—No lo creo —negó con la cabeza y esbozó una sonrisa que casi lo dejó sin respiración—. Tengo que hablar con el señor Penn —dijo, mientras acariciaba nerviosa la correa de la bolsa—. ¿No le ha dado instrucciones antes de marchase?

Cooper se echó a reír.

—Nunca ha sabido cómo explicarme lo que tengo que hacer y cómo hacerlo. Por respeto a su edad lo escucho, pero luego hago lo que yo creo que es mejor.

La sonrisa de la joven se desvaneció.

—¿Y él se lo consiente? —le preguntó con incredulidad.

—Oh, a veces puede ser un bocazas —dijo Cooper encogiéndose de hombros—. Le suelo dejar que se desahogue, sin hacerle mucho caso.

—Nunca he tenido un jefe tan indulgente —dijo ella negando

con la cabeza—. Me va a costar mucho trabajo acostumbrarme.

De repente, Cooper tuvo la sensación de que no estaban hablando de lo mismo.

—¿Cree que yo trabajo para Whiskers?

—¿No es así?

—No —respondió él con el ceño fruncido—. Cuando no está intentando dirigir mi vida, trabaja para mi cuñado, Flint McCray.

Ella no pareció creerlo.

—Cuando me contrató, el señor Penn dijo que necesitaba alguien para limpiar la casa y cocinar.

—¿Que hizo qué? —Cooper sintió que la tierra se le abría bajo los pies. Miró las maletas. Se había olvidado de ellas en cuanto vio la sexy sonrisa de la joven.

Ella se puso la mano en el pecho y empezó a retroceder, como si estuviera asustada.

—Escuche, señorita Broderick. Siento si la he asustado, pero soy yo el propietario de la Triple Bar —miró la casa por encima del hombro—. Y como puede ver, no voy a necesitar una asistenta durante mucho tiempo.

En aquel momento sonó su teléfono móvil. Cooper lo extrajo de su cinturón y lo desplegó.

Antes de que pudiera contestar, oyó la voz de Whiskers al otro lado de la línea.

—Coop, apuesto a que te estás acordando de mí y de Bubba ahora mismo.

Cooper miró a Faith. Parecía tan asustada como un cervatillo, dispuesta a salir corriendo a la menor provocación.

—Puedes estar seguro —le dijo a Whiskers.

—Lo suponía —dijo Whiskers, riendo—. Por eso voy a quedarme en la Rocking M, a esperar a que Flint y Jenna vuelvan de las vacaciones. Así tendrás tiempo para calmarte y conocer a esa jovencita. Volveré a la Triple Bar cuando Flint lleve el ganado la semana que viene.

Cooper miró a Faith e intentó esbozar una sonrisa tranquilizadora. Al no conseguirlo, le dio la espalda y bajó la voz.

—¿Y qué se supone que debo hacer con Faith Broderick mientras tanto?

El viejo volvió a reírse.

—Chico, si no sabes lo que hacer con una mujer así en un rancho desierto, es que no tienes remedio.

El teléfono dio un pitido, indicando que se estaba quedando sin batería.

—Whiskers, tienes mi camioneta, y estamos a cuarenta kilómetros de la Rocking M —Cooper empezaba a darse cuenta de la gravedad del asunto—. ¿Qué demonios vamos a comer? —le preguntó en un furioso susurro.

—Ya me he ocupado de eso —Whiskers parecía muy orgulloso de sí mismo—. Todo lo que necesitáis está en la casa o en el granero. Incluso he dejado ahí tus ropas.

—Pero no hay electricidad —Cooper odiaba mostrarse tan desesperado, pero solo quedaban unos segundos de batería.

—No necesitas electricidad, chico —Whiskers no paraba de reír —. Y ahora, trata a esa joven como a la dama que es. Nos veremos dentro de una semana.

Antes de que Cooper pudiera decir algo más, el teléfono se apagó. Cerró el aparato y apenas pudo contenerse para no arrojarlo tan lejos como pudiera.

Se lo volvió a enganchar al cinturón y repasó los hechos. Estaba confinado en un rancho desierto con una mujer a la que no conocía, sin medio de transporte ni de comunicación. Se volvió para mirarla. Lo peor de todo era que tenía que explicarle la situación él mismo.

Si en aquellos momentos le hubiera puesto las manos encima a Whiskers, lo habría dejado sin los pocos dientes que le quedaban.

Faith observó cómo Cooper Adams se volvía para mirarla. No parecía muy contento.

—¿Pasa algo malo? —le preguntó, acongojada.

Él se balanceó sobre sus pies y se quitó el sombrero para pasarse una mano por su rubia cabellera. Se quedó mirando al horizonte, como si no pudiera mirarla a los ojos.

—Eh... —volvió a ponerse el sombrero y la miró—. Parece que tenemos un pequeño problema.

A Faith se le apretó aún más el nudo que tenía en el estómago y las rodillas empezaron a temblarle. Había algo que Cooper no quería decirle, y, a juzgar por la expresión de su cara, era algo que

no iba a gustarle escuchar.

Se acercó al montón de maletas y se sentó sobre una de ellas, antes de que las piernas le fallaran por completo.

—¿De qué se trata?

Cooper tomó una profunda inspiración, expandiendo su amplio pecho.

—Por lo visto, Whiskers ha decidido quedarse en el rancho de mi hermana y de mi cuñado. Dice que no piensa volver hasta que Flint regrese de sus vacaciones y traigan mi ganado desde la Rocking M.

Faith sintió un escalofrío. No era de Texas, pero sabía que algunos ranchos estaban separados cientos de kilómetros los unos de otros.

—¿Y para cuándo será eso?

Él se pasó una mano por el rostro, antes de mirarla con sus penetrantes ojos azules.

—Dentro de una semana.

A Faith le dio un vuelco el corazón.

—Si fuera tan amable de llevarme a Amarillo, yo...

¿Ella qué? No tenía nada que hacer allí, y no podía volver a Illinois, donde solo la esperaba un pequeño pueblo en donde constantemente estarían recordándole sus errores.

—Señorita Broderick, eso es lo peor de todo —la voz de Cooper interrumpió sus pensamientos—. Cuando Whiskers se marchó en mi camioneta, se llevó el único medio de transporte que había.

Faith miró a su alrededor. No había ningún vehículo a la vista, ni siquiera un tractor.

—Puede llamar a alguien con su teléfono móvil. Estoy segura de que el señor West...

—Se ha quedado sin batería.

Faith tragó saliva.

—Recárguela.

—Imposible. No hay electricidad.

—¿Quiere decir que estamos atrapados aquí hasta la semana que viene, incomunicados y sin modo alguno de marcharse?

Él asintió con una adusta expresión.

—Eso es exactamente lo que quiero decir.

Faith se masajeó las sienes con los dedos. ¿Por qué el señor Penn

le había mentido diciéndole que era el propietario del rancho? ¿Y por qué la había reunido allí con el vaquero más sexy que había visto en su vida?

Whiskers Penn había sido un amigo de toda la vida de su difunto abuelo, y cuando su abuela le habló del trabajo, ella había dado por sentada la honestidad del viejo. Por eso se puso en contacto con él y aceptó el empleo. Whiskers consiguió la aprobación de su abuela, algo muy difícil de lograr, de modo que todo parecía ser una sencilla vía de escape del pasado y un modo de rehacer su vida.

Pero estaba claro que había cometido el mismo error, confiando de nuevo en la bondad y sinceridad de las personas. Estaba tan desesperada por comenzar de nuevo, que había saltado de la sartén para caer en las brasas. ¿Cuándo aprendería que no debía creerse todo lo que decían los demás?

—¿Por qué el señor Penn haría algo así?

—Porque el viejo tiene más de una vena de picardía —respondió Cooper cruzando los brazos al pecho—. Nos guste o no, señorita Broderick, tendremos que hacernos a la idea de que estamos atrapados aquí hasta la semana que viene.

Miró a su nuevo hogar y luego a Faith. Había demasiado poco espacio para su tranquilidad mental. Cada vez que girasen una esquina se toparían el uno con el otro. La idea de chocarse contra ella le produjo una súbita reacción de calor corporal.

—Será mejor que le echemos un vistazo al interior —dijo, señalando la casa.

—Si lo que me ha dicho es cierto, y es usted el dueño de la casa, ¿cómo es que no conoce el interior?

Él soltó un profundo suspiro.

—Porque fui lo bastante idiota como para comprarla sin haberla visto antes.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó ella con escepticismo—. Ni siquiera yo soy tan ingenua.

Cooper negó con la cabeza. Llevaba media hora preguntándose lo mismo.

—Tras retirarme de los rodeos, empecé a trabajar como comentarista de los torneos. Cuando este rancho salió a subasta, yo estaba retransmitiendo un circuito y no pude asistir a la puja. Y Flint y mi hermana estaban de viaje, en un espectáculo ecuestre.

—Así que fue Whiskers quien la compró.

—Por desgracia —dijo él asintiendo—. Confié en él cuando me dijo que la casa necesitaba algunos arreglos pero que era una buena compra… Puede estar segura de que no volveré a cometer esa equivocación.

Faith miró las maletas que la rodeaban y se levantó. Cooper miró asombrado el tamaño de su equipaje. ¿Por qué a los hombres les bastaba con una simple bolsa para pasar todo un mes, si en cambio las mujeres necesitaban media docena de maletas para una sola noche?

—Creo que sería buena idea llevar mis cosas adentro —dijo ella, y agarró una maleta en cada mano—. Parece que va a empezar a llover de un momento a otro.

Cooper miró las nubes que cubrían el cielo, y luego el descomunal equipaje. Levantó tantas bolsas como podía cargar de una sola vez y se encaminó hacia la casa. Si se daban prisa, podrían acabar antes de que cayera el torrente de agua.

No tuvieron tanta suerte. Las primeras gotas los alcanzaron de camino, y cuando llegaron al porche, el agua caía a raudales.

Cooper dejó las bolsas frente a la puerta y volvió por el resto del equipaje. Agarró las tres últimas maletas y corrió de nuevo hacia el porche, teniendo cuidado de evitar chocarse contra los aleros combados del techo.

Faith ya había entrado en la casa, lo que le pareció muy bien a Cooper. La visión de su bonito trasero le había hervido la sangre y le había encendido peligrosamente la imaginación…

Mientras estaba de pie en el porche, tratando de figurarse cómo iban a pasar la semana sin la amenaza constante de una erección, se oyó un fuerte golpe, seguido de un chillido de mujer. El grito le produjo un escalofrío que alcanzó hasta el último de sus nervios.

—¿Qué demonios…?

La puerta de madera se abrió de golpe y, antes de que Cooper se diera cuenta, Faith salió disparada, saltó por encima de las maletas y se aferró a él como una lapa.

Capítulo Dos

Faith sintió el abrazo protector de Cooper, antes de que él perdiese el equilibrio y cayera sentado en el suelo fangoso. Se apartó los cabellos, empapados por la lluvia, y se encontró a solo unos centímetros de su rostro.

El tiempo pareció detenerse mientras estaba sentada a horcajadas sobre su regazo, sintiendo el duro tacto de sus muslos bajo el trasero, mirando sus intensos ojos azules y sus labios entreabiertos, y preguntándose cómo sería probarlos con los suyos propios...

A pesar de la fría lluvia, Faith sintió que una ola de calor la inundaba de la cabeza a los pies al contemplar el atractivo de aquel hombre. No le gustó nada la sensación, teniendo en cuenta que debían pasar una semana juntos en un rancho desierto.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó él finalmente, con una voz tan íntima y sexy que a Faith le elevó aún más la temperatura corporal.

Tenía el rostro tan cercano al suyo que podía sentir su cálida respiración en la mejilla y apreciar la pequeña cicatriz bajo su ceja derecha. Los brazos la mantenían presionada contra su pecho, haciendo que los senos le temblasen.

—Yo... —se puso en pie con dificultad, con las rodillas temblorosas—. Eh, sí, estoy bien.

Durante varios segundos los dos se miraron en silencio.

—Vamos —dijo él; se levantó y la tomó de la mano—. Hay que resguardarse de la lluvia.

Faith se había olvidado del aguacero y de que los dos estaban calados hasta los huesos. Se había quedado fascinada ante la visión de su camisa empapada, ajustada a su perfecto torso y anchos hombros. Su ex marido había ido a un gimnasio durante años, y nunca consiguió la recia musculatura que lucía Cooper Adams. Aunque, como ella acabó descubriendo de una forma dolorosa, Eric no pasaba en el gimnasio tanto tiempo como la hacía creer.

De vuelta en el porche, Faith notó que él la miraba con intensidad. Siguió la dirección de sus ojos, y se apresuró a cruzar los brazos al pecho, con las mejillas coloradas. Su camiseta amarilla se había vuelto casi transparente por el agua, y se ajustaba a sus pechos como una segunda piel, sin que el sujetador de encaje pudiera cubrir mucho...

—¿Qué demonios ha pasado ahí dentro? —le preguntó él tras carraspear un par de veces.

A Faith le costó unos momentos darse cuenta de lo que quería decir, hasta que recordó la razón de su huida y se puso a temblar.

—Hay una especie de criatura espantosa en la cocina.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó él con un suspiro.

—No... no lo sé con seguridad —reconoció ella.

—¿No la ha visto?

—No me quedé el tiempo suficiente para ver cómo era.

Cooper apoyó las manos en las caderas y la miró fijamente.

—Entonces, ¿por qué dice que es espantosa?

—Porque cuando moví una caja llena de cacerolas, emitió un horrible siseo —respondió ella, irritada por la pregunta de Cooper —. No iba a quedarme allí para que me mordiera.

Cooper apretó los labios, y ella no tuvo duda de que estaba reprimiendo una carcajada. Sintió deseos de abofetearlo. ¿Por qué los hombres se sentían tan condenadamente superiores cuando una mujer les confesaba sus miedos?

—Bueno, podemos hacer dos cosas —dijo él, muy serio—. Podemos quedarnos aquí y discutir el asunto mientras nos helamos con estas ropas mojadas, o podemos entrar y cambiarnos —se encogió de hombros e hizo ademán de abrir la puerta—. Yo opto por secarme y calentarme. ¿Y usted?

—Pero... ¿y el animal? —preguntó ella. Los dientes le castañeteaban por el frío y el miedo.

—¿Dónde lo ha visto? —Cooper volvió a soltar un suspiro de resignación.

—Ya se lo he dicho... No lo he visto. Solo lo he oído.

—De acuerdo. ¿Dónde ha oído a esa espantosa criatura?

—En... la cocina —se estremeció al recordarlo—. En... las cajas que hay... en el centro.

Cooper abrió la puerta y entró en la cocina. En el fondo, se

alegraba de poner distancia entre ellos. Cuando Faith Broderick saltó a sus brazos y le rodeó la cintura con las piernas, el corazón le había dado un vuelco tremendo. Pero fue la visión de su camiseta empapada lo que casi había acabado con él. Había visto el tamaño y la forma de sus pechos… y sus pezones erguidos. ¿Cómo podía un hombre no fijarse en algo así?

Sacudió la cabeza. Era imposible ignorarlo u olvidarlo. Tenía el presentimiento de que la semana iba a ser un infierno.

Miró a su alrededor, y decidió que lo que Faith había oído debía de haberse ido. Se volvió para decirle que el camino estaba despejado, cuando un movimiento sobre las cajas que había en el centro le llamó la atención. Se acercó y atrapó al pequeño lagarto, que emitió un siseo.

A pesar de la frustración, Cooper no puedo evitar una risita. Al ver a Faith se había imaginado que movería montañas o mataría a un dragón por ella, y por lo visto se habían cumplido ambos deseos. Había movido una montaña de maletas, y lo siguiente era jugar a ser el caballero blanco que se enfrentaba a un pequeño dragón.

Cuando un hombre empezaba a sufrir el síndrome del «caballero blanco», solo por haber atrapado a un lagarto y a una pila de equipaje, era un claro síntoma de haber pasado mucho tiempo sin una mujer.

—Aquí está su «espantosa criatura» —dijo mientras abría la puerta.

—¿Qué es esa cosa? —preguntó ella, retrocediendo ante él.

—Es solo un pequeño lagarto —soltó al reptil y se volvió para mirarla—. No hace ningún daño.

—Tendré… que… confiar en usted —dijo ella, temblando de arriba abajo.

Cooper tuvo que reprimir el deseo de abrazarla para que entrase en calor, y se limitó a ponerle una mano en la espalda para conducirla adentro mientras sostenía la puerta.

—¿Dónde quiere que ponga las maletas? —le preguntó, preparado para mover de nuevo la gigantesca Samsonite.

—Déjelas… en la sala de estar, por ahora —dijo ella sin parar de temblar—. Antes de desempaquetar nada… tendremos que limpiar esto —añadió, dando a entender que quería asegurarse de que no hubiera más inquilinos indeseados.

Después de trasladar las maletas, Cooper localizó las cosas que Whiskers le había dejado. Sacó un par de toallas y volvió a la cocina para ofrecerle una a Faith.

—Será mejor que se seque y se cambie de ropa.

Ella lo miró con cautela, y Cooper comprendió que no quisiera desnudarse aunque estuviera sola en una habitación. Eran prácticamente unos desconocidos, por lo que no podía confiar en que él no fuese a violar su intimidad.

—No tienes que preocuparte por mí, Faith. Te doy mi palabra de que permaneceré aquí mientras te cambias.

El inesperado tuteo y la mención de su nombre de pila le provocó a Faith un profundo estremecimiento. Se apresuró a escabullirse al salón para buscar ropa seca. De algún modo, estaba segura de que Cooper no suponía una amenaza física y de que cumpliría su promesa, pero lo que más la inquietaba era la poderosa virilidad que emanaba de cada uno de sus poros. No quería que Cooper Adams le resultara atractivo, ni quería pensar en él como en alguien digno de confianza. De hecho, no quería pensar en él en absoluto. Su tranquilidad mental dependía de ello.

Pero el recuerdo de su cuerpo pegado al suyo, el olor de piel masculina y la fuerza de sus ojos azules le hacían imposible ignorarlo.

Se desnudó y se restregó vigorosamente con la toalla, no tanto para secar la humedad sino para sofocar el escalofrío que le producía pensar en Cooper Adams.

Escogió una sudadera negra, unos pantalones holgados a juego y un par de calcetines gruesos. Convencida de que un hombre encontraría aquel atuendo tan atractivo como un saco de lona, se puso unas zapatillas deportivas y se arregló un poco el pelo antes de volver a la cocina.

—Al menos, Whiskers ha traído algo para calentar la casa —dijo Cooper, que acababa de encender una estufa de queroseno. Se puso en pie y empezó a desabotonarse la camisa—. Me cambiaré y luego te ayudaré a buscar la comida que el viejo nos haya dejado.

Ella asintió, incapaz de articular palabra. Se había quedado muda al contemplar sus abdominales y pectorales, perfectamente esculpidos en su torso. Tragó saliva al ver cómo Cooper terminaba de quitarse la camisa y mostraba sus poderosos bíceps, y recordó lo

segura que se había sentido en aquellos brazos.

Ajeno a lo que la visión de su cuerpo provocaba, Cooper se dio la vuelta y se encaminó hacia el salón. Bajo el omoplato se apreciaba una larga cicatriz, que no restaba atractivo alguno a sus anchos hombros y estrecha cintura. Entonces Faith se fijó en su trasero, prieto y duro bajo los desgastados vaqueros, y se quedó sin respiración. Era un cuerpo absolutamente perfecto.

Sacudió la cabeza para apartar esos pensamientos. Cooper no era más que un hombre atractivo y musculoso, y ella había aprendido por experiencia que los hombres no eran más que una fuente de problemas.

Si quería mantener la cordura durante la semana, tenía que recordar eso. Y también tendría que mantener la mirada por encima de la barbilla de Cooper...

Tan pronto como entró en el salón, Cooper dejó escapar el aire contenido en sus pulmones y se pasó una mano por el abdomen. Nunca había tenido una barriga prominente, pero cuando vio que Faith lo miraba como un perro hambriento miraba un filete, había endurecido tanto como pudo los músculos del vientre.

¿Qué demonios le había pasado? Jamás había sentido la necesidad de impresionar a una mujer con su físico. Desde los quince años, siempre había tenido a todas las mujeres que deseaba.

Frunció el ceño. Tenía que ser un caso de locura transitoria. Últimamente había estado trabajando tan duro, que no había tenido tiempo de pensar en mujeres ni de estar con ninguna. Y la perspectiva de pasar una semana con una particularmente hermosa no era nada tranquilizadora. No iba a ser fácil.

Satisfecho por haber descubierto la razón de su comportamiento irracional, se quitó los vaqueros y se secó. Estaba claro que a Faith tampoco le gustaba que hubiese atracción entre ambos, pero la verdad era que se atraían. Tendrían que limitarse a ignorarlo.

Naturalmente, era mucho más sencillo decirlo que hacerlo. Faith se había vestido con ropas deportivas, y Cooper estaba seguro de que había sido un intento por mermar su atractivo. Soltó una risita. Faith no tenía ni idea de que ni siquiera con un atuendo así resultaba menos impresionante.

Se puso ropa seca y se obligó a investigar su nuevo hogar. Si algo podía distraer su mente de los pensamientos eróticos era el trabajo que lo aguardaba. Pero al entrar en uno de los tres dormitorios, descubrió que Whiskers había pensado en todo.

Vio cristales nuevos apoyados contra la pared, destinados a las ventanas rotas, latas de pintura para el exterior e interior de la casa, y varias pilas de tejas para el tejado. Vio también un cinturón de herramientas con un martillo y cinta métrica, además de masilla para las juntas, cajas de clavos y un surtido de serruchos. Lo último que vio fue la nota pegada en uno de los rollos de plástico.

El material para las vallas está en el granero. Que lo pases bien. Whiskers.

—Viejo loco —masculló Cooper. Comprobó, aliviado, que en los otros dos dormitorios había camas de matrimonio provistas de cómodos colchones. Al menos, podría disfrutar de una noche de descanso tras un día de duro trabajo.

—¿Ha encontrado velas o algo que podamos usar para iluminarnos? —preguntó Faith desde la cocina, donde estaba abriendo y cerrando todos los armarios.

—Voy a buscar —respondió él. Agarró el cinturón de herramientas y un rollo de plástico y volvió a la cocina—. Cuando consigamos algo de luz, iré a colocar este plástico en las ventanas rotas —le explicó ante su expresión interrogante—. De ese modo mantendremos la casa caldeada —soltó los utensilios y se puso a buscar en las cajas y bolsas. Encontró un puñado de velas y una linterna—. Parece que Whiskers nos ha dejado una pequeña cocina de gas —dijo, señalando el aparato que había en la encimera.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce al señor Penn? —le preguntó ella, mientras él seguía sacando utensilios de cocina—. ¿Suele hacer este tipo de cosas muy a menudo?

—La verdad es que no —sacó una bolsa de trapos y un spray de limpieza—. No desde...

Se le rasgó la voz al recordar la última treta de Whiskers. Había sido con su hermana Jenna y Flint McCray. El viejo había rehusado advertirles contra una tormenta que se avecinaba, dejándolos aislados en una remota chabola. Cooper miró la espalda de Faith y

tragó saliva. El resultado de aquella estratagema no se había hecho esperar. Jenna y Flint llevaban cinco años felizmente casados.

Cuando Whiskers lo llamó para decirle que se iba a la Rocking M, Cooper estaba demasiado enfadado como para pensar en las intenciones del viejo. Pero, habiéndose calmado, lo comprendía muy bien. Aquel maldito chiflado los confinaba a un lugar desierto con el propósito de que acabaran juntos ante el altar.

—¿Desde...? —lo apremió Faith, mientras pasaba un trapo por el interior de un armario.

—No importa —respondió él—. Ha pasado mucho tiempo.

Ella dejó de limpiar y lo miró.

—¿Cree que su edad tiene algo que ver con su comportamiento?

—Podría ser... Si puedes arreglártelas aquí sola, iré a colocar el plástico.

Ella asintió, y él se marchó con las herramientas. No iba a decirle que el único fallo en la cabeza de Whiskers era su firme creencia de que podía hacer de casamentero con todo el mundo.

Dos horas más tarde, Faith miró a su alrededor para asegurase de que todo estuviera desempaquetado y en su sitio. Después de haber asegurado las ventanas con el plástico, Cooper la había ayudado a colocar la comida en los armarios. Luego, se había enfrascado con la bomba de mano, hasta conseguir agua suficiente para que ella lavase los platos y cubiertos de los que disponían.

—Parece que a Whiskers no se le ha escapado nada —comentó él, sacando una cafetera azul—. Al menos, podremos empezar la mañana con una buena taza de café. Un sorbo de esta delicia basta para que la cabeza se te despeje y la sangre te fluya durante todo el día.

—Suena un poco fuerte para mí —dijo ella riendo. Le quitó la cafetera y la metió en el fregadero—. Creo que no tomaré.

—¿Dónde está tu sentido de la aventura?

—Lo perdí —miró su reloj—, hace tres horas, más o menos.

—Entiendo... Supongo que te habrá decepcionado encontrar el lugar en estas condiciones.

—Oh, no... De hecho, me alegró muchísimo descubrir que tengo que pasar una semana sin electricidad.

—Sí —dijo él riendo—, está claro que superó tus expectativas.

Faith se maravilló del buen humor de Cooper.

—Pero mi desilusión no puede ni compararse a la suya. Yo no pague por este sitio. Usted sí.

Cooper le dedicó una cálida sonrisa.

—Bueno, la verdad es que me enfurecí un poco al ver esto.

—¿Un poco?

—Está bien —soltó una sonora carcajada—, ahí me has pillado. Fue como recibir un puñetazo en la garganta. Pero cuando me cambié de ropa y eché un vistazo a las habitaciones, vi que no está tan mal como pensé al principio. Hay tres grandes dormitorios, un amplio despacho y otra habitación tan espaciosa que podría caber un jacuzzi.

—Oh... un baño suena delicioso —dijo ella cerrando los ojos.

—Sí, especialmente cuando está lloviendo a mares —corroboró él—. Se podrían aprovechar las goteras.

Faith abrió los ojos y lo miró. Seguro que no lo había escuchado bien...

—¿Está diciendo que no hay cuarto de baño?

—Eso mismo.

Por unos instantes, Faith fue incapaz de articular palabra.

—Pero entonces... cómo vamos a...

—Fuera —dijo él, consciente de su preocupación—. Hay un cuarto a unos cincuenta metros.

—¿Fuera? —exclamó. No le gustaba hablar así con un desconocido, pero no podía evitarlo.

—Oye, ya sé que las condiciones no son muy buenas, pero podemos pensar en esto como en una aventura. Intenta imaginarte que estás de acampada.

—De acuerdo —empezaba a darse cuenta de lo crítica que era la situación—. ¿No ha visto ningún insecticida en las cajas? —le preguntó bruscamente.

—No, ¿para que lo quieres?

—Por las arañas —dijo ella temblando. La palabra bastaba para hacerla estremecer—. No las soporto —no tenía intención de ir a ningún sitio donde una araña pudiera estar acechando. Y si eran como todo lo demás en Texas, debían de tener el tamaño de un Volkswagen.

Cooper se acercó a la ventaba y miró al exterior.

—Ha amainado un poco, pero no parece que vaya a dejar de llover —se volvió hacia ella con una sonrisa—. Te propongo un trato. Yo me ocupo de que ningún bicho de ocho patas entre aquí, y tú preparas la cena

—Hecho —aceptó Faith. Le devolvió la sonrisa y extendió la mano para sellar el acuerdo.

En cuanto él se la estrechó, una vibrante ola de calor le subió por el brazo y se propagó por todo el cuerpo. Él la miró a los ojos, y ella supo que los dos habían experimentado lo mismo. Se apresuró a retirar la mano.

—Si me dice cómo encender la cocina sin provocar una explosión, me pondré enseguida manos a la obra —dijo ella, odiando el tono ahogado de su voz.

Él la miró durante unos interminables segundos antes de asentir. Le enseñó cómo manejar la cocina y, sin decir palabra, salió al exterior bajo la fría lluvia de octubre.

Capítulo Tres

Cooper observó cómo Faith se retiraba de la improvisada mesa de madera contrachapada que habían instalado en la cocina.

—Si puede bombear un poco de agua, lavaré los platos —dijo ella con voz de cansancio.

—No —se levantó de la caja que había usado como asiento y se dirigió hacia la bomba—. Tú has cocinado. Yo me encargo de lavar los platos.

—No tiene por qué hacerlo, señor Adams —dijo, mientras apilaba los platos en la encimera—. Estoy acostumbrada a...

—Llámame Cooper —la interrumpió él, examinando la vieja bomba. Lo primero que compraría cuando dispusiera de un medio de transporte serían piezas nuevas de fontanería—. Has tenido un día muy duro, y apuesto a que estás muy cansada. Además, ya has cumplido con tu parte del trato al preparar la cena.

—Pero el acuerdo...

—Ya sé cuál era el acuerdo —dijo él, vertiendo en la bomba el agua de lluvia que había recogido en un cubo. Era irónico que para conseguir agua de una bomba de mano hubiera que usar agua para ponerla a punto. Movió la manivela varias veces, hasta conseguir que manase un chorro. Llenó un recipiente, que puso a calentar al fuego, y se volvió hacia Faith.

La combinación de nerviosismo y agotamiento había hecho estragos. En la última media hora había bostezado varias veces y alrededor de sus bonitos ojos marrones empezaban a formarse sombras.

—¿De dónde has dicho que eres? —le preguntó él.

—De Illinois —se llevó una mano a la boca para cubrir otro bostezo.

—¿Y desde cuándo no duermes?

—Desde anteayer —volvió a bostezar—. Anoche estaba demasiado excitada por el viaje.

—Tienes que estar rendida. ¿Por qué no te acuestas? Mientras

estabas cocinando, he puesto sábanas limpias en las camas. Solo tienes que tumbarte y dormir.

—Pero...

—Pero nada —Cooper le puso las manos en los hombros y la hizo volverse, ignorando todo lo posible el calor que le subía por los brazos—. Vete a descansar.

—¿Sigue lloviendo?

—No.

—¿Ha dejado Whiskers alguna linterna?

—Sí, pero ¿por qué...? —empezó a preguntar él, pero se calló cuando ella apuntó con el pulgar al exterior, en dirección al cuarto de baño—. Oh, claro. Lo siento.

Le dio la linterna y se quedó lavando los platos mientras ella salía a la oscuridad. ¿Por qué sentía la necesidad de proteger a aquella mujer? ¿Qué tenía Faith Broderick que lo preocupase tanto?

Durante la tarde, había percibido en ella una tristeza que no podía ocultar. Tal vez fuera esa la razón del instinto protector que lo acuciaba. Un instinto que había desarrollado al hacerse responsable de su hermana Jenna. Cuando su madre los abandonó para irse en busca de pastos más verdes, su padre quedó sumido en una profunda depresión, dejando a Cooper sin más opción que cuidar de sí mismo y de su hermana.

Pero no tenía intención de molestar con una ayuda innecesaria a Faith, quien seguramente le diría que no se metiera en sus asuntos.

La puerta se abrió de golpe. Blanca como la nieve, Faith entró, presa del pánico, y volvió a cerrar con un portazo.

—¿Qué pasa? —preguntó él, corriendo hacia ella. Sin pensarlo, la agarró por el brazo.

—No voy a volver ahí —dijo ella con voz temblorosa, apretándose contra él.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—¿No lo has oído?

—¿Oír qué?

Ella se apartó de su pecho y lo miró a los ojos.

—Algo está aullando ahí fuera como un fantasma.

—No he oído... —empezó a decir él, pero entonces lo oyó. Estaba acostumbrado a esos aullidos, por eso le había pasado desapercibido—. Un coyote —dijo, esperando que su sonrisa fuese

tranquilizadora—. Es solo un viejo coyote aullándole a la luna. No...

—No me lo digas. Ya lo sé. No es peligroso —se soltó de su abrazo—. Las criaturas con las que me he topado no suponen ningún peligro, pero todas me dan un susto de muerte.

Él le permitió soltarse. No parecía sentirse cómoda acurrucada contra su pecho. Ella se quedó de pie, mirando la puerta, y entonces se dirigió hacia el salón. Entonces Cooper se dio cuenta de que no había tenido tiempo de llegar hasta el cuarto de baño, y trató de pensar en el modo menos embarazoso posible para ofrecerle su ayuda.

—Voy para allá —dijo, quitándole la linterna. Se sintió orgulloso de sí mismo por mostrarse tan despreocupado—. ¿Quieres venir conmigo?

Ella se puso colorada, pero, tras un momento de duda, asintió.

Diez minutos más tarde, Faith volvió a pisar el porche trasero. Estaba sinceramente agradecida por el respeto que Cooper había mostrado a su intimidad en el cuarto de baño. Se había mantenido a varios metros de distancia, haciéndola sentirse un poco más cómoda. Pero no demasiado...

Todavía la avergonzaba pensar en su comportamiento infantil. Por lo general, muy pocas cosas llegaban a asustarla. No en vano, su ex marido siempre había dicho que ella era la más fuerte de los dos. Solía referirse a ella como a «la Roca».

La única explicación que se le ocurría para su miedo era el cansancio. Y no solo por la el viaje al rancho, ni por la decepción que había sentido al encontrarse allí atrapada con el hombre más sexy que había visto en su vida.

No, era un cansancio emocional, resultado de los hechos del año anterior. Pensó que si le hubieran dado una moneda de cinco centavos por cada cotilleo o humillación que había sufrido cuando se supo que su ex marido la había abandonado para casarse con su mejor amiga, se habría hecho rica, y no tendría necesidad de buscar empleo en un rancho perdido de Texas.

Había intentado sobreponerse al drama con toda la dignidad que pudo, y solo su abuela sabía lo doloroso que había sido todo.

Sacudió la cabeza y apartó los recuerdos. Era el momento de

mirar hacia delante, no al pasado. Nadie más tenía que saber las circunstancias de su divorcio.

—¿Has decidido con qué dormitorio te vas a quedar? —le preguntó a Cooper. Agarró el farol de la mesa y entró en el salón para ver las maletas.

—Me da igual —respondió él. Se echó el sombrero hacia atrás y se metió las manos en los bolsillos—. Escoge la que quieras. Por la mañana trasladaré el resto del equipaje.

—De acuerdo.

Recogió el camisón, las zapatillas y la bata, y, tras cambiarle a Cooper el farol por la linterna eléctrica, se dirigió por el vestíbulo hacia el primero de los dormitorios. Una vez dentro, se mordió el labio para reprimir una risita. Parecía que todo se volvía más complicado por momentos.

—Eh... Cooper —llamó desde la puerta—. Tenemos un pequeño problema.

—¿Qué pasa? ¿Has visto otro animal? Te juro que he mirado por todos...

—No —no pudo reprimir la risa. Era demasiado irreal para creerlo—. Creo que esto es más serio.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó él, acercándose con el farol. La luz acentuaba sus rasgos y su gesto ceñudo. Era, sin duda, el hombre más atractivo que Faith había visto.

—Creo que eso que hay en mi cama son trozos del techo.

Él pasó a su lado y levantó el farol para una mejor ojeada. Al ver la cama de matrimonio cubierta de polvo y pedazos de escayola, dejó escapar una retahíla de maldiciones e insultos hacia Whiskers Penn.

Cuando acabó de desahogarse, aún seguía enojado e irritado.

—Debe de haber goteras. El agua se habrá filtrado a través de la escayola y...

—Y ha acabado desplomándose —acabó ella. No podía dejar de reír.

Él la miró como si fuera una histérica.

—¿Te sientes bien? —le preguntó finalmente, y la llevó al otro dormitorio—. Creo que deberías acostarte.

Ella asintió y se apartó las lágrimas provocadas por la risa.

—Estoy bien, pero el día ha sido un desastre.

Él la miró por unos momentos, hasta que acabó riéndose con ella.

—Es como una película mala, ¿verdad?

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó ella, bostezando.

—Nada —se sentó en el borde de la cama y se quitó las botas.

¿Qué demonios querría hacer ese hombre?, se preguntó Faith, pero entonces vio cómo Cooper se ponía de pie en la cama y palpaba el techo.

—No parece que esta parte vaya a ceder —dijo, y bajó al suelo —, de modo que en esta cama estarás a salvo. Quédate aquí y yo dormiré en el salón.

—Pero...

—No discutas —la interrumpió él mientras se dirigía hacia la puerta—. Necesitas dormir. Buenas noches.

—Buenas noches.

En cuanto se cerró la puerta, Faith sintió de golpe el cansancio acumulado en sus extremidades. Lentamente, se puso el camisón y se deslizó bajo las frías sábanas. Intentó olvidar todo lo que había pasado, pero nada más cerrar los ojos, un texano alto y sexy, con unos increíbles ojos azules y una voz profunda y estremecedora, invadió sus pensamientos para acompañarla en el sueño.

Cooper silbaba una canción de Garth Brooks mientras apoyaba la escalera de mano contra un lateral de la casa. Corría el riesgo de que la escalera se hundiera en el barro, pero tenía que aprovechar que había escampado para cubrir con plástico los aleros del tejado. Viendo los nubarrones que se acercaban por el noroeste, pensó que tendría suerte si acababa antes de que rompiese a llover.

Una vez arriba, desenrolló el plástico y empezó a clavarlo. En mitad de la tarea oyó que alguien gritaba su nombre. Miró por el borde y vio a Faith, con los puños en las caderas y con el ceño fruncido. Llevaba puesto su conjunto deportivo, negro y holgado, y su larga melena rojiza caía suelta y alborotada. Cooper estaba seguro de no haber visto nunca a una mujer tan sexy.

—Buenos días —la saludó con una sonrisa.

—¿Qué estás haciendo ahí arriba? —le preguntó ella, medio dormida.

—Reparar el tejado.

—¿Qué hora es?

—Un poco más de las siete. Supuse que te haría falta dormir más, así que no te desperté para el desayuno.

—¿Y cómo se supone que voy a dormir si estás dando martillazos sobre mi cabeza?

—Eh... lo siento —se llevó una mano a la nuca. No había pensado que podría despertarla—. Normalmente, solo estoy con Whiskers, y a él no hay nada que lo despierte. Además, quería colocar el plástico antes de que empiece a llover de nuevo.

En aquel momento empezaron a caer las primeras gotas de lluvia, y el viento hizo ondear el extremo del plástico que aún no estaba fijado con tachuelas. Cooper se abalanzó para sujetarlo, soltando inconscientemente el martillo. Vio cómo se deslizaba por el tejado y lo oyó caer al suelo.

—Maldición —murmuró. ¿Cómo iba a sujetar el plástico y bajar a recoger el martillo?

—¿Has perdido algo? —le preguntó Faith.

Su voz sonaba cercana. Muy cercana... Cooper miró por encima del hombro y lo que vio lo dejó helado; Faith se acercaba a él, avanzando a gatas por la pendiente del tejado.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —le preguntó, conteniendo la respiración hasta que ella llegó a su lado. ¿Cómo era posible que tuviera miedo de los lagartos, y en cambio fuera capaz de subir por una escalera de mano?—. ¿Acaso no ves que podrías caerte y romperte el cuello?

—Eres muy agradecido, señor Adams —le tendió el martillo y se tumbó sobre el plástico—. Ahora, date prisa y termina de clavar esto mientras yo lo sujeto. Me gustaría bajar del tejado antes de mojarme del todo.

Cooper agarró el martillo y acabó rápidamente de fijar el plástico.

—Listo —dijo al clavar la última tachuela—. Gracias.

—De nada —Faith se sentó y empezó a descender por la pendiente hacia la escalera. Apenas se había desplazado unos centímetros, cuando resbaló sobre el plástico mojado—. Oooh...

Cooper se apresuró a agarrarla por la cintura y tiró de ella hacia él.

—Con cuidado, encanto. Tenemos que ir muy despacio.

Cerró los ojos y respiró profundamente. Se le había hecho un nudo en la garganta al tener a Faith tan cerca. ¿Qué habría pasado si no la hubiese agarrado a tiempo? Sin coche y sin teléfono, el resultado habría sido traumático.

El calor de su esbelta figura, el tacto de sus pechos contra el antebrazo y el aroma de su champú de melocotón apartaron esos inquietantes pensamientos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó ella, sin aliento.

Él tiró el martillo al suelo, la hizo sentarse entre sus muslos, y la rodeó con sus brazos.

—Vamos a bajar muy despacio hasta la escalera.

Ella se puso rígida al tener el trasero presionado contra la parte más íntima de su cuerpo, pero apoyó las manos en sus brazos y asintió.

Mientras se deslizaban lentamente hacia la escalera, Cooper sintió que la parte inferior de su anatomía despertaba al roce de un apetecible trasero femenino. Ella también debió de notarlo, porque se detuvo y lo miró por encima del hombro.

—Señor Adams...

—No me gusta más que a ti —mintió él, pensando que iba a recibir una severa advertencia. No iba a decirle que le estaba costando una barbaridad reprimir el deseo de poseerla allí mismo —. No puedo hacer nada para impedirlo. Eres una mujer preciosa, y yo soy un hombre de carne y hueso, no un santo.

A Faith le ardieron las mejillas. ¿Cómo se había metido en aquel aprieto? ¿Y por qué su cuerpo reaccionaba de aquella manera? Cuando él la había agarrado para impedir que cayera, una corriente de impulsos eléctricos la había sacudido de arriba abajo, intensificada por el tacto de su erección contra el trasero.

Hizo un esfuerzo para no pensar en ello y tranquilizar sus nervios.

—Bajemos de aquí. Hay que resguardarse de la lluvia.

—Me parece bien —dijo él. La agarró con más fuerza y avanzaron con cuidado hasta el borde del tejado—. Yo bajaré primero; de ese modo, si te resbalas, estaré abajo para sostenerte —le acarició una mejilla con los nudillos—. Te prometo que no dejaré que te hagas daño.

La promesa hizo sonar la alarma en ella, pero al mismo tiempo se sentía excitada por el roce de su mano. Lo miró a los ojos y él le devolvió la mirada, con los labios entreabiertos. La voz de alarma empezó a desvanecerse.

—Quiero besarte —le dijo él.

—No sería buena idea.

—Puede que no, pero ¿me detendrías si lo hiciera?

La alarma se apagó por completo, y, en vez de asentir, negó con la cabeza.

—¿Quieres que te bese, Faith?

—Sí.

¿Sí? ¿Acaso había perdido el poco sentido común que le quedaba? Estaba lloviendo a cántaros, y acababa de decirle que quería que la besara.

Lo vio echarse hacia atrás el sombrero y acercarse a ella muy lentamente. Aún tenía la posibilidad de pedirle que se detuviera, pero se dio cuenta de que en el fondo deseaba aquel beso. Quería sentir el tacto de sus labios, probar su sabor...

Contuvo la respiración y cerró los ojos mientras él aproximaba su boca a la suya. El cálido contacto le hizo ver destellos de colores tras los párpados, y sintió cómo el tejado se movía bajo ella.

Cooper le hizo abrir la boca y ella no pudo impedirlo. Ansiaba sentir su lengua contra la suya. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que percibió el deseo de un hombre.

Él deslizó una mano por debajo de la sudadera y subió hasta alcanzar la curva de su pecho. Lo amoldó con la mano, mientras con el pulgar le masajeaba el endurecido pezón.

—No llevas sujetador.

—No... no he tenido tiempo... de ponérmelo —balbuceó ella. La cabeza le daba vueltas por el torbellino de sensaciones que le provocaba el contacto de su mano.

—Me alegro —dijo él con voz ronca.

El tacto de la palma callosa contra su piel tan sensible era absolutamente maravilloso. Tanto, que no pudo evitar un gemido de placer. El sonido olvidado de su propia pasión la sobresaltó. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Acaso había perdido el juicio?

Tenía que pasar una semana con aquel hombre. ¿Y caía rendida en sus brazos el día después de su llegada? Era una locura.

—Suéltame, por favor —le pidió, poniéndole una mano en el pecho.

Él permitió que se sentara, pero no la soltó.

—No te preocupes, encanto. Un beso entre amigos no hace daño.

Faith se sintió como si hubiera recibido un chorro de agua helada. Sabía mejor que nadie lo peligroso que podía ser un beso entre amigos. Dos años atrás, un beso amistoso bajo el muérdago de Navidad había empezado el romance entre su ex marido y su mejor amiga.

Sabía que Cooper no le haría daño físicamente, pero lo que más la asustaba era el daño emocional, más profundo y duradero que cualquier herida.

La voz de alarma volvía a gritarle que corriese, que pusiera tanta distancia como fuera posible entre Cooper Adams y ella.

Se soltó y empezó a descender por la escalera de mano.

—Faith, espera un momento —oyó que le decía desde lo alto.

Lo ignoró y siguió bajando. Tenía que alejarse de él y recuperar el equilibrio mental.

De pronto, resbaló al pisar un peldaño mojado y cayó al suelo. Aterrizó sobre el pie derecho, pero, a pesar del dolor que siguió al impacto, intentó caminar hacia la casa. Apenas había dado un par de pasos cuando sintió una dolorosa punzada en el tobillo y en la pantorrilla. Soltó un grito agudo, y hubiese caído al suelo de no ser por dos fuertes brazos que la sujetaron y la levantaron.

Miró al hombre que la sostenía, apretada contra un pecho amplio y musculoso. Los ojos azules de Cooper no expresaban otra cosa que ternura y preocupación.

Las lágrimas le empañaron la vista, y hundió la cara en el cuello de Cooper. ¿Cuándo dejaría de comportarse como una idiota frente a aquel hombre?

Capítulo Cuatro

Cuando Cooper levantó en brazos a Faith, ella escondió la cara en su cuello y los hombros le temblaron con silenciosos sollozos.

Le había dado un susto de muerte cuando se apartó de él y empezó a bajar por la escalera. Se la había imaginado cayendo y dañándose gravemente, y se apresuró a bajar tras ella. Pero cuando la vio resbalar, se sintió responsable de su caída.

Era culpa suya. Había percibido la inquietud que a ella le producía estar pegada a él, y aun así se había dejado llevar por el deseo en vez de por el sentido común. Había cedido a la tentación que lo invadía desde que la vio bajar de la camioneta de Bubba. Por culpa de su estupidez, ella se había herido.

—Todo va a salir bien, cielo —le dijo, abriendo con el hombro la puerta de la cocina.

—Bájame, por favor.

—No.

—Puedo andar —insistió ella. El calor de su respiración contra el cuello hizo que Cooper apretase la mandíbula.

Tal vez Faith pudiera caminar, pero él no estaba seguro de poder resistir así mucho más.

—¿Estás segura?

Cuando ella asintió, sus sedosos cabellos le rozaron la mejilla. La sangre le hirvió en las venas y se quedó sin aire en los pulmones.

—¿Estás segura de que estás bien? —le preguntó mientras la dejaba en el suelo.

—Sí —se dirigió cojeando hacia el salón, pero al intentar apresurarse, se chocó contra la mesa.

Cooper la atrapó antes de que cayera y la volvió a levantar en brazos. Ella presionó la cara contra su hombro, y él sintió que se despertaba su instinto protector... al igual que todas sus hormonas.

La llevó al dormitorio y la acostó suavemente sobre las sábanas revueltas. Intentaba no pensar en cómo había tenido aquel cuerpo apretado contra su pecho, ni en cuánto le gustaría acostarse con ella

y…

Se apartó de la cama y caminó hacia la puerta.

—Enseguida vuelvo.

—No te molestes —le dijo ella, cubriéndose los ojos con el brazo —. Prefiero morirme.

—¿Morirte? —se le hizo un nudo en la garganta. No había pensado que se hubiese herido tan gravemente.

—De humillación —aclaró en tono de disgusto.

Cooper se alivió al comprobar que seguía teniendo sentido del humor.

—¿Estás avergonzada?

Ella asintió, sin apartar el brazo de los ojos.

—Puede que no lo creas, pero suelo ser una persona muy sensata y razonable —hizo una pausa para respirar hondo—. Nunca he sido así de torpe.

—¿Nunca?

Ella apartó el brazo y lo miró de mala manera.

—Nunca.

Cooper reprimió una sonrisa. Al menos, no había perdido el orgullo.

—Voy a buscar el botiquín.

Fue al salón y rebuscó en una de las bolsas que Whiskers había dejado. Encontró la caja de metal, volvió al dormitorio y se sentó en la cama, junto a ella.

—Vamos a quitarte el zapato y a ver qué tenemos aquí —le levantó con cuidado la pierna y se la apoyó en la rodilla.

Le subió el dobladillo de los pantalones hasta la pantorrilla, intentando ignorar el tacto de su piel satinada bajo la palma. No era el momento para excitarse, se dijo a sí mismo. Además, había sido su excitación la responsable de todo. Si no se hubiera comportado como un adolescente con las hormonas revolucionadas, a ella no le habría pasado nada.

Le quitó la zapatilla y el calcetín, y le examinó el tobillo. Comprobó con alivio que apenas estaba hinchado. Había visto demasiadas lesiones en sus años de rodeo, y sabía que aquello era una simple torcedura.

—¿Puedes mover los dedos sin que te duela? —le preguntó, pasando las manos por los delicados huesos del pie.

—Estoy bien —dijo ella moviendo los dedos—. Y ahora, vete, Adams.

—No puedo —dijo él con una risita.

—¿Por qué no?

—No he acabado con el tobillo.

Faith apretó los dientes y trató de concentrarse en algo, en cualquier cosa que no fueran las manos de Cooper masajeándole el pie.

—Necesitamos hielo para bajar la hinchazón —dijo él.

—¿Y dónde esperas encontrar hielo en un sitio sin congelador ni electricidad? —preguntó ella, riendo.

Él esbozó una sonrisa triunfal y sacó del botiquín una pequeña bolsa de plástico.

—La medicina moderna es increíble.

Faith lo vio presionar el centro de la bolsita con los pulgares. La agitó como si estuviera mezclando el contenido, y cuando se la puso en el tobillo, estaba muy fría.

—Estas bolsas químicas son fundamentales en cualquier botiquín —le dijo, y Faith sintió ganas de borrarle la sonrisa con una bofetada.

Su mano aún descansaba en su espinilla, y ella no sabía si el escalofrío se lo producía la bolsa helada o el tacto de su piel. En cualquier caso, empezaba a comprender la sensual combinación de hielo y fuego.

—¿Cuánto tiempo debo tener puesta la bolsa?

—Media hora, más o menos.

—Se me va a congelar el tobillo.

—Claro que no —dijo con una risita muy sexy. Para alivio de Faith, dejó el botiquín en el suelo y, tras darle un último apretón en la espinilla, se levantó y le colocó una almohada bajo el pie—. Si me necesitas...

—Te lo haré saber.

Deseó con todas sus fuerzas que la dejara a solas para permitirle recuperar el sentido común.

Él asintió y se dirigió hacia la puerta, pero se volvió una vez más.

—¿Cómo te gusta el café?

—Con leche —respondió ella sin pensar—. Pero no tienes que...

—Sí, tengo que hacerlo —la interrumpió con expresión seria. Parecía estar arrepentido—. Siento que te hayas hecho daño, Faith. Ha sido culpa mía y debo compensarte.

Ella abrió la boca para decirle que no era necesario, pero él salió de la habitación sin darle tiempo para protestar.

¿Cómo podía decirle a Cooper, sin hacer más embarazosa la situación, que no había estado huyendo de él sino de ella misma? ¿Cómo explicarle que había deseado volver a sentir a un hombre, aunque solo fuera por unos momentos?

No, no podía hacerlo. Había cosas que era mejor no decir, entre las que se contaban las explicaciones de su pasado y las razones de su miedo a besarlo.

Al poco rato regresó Cooper, con una bolsa de magdalenas y dos tazas de café.

—Ya sé que no es un desayuno muy saludable, pero es todo lo que tenemos.

—Es perfecto —ella se sentó, apoyándose contra el cabecero, y asió una taza—. Gracias —tomó un sorbo y puso una mueca—. Es verdad que te gusta el café muy cargado.

—He intentado suavizarlo con un poco más de leche —dijo él, sonriente—. Espero que te guste.

—Gracias. No puedo ni imaginarme cómo sería solo —dijo ella secamente, y tomó otro sorbo—. Pero si no te importa, mañana lo prepararé yo.

—Antes veremos cómo tienes el tobillo —dijo él. Abrió la bolsa de magdalenas y se la tendió.

—Estaré bien —respondió ella con firmeza, mientras seleccionaba una apetitosa magdalena con arándanos—. Y estaría aún mejor si me quitaras la bolsa de hielo. ¿Cuánto tiempo queda?

Él se echó a reír.

—Eres tan impaciente como Ryan y Danny.

—¿Quiénes?

—Mis sobrinos —miró su reloj—. Te envolveré el tobillo con una venda elástica cuando termines de comer.

—¿Cuántos años tienen tus sobrinos? —preguntó ella. Había notado que Cooper los mentaba con cariño.

—Ryan tiene ocho años. Es el hijo del primer matrimonio de Flint. Danny tiene tres, pero no les hables de su edad —soltó una

risita y agarró el botiquín—. Creen que son mayores y que están listos para conquistar el mundo.

A Faith se le encogió el corazón. Siempre había deseado tener un hijo. Pero, al igual que sus otros sueños, era algo imposible.

—Parecen los típicos niños pequeños —dijo. De repente, la magdalena le sabía a serrín.

—Oh, desde luego —Cooper sonrió mientras sacaba un rollo color beige—. Mi hermana nunca está segura de lo que encontrará en los bolsillos de sus pantalones cuando los acuesta cada noche. Una vez encontró una rana, y en otra ocasión una serpiente.

—¡Oh, Dios! —exclamó Faith con un estremecimiento—. Seguro que se llevó un susto de muerte.

Cooper soltó otra carcajada. Tenía una risa increíblemente sensual.

—Jenna no es una mujer que se asuste con facilidad, pero el grito que soltó fue tan fuerte, que Flint, su marido, casi se rompió el cuello al subir las escaleras. Además acudieron los hombres de los barracones, armados con sus escopetas.

—Sí, yo hubiera hecho lo mismo.

—Desde aquel día, Flint se encargó de registrarles los bolsillos a los niños antes de permitirles entrar en casa. Pero eso no nos impidió... no les impidió colar un lagarto o dos de vez en cuando.

—¿Nos? —repitió ella con una sonrisa—. Así que su tío los ayudaba a escondidas...

—¿Yo?

—Sí, tú —Faith se echó a reír.

—Bueno... puede que los ayudara cuando encontraron a Peewee.

—¿Y quién es Peewee?

—Una tortuga —le quitó la bolsa de hielo y apoyó la pierna en su rodilla—. La mantuvieron escondida en una caja de zapatos, hasta que les compré un acuario. Cuando Jenna la descubrió, ya lo teníamos todo preparado.

Le puso el rollo en el pie y empezó a vendarle el tobillo. El calor que emanaba de sus manos se le propagó por la piel.

—Pareces tan niño como ellos —dijo ella, maldiciendo en silencio el tono jadeante de su voz. Tenía que alejar su mente de aquel tacto tan estremecedor. Era el único modo de mantener la cordura.

—Sí, supongo que soy un niño grande… en muchos sentidos —añadió, con una sonrisa tan sexy que Faith apenas pudo reprimir el impulso de abanicarse. Solo podía pensar en la maravillosa sensación que aquellos labios masculinos habían provocado en los suyos.

—¿Los ves a menudo? —le preguntó, en un intento por alejar los turbadores pensamientos.

—Siempre que puedo —terminó de vendarle el tobillo y lo sujetó con las abrazaderas de metal—. Y ahora que me he mudado aquí, espero verlos aún más. Me encantan los niños pequeños.

—Se nota.

Cooper le dejó el pie sobre la almohada y cerró el botiquín. Le había gustado tocarla y sentir la suavidad de su piel en sus callosas manos. Se preguntó si el resto de su cuerpo sería igual de suave.

¡Maldición! Semejantes pensamientos solo podían conducir a un desastre. Si le quedaba algo de sentido común, lo mejor que podía hacer era guardar las distancias.

—¿Qué me dices de ti? —le preguntó, desesperado por encontrar algún tema seguro de conversación—. ¿Tienes sobrinos o sobrinas?

Ella tomó un sorbo de café.

—Los tenía, pero perdí mi papel de tía tras el divorcio.

Cooper se quedó boquiabierto. No podía creer que un hombre fuese capaz de separarse de una mujer como Faith.

—¿Cuánto tiempo estuviste casada?

Ella se miró las manos y luego a él.

—Cuatro años.

Él percibió la tristeza en sus ojos y se preguntó si aún seguiría amando a su ex marido. No sabía por qué, pero estaba convencido de que la intención de Faith no había sido acabar con su matrimonio. La idea de que alguien le hiciese daño hizo que Cooper ardiese de furia en su interior. Si pillaba al responsable, se encargaría de que tuviese su merecido.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó, incapaz de reprimir la curiosidad.

—Supongo que acabamos distanciándonos —dijo ella encogiéndose de hombros. Su expresión se volvió cautelosa y reservada—. Él se fue por su camino y yo por el mío.

Cooper estaba seguro de que había mucho más, pero se recordó a sí mismo que aquello no era asunto suyo. Si ella quisiera dar más explicaciones, lo habría hecho.

—¿Tienes hermanos? —le preguntó para cambiar de tema; cualquier tema que borrase la tristeza de sus hermosos ojos marrones—. Alguien que pueda darte sobrinos algún día...

—Soy hija única —respondió con una triste sonrisa—. Me hubiera encantado tener hermanos, pero nada más nacer yo, mis padres decidieron que no estaban hechos para la vida familiar —volvió a encogerse de hombros—. Se divorciaron, y yo me quedé a cargo de mi abuela.

—Lo siento, no pretendía ser curioso —dijo él, levantándose. Si no salía de allí enseguida, iba a acabar estrechándola entre sus brazos, ofreciéndole consuelo y... algo más—. Estaré en la cocina, pelando patatas para hacer un estofado. Si necesitas algo...

—Te lo haré saber —dijo ella tendiéndole la taza de café.

Sus dedos se rozaron, y Cooper sintió cómo una corriente eléctrica le recorría el brazo y se dirigía hacía la entrepierna. Tragó saliva con dificultad. Tenía que salir de allí antes de hacer algo estúpido, como acostarse junto a ella, tomarla en sus brazos y besarla hasta que...

Sin decir palabra, se dio la vuelta y se fue a la cocina. Dejó en la encimera la bolsa de magdalenas, las tazas y el botiquín, y salió por la puerta trasera. La lluvia era lo más parecido que podía encontrar a una ducha fría.

Armada con una escoba, un recogedor y una bolsa de basura, Faith entró cojeando en el dormitorio donde se había desplomado el techo. Cooper le había llevado la comida y le había dicho que iba a inspeccionar el granero. Ella no tuvo el menor inconveniente en quedarse sola. Mientras más tiempo pasaba a su lado, más fuerte era el deseo de que la estrechara en sus fuertes brazos y la besara con pasión.

Respiró hondo y sacudió la cabeza. El motivo por el que se había levantado era para no pensar en Cooper Adams. La creciente atracción que sentía hacia él era muy peligrosa.

Pero ¿a qué mujer no le gustaría un hombre como Cooper? Era

amable y atento, le encantaban los niños, se preocupaba por la familia y no se tomaba a sí mismo muy en serio. Y además era, sin duda, el hombre más sexy que había visto en su vida.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Faith dio un respingo al oír la voz de Cooper. Había estado tan absorta en sus propios pensamientos que no lo había oído entrar en la casa.

Se giró y lo vio en la puerta, con el ala del sombrero levantada y los puños en las caderas. El corazón le dio un vuelco. Era increíblemente atractivo, y ella no sabía si el pulso se le había acelerado por el susto o por su presencia.

—Me contrataron para limpiar —consiguió responder. Empezó a verter en la bolsa los restos de escayola que cubrían la cama—. Y eso es lo que hago.

—Yo me ocuparé de esto —insistió él. Se acercó a ella y le quitó la bolsa—. Tienes que dejar el pie en reposo.

—Los dos sabemos que solo es una leve torcedura y que no necesita reposo —agarró las cuatro esquinas de la sábana y se dispuso a retirarla de la cama.

—Pesa demasiado para ti —soltó la bolsa y se apresuró a quitarle el fardo de polvo y escayola—. ¿Por qué no terminas de quitar las sábanas mientras voy a tirar esto?

—De acuerdo. ¿Crees que podrías bombear un poco de agua? Me gustaría lavar estas sábanas.

—Claro. He encontrado una cuerda en el granero. La colgaré en el salón y así podrás tenderlas.

—Gracias. Es una buena idea.

Esperó a que saliera de la habitación, e intentó concentrarse en las tareas de limpieza. Primero quitó el resto de las sábanas, y luego agarró la escoba y se puso a barrer el suelo. Vio que a los pies de la cama había varios trozos de escayola, y se agachó para recogerlos. Alargó el brazo y lo que vio la dejó helada. A solo unos centímetros de su mano había un ratón, cuyos ojos pequeños y brillantes miraban ávidamente sus dedos.

El grito de pánico fue completamente involuntario. Si había algo que la asustaba más que una araña, era un ratón.

Cooper acababa de sacudir la sábana en el exterior y estaba abriendo la puerta trasera cuando el grito de Faith le congeló la sangre. Con el corazón latiéndole furiosamente contra las costillas, corrió hacia el dormitorio donde la había dejado.

¿Se habría desplomado el techo sobre ella? ¿O tal vez había subestimado la gravedad de su lesión y estaba sufriendo de dolor?

Se detuvo de golpe al entrar en la habitación y contempló la escena con ojos muy abiertos. Faith estaba en mitad de la cama, blandiendo la escoba como si fuese un arma.

—¿Qué ha pasado?

Ella apuntó al suelo con un dedo tembloroso.

—¡Sácalo de aquí, por favor!

—¿A quién? —preguntó él mirando a su alrededor, sin ver nada.

—Al ratón.

Si no hubiera estado seguro de que lo atizaría con la escoba, Cooper se habría echado a reír. Pero era obvio que Faith no estaba de buen humor en esos momentos.

—Seguramente ya se ha ido —dijo, mientras buscaba al pequeño roedor por el suelo—. Tiene más miedo de ti que tú de él.

—No lo creo.

—Estaría buscando algún refugio para el invierno. No...

—Ni se te ocurra decirlo —le advirtió ella.

—¿Por qué no?

—Porque si lo haces, te aseguro que te doy con la escoba.

Cooper decidió que era mejor no decirle que el ratón era inofensivo, y siguió buscándolo. Justo cuando iba a abandonar, el pequeño animal salió de debajo de la cama y se dirigió hacia su bota.

—No lo mates —dijo ella rápidamente.

—De acuerdo —extendió la sábana que había vaciado de escayola, y atrapó al ratón entre los pliegues—. ¿Se te ocurre qué puedo hacer con él, ahora que lo he atrapado?

—Llévalo afuera y suéltalo —dijo con bastante calma y firmeza.

—¿Y qué tiene eso de bueno?

—Seguirá vivo, y yo no tendré que compartir la casa con él.

Cooper no pudo evitar una sonora carcajada.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó ella, indignada—. No hay nada malo en atrapar a un ratón y luego soltarlo.

—Lo más probable es que vuelva a entrar.

—También es probable que se vaya a otra parte —replicó ella—. Además, no quiero que lo mates. Lo único que quiero es no vivir con él.

Cooper llevó al ratón a varios metros de la casa y lo soltó. El animal se fue derecho hacia la casa y desapareció bajo el porche trasero. Cooper negó con la cabeza y soltó un profundo suspiro. Estaba seguro de que el pequeño roedor volvería a aparecer para causarle más problemas.

Capítulo Cinco

—¿Sabes? Me compadezco de las mujeres pioneras que se instalaron en el país —dijo Faith, mientras tendía la última de las sábanas en la cuerda que Cooper había colgado en el salón.

Además de la cuerda, Cooper había encontrado una cuba y una tabla para lavar. No era el modo más eficiente para lavar la ropa, pero Faith fue la primera en reconocer que era eficaz. Las sábanas volvían a estar blancas y limpias.

—Es cierto que las pioneras no lo tuvieron fácil —corroboró Cooper desde el otro lado del salón. Estaba reparando una ventana y, por las maldiciones que mascullaba, parecía necesitar ayuda.

Cuando por segunda vez se le cayó la tabla que intentaba colocar, Faith se acercó a él.

—He acabado de tender las sábanas. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Te agradecería que me sostuvieras esto mientras colocó los clavos —respondió él, agachándose para recoger la tabla del suelo.

Ella lo vio levantar la tabla hasta la posición deseada. Se había arremangado hasta los codos la camisa, dejando al descubierto sus formidables antebrazos. Faith nunca había visto nada más sexy...

—¿Faith?

—¿Qué?

—Te he preguntado si estás lista —le repitió. Sacó un clavo de la bolsa que llevaba a la cintura y la miró con curiosidad—. ¿Estás lista?

—S... sí —respondió, intentando no ruborizarse por que la hubiese pillado mirándolo. Puso las manos donde él le indicó y, para evitar la tentación de aquellos impresionantes músculos, mantuvo la vista fija en sus pies.

Por el rabillo del ojo percibió un movimiento a su izquierda. Giró la cabeza y vio a un ratón que se dirigía hacia su pie. El roedor se encaramó a los dedos, y empezó a escalar por la pernera del pantalón. Faith no pudo soportarlo y soltó un estridente grito de pánico.

Cooper sujetaba el clavo entre el pulgar y el índice, y estaba a punto de golpearlo con el martillo cuando oyó el chillido de Faith, semejante al de un gato que se pillaba el rabo con una puerta. El inexplicable alarido le hizo fallar la puntería, y en vez de acertar en el clavo el martillo le impactó en el pulgar.

Normalmente, tenía cuidado de no soltar palabrotas delante de una dama. Pero el dolor en el dedo le desató la lengua, y no habría podido acallar la retahíla de maldiciones ni aunque su vida hubiera dependido de ello. Dejó caer el martillo, se apretó la mano contra el pecho y empezó a proferir una obscenidad tras otra, a cada cual más ocurrente. Mientas, Faith corría por el salón, gritando y chillando como una niña de cinco años que intentaba bailar la danza de la lluvia. A pesar de tener un tobillo dañado, consiguió representar una demostración tan notable, que Cooper dejó de maldecir y la observó fascinado.

—¿Qué demonios te pasa? —le preguntó, cuando se le alivió un poco el dolor en el dedo.

Ella dejó de dar brincos y se detuvo en el centro de la habitación, mirando el suelo como si hubiera perdido algo.

—Un ratón... ha intentado... subir por mi pierna.

Lo sabía, pensó Cooper con irritación. Lo había sabido desde que soltó al ratón y vio cómo volvía corriendo a la casa. Aquel animalejo iba a ocasionarle serios problemas...

Por otro lado, se alivió al comprobar que Faith había estado tan preocupada por librarse del ratón, que no se había enterado de sus palabrotas y maldiciones.

—Con todo este jaleo, debe de estar escondido en alguna parte, sufriendo una trombosis ratonil —dijo con brusquedad.

Ella se estremeció y lo miró en silencio durante varios segundos.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó finalmente. Por lo visto, se había fijado en cómo mantenía la mano apretada al pecho.

Él se encogió de hombros y le mostró el pulgar. Las palpitaciones en el dedo aumentaron, y fue incapaz de disimular una mueca de dolor.

—No le he dado al clavo.

—Déjame ver —corrió hacia él y le tomó la mano—. Te has

golpeado el pulgar por mi culpa, ¿verdad? Lo siento mucho…

El tacto de sus dedos le hizo olvidar parte del dolor, viendo cómo le examinaba la mano con preocupación. ¿Cómo podía decirle, sin empeorar las cosas, que era precisamente eso lo que había pasado? Antes de confesarle una cosa así, prefería cortarse la lengua.

—He fallado la puntería —mintió—. Habría pasado de todos modos.

—¿Dónde está el botiquín? —preguntó ella, sin soltarle la mano.

—E… en la cocina —la garganta se le había secado de repente—. ¿Por qué?

—Hay que poner hielo antes de que siga hinchándose —dijo, tirando de él hacia la cocina—. ¿Queda alguna de esas bolsitas químicas?

Él asintió y tragó saliva. En aquellos momentos, la habría seguido aunque lo hubiera llevado hasta el borde de un precipicio.

Ella le hizo doblar el brazo para mantener la mano en alto, y señaló la mesa.

—Siéntate en esa caja de madera y pon el codo en la mesa. Mantén levantado el pulgar.

Cooper quiso decirle que no se preocupara y que ya le dolía menos, pero hizo lo que le había ordenado y se sentó en la caja con la mano en alto.

Viendo cómo preparaba la bolsa de hielo, se le ocurrió que estaba observando a la verdadera Faith; una mujer tranquila, eficaz y segura de sí misma. Tan pronto como se dio cuenta de que él estaba herido, se había hecho cargo de la situación, lo cual parecía ser del agrado de ambos…

—No te imaginas lo que lamento que te hayas hecho daño por mi culpa, Cooper —le dijo, al tiempo que le ponía la bolsita en el dedo.

Él apenas pudo reprimir un gemido. Sus cálidas manos sosteniendo la suya bastaban para que le hirviera la sangre, pero oír cómo aquella voz aterciopelada pronunciaba su nombre era demasiado.

—No ha sido nada —le aseguró.

—Supongo que después de tener a Percy en mi clase, debería haber superado mi fobia a los ratones.

—¿Eres profesora?

Ella asintió lentamente y se sentó frente a él.

—Daba clases de Primer Grado.

—¿Cuánto tiempo?

—Seis años —bajó la vista por un momento—. Cuando uno de mis alumnos tuvo que marcharse a otro Estado, donó a Percy a la clase. Percy era un ratón blanco, y muy dócil —se estremeció—. Pero, aunque estaba domesticado, seguía siendo un ratón.

Cooper quería preguntarle por qué había abandonado la enseñanza para buscar un puesto de asistenta en Texas, pero Faith no parecía querer hablar de ello, pues se había apresurado a seguir con la historia del ratón.

—De modo que los ratones y las arañas encabezan tu lista de cosas a evitar —le dijo con una sonrisa.

—En efecto —respondió ella, visiblemente aliviada de que Cooper no le hubiera preguntado nada más sobre su carrera.

Al verla sonreír, Cooper se quitó la bolsa de hielo y la dejó sobre la mesa. Tenía que salir de allí antes de sentar a Faith en su regazo y besarla con pasión salvaje.

—Te imaginarás lo que voy a hacer mientras preparas la cena.

—¿El qué? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—Me voy a la caza del ratón —dijo al tiempo que se levantaba.

—No irás a...

—No voy a hacerle daño. Si logro cazarlo, lo llevaré al granero, donde no pueda asustarte... Tal vez sin el ratón en casa mis pulgares estén a salvo.

A la mañana siguiente, Faith se aseguró de que no hubiera nada rondando junto a sus pies mientras lavaba los platos del desayuno. Cooper había buscado por todas partes, pero no había encontrado al ratón. Había dicho en broma que el animal se lo habría pensando mejor y se habría ido en busca de otro refugio más seguro, antes que arriesgarse a tomar parte en otra «danza ratonera».

Pero Faith no pensaba lo mismo. El pequeño roedor estaría escondido, esperando otra oportunidad para darle un susto de muerte.

Tras secar los platos y colocarlos en el armario, salió al porche

trasero. Quería disfrutar del sol mientras luciera. Con el temporal previsto para toda la semana, no sabía cuándo podría volver a hacerlo.

Vio a Cooper junto al granero y fue hacia él.

—¿Qué haces ahora?

—Intento reparar el corral antes de que Flint traiga el ganado la semana que viene —le explicó, sin mirarla.

Se había quitado la camisa, y Faith se quedó fascinada al contemplar sus hombros y brazos. De nuevo volvió a compararlo con su ex marido, y se preparó para la punzada de tristeza y dolor que siempre sentía al pensar en él. Pero, para su sorpresa, en esa ocasión no sintió nada.

Tal vez su abuela había tenido razón, y al haberse alejado de los recuerdos estuviera lista para empezar una nueva vida.

Cooper se volvió para mirarla, y ella se quedó sin respiración al ver su pecho descubierto y sus abdominales. Bajó la vista hasta sus botas, y recordó el viejo dicho que comparaba el tamaño de los pies de un hombre con el de otra parte de su anatomía. Si eso era cierto en el caso de Cooper Adams...

¡Cielos! ¿Acaso había perdido el juicio por completo?

—¿Querías algo? —le preguntó él.

Ella tragó salva. Claro que quería algo. Quería que se pusiera la camisa, antes de que quisiera tocarle su increíble cuerpo.

—Eh... no —consiguió responder—. Solo pensaba en disfrutar un rato del sol.

Él se levantó el ala del sombrero y miró el cielo.

—Es una buena idea. Creo que en un par de horas estará otra vez cubierto —señaló una masa de nubes que se aproximaba por el horizonte—. Es posible que la tormenta estalle antes del almuerzo.

—¿Podrás acabar esto antes de que empiece a llover? —le preguntó ella, intentando no mirarlo.

—No lo creo —dijo él estirando los brazos. El sensual movimiento expandió su torso e hizo que la cintura de los vaqueros se deslizara un poco hacia abajo, revelando momentáneamente una fina línea de vello oscuro bajo el ombligo—. Pero haré todo lo que pueda.

Faith se acercó a un poste de la valla y fingió examinar la madera. No le interesaba en absoluto el estado de la cerca, pero

tenía que mirar algo que no fuera a Cooper y concentrarse en lo que le estaba diciendo.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le preguntó, volviéndose hacia él.

Cooper agarró el martillo y pensó en la última vez que Faith le había ofrecido ayuda. Tal vez solo fuera su imaginación, pero le pareció sentir una punzada de dolor en el pulgar...

Miró hacia los nubarrones que se acercaban por el noroeste. El cielo se estaba cubriendo con más rapidez de la que había esperado. En menos de una hora estaría lloviendo.

—¿No te importa? —le preguntó a Faith—. Esto no se parece en nada a las tareas domésticas que esperabas hacer.

Ella esbozó una sonrisa.

—Oh, no te preocupes. Aunque espero que se me compense bien por el trabajo extra.

Aunque no era él quien la había contratado, sí era el propietario de la Triple Bar, y por tanto, responsable de pagarle su salario. No sabía cómo decírselo, pero no le sobraba precisamente el dinero. Tenía lo suficiente para mantener el rancho, pero Faith hablaba como si esperase recibir mucho más de lo habitual.

—Y, exactamente, ¿qué salario pactaste con Whiskers? —le preguntó con cautela.

Ella le dijo la cantidad que habían acordado para las tareas de limpieza y cocina.

—El señor Penn me pagará el trabajo extra que haga —añadió sonriente, con un brillo de malicia en sus ojos marrones—. Aunque no demasiado.

Cooper echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Te propongo una cosa. Seré yo quien haga un esfuerzo extra y te pague una cantidad adicional.

—Trato hecho, vaquero —aceptó ella con una encantadora sonrisa—. Y ahora, dime lo que tengo que hacer. A ver si podemos terminar la valla antes de que empiece a llover.

—¿Crees que podrás sostener esto mientras clavo el poste? —le preguntó él, al tiempo que levantaba el extremo de una tabla.

El dolor del pulgar ya era innegable, pero prefirió ignorarlo. El ratón estaba escondido en la casa, por lo que sus dedos estarían a salvo, o al menos eso esperaba él.

—Lo haré lo mejor que pueda —se acercó a la valla y sujetó la

tabla que Cooper había colocado sobre el poste.

Media hora y cinco postes más tarde, Cooper clavó el último clavo y se enderezó.

—Gracias.

—Me alegra haber sido útil.

—Sin tu ayuda habría tardado el doble —se estiró otra vez y puso una mueca de dolor.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó ella con preocupación.

—Uno de tantos toros salvajes —respondió él, rascándose una cicatriz del costado izquierdo.

—Dijiste que eras jinete de rodeos.

—Hasta hace cinco años, cuando me topé con una mole de ochocientos kilos llamada «El Triturador» —soltó una risita—. Cuando acabó conmigo, no me quedaba ninguna duda de por qué le habían puesto ese nombre.

—¿Y fue él quien te hizo esta cicatriz de la espalda? —le preguntó, acercándose a él.

Parecía tan preocupada por sus heridas que a Cooper se le hizo un nudo en la garganta. Y cuando se puso detrás de él y empezó a masajearle la espalda, justo debajo del omoplato izquierdo, se quedó sin respiración.

Ella le había preguntado algo, pero no podía recordar el qué.

—¿Qué has dicho?

—Te he preguntado si fue él quien te hizo la cicatriz —repitió ella pacientemente. Le pasó la punta del dedo por la marca, y él tuvo que carraspear varias veces antes de poder articular palabra.

—Eh, sí… Después de aquello, decidí que ya había tentado bastante la suerte.

—Parece que fue algo serio —le dijo ella, sin dejar de tocarlo—. ¿Cuánto tiempo estuviste hospitalizado?

—Eh… casi dos semanas —respondió. Tenía que encontrar algo, lo que fuera, para no pensar en aquellas manos que le acariciaban la espalda—. Perdí el bazo… —intentó recordar el espantoso dolor que había sufrido—, y mi corazón dejó de latir un par de veces antes de ingresar en el quirófano.

—Dios mío, Cooper —las manos se le quedaron inmóviles—. Tienes suerte de estar vivo.

Él apretó los dientes, intentando ignorar la reacción de su

cuerpo.

—Eso fue lo que me dijeron.

—Y con razón —corroboró ella suavemente, deslizando las manos hacia la zona lumbar—. Eres un hombre muy afortunado...

A Cooper se le endureció todo el cuerpo, y tuvo que esforzarse por respirar. Tenía que mantener el autocontrol... y tal vez lo hubiera conseguido si no hubiese sentido los suaves labios de Faith bajo el omoplato. En el momento que recibió el beso en la cicatriz, las llamas del deseo lo abrasaron por dentro.

Se dio la vuelta y le puso las manos en los hombros. La deseaba con un anhelo salvaje.

—¿Faith?

—Cooper, por favor... —sus candorosos ojos irradiaban el mismo calor que sus manos.

—Esto no está bien, Faith —le dijo, desesperado por inculcar entre ambos algo de sentido común.

—Lo sé... —hablaba casi sin aliento—. No puede traer nada bueno.

No podía haberlo dejado más claro. A Faith no le interesaba un vaquero polvoriento sin nada más que un rancho en ruinas y un puñado de ilusiones.

Se sintió invadido por la decepción, pero, en vez de soltarla y alejarse a toda prisa, se echó hacia atrás el sombrero y entrelazó las manos en su melena rojiza.

—Qué demonios... —murmuró, y la besó ligeramente en los labios.

Eran unos labios suaves y receptivos, y a Cooper le resultó imposible detenerse. Ella emitió un gemido de aceptación, que lo animó a invadir su boca con la lengua.

Cuando sintió sus manos en la cintura, las agarró y se las colocó sobre los hombros. A continuación, la rodeó con los brazos y la mantuvo sujeta contra él, mientras saboreaba y exploraba el interior de su deliciosa boca.

Faith sabía que estaba jugando a algo peligroso. Su experiencia con los hombres había sido tan desastrosa que no podía volver a confiar en ellos. Por desgracia, con Cooper no podía parar. Cuando le acarició los músculos de la espalda, solo había tenido intención de aliviar el dolor de su vieja herida. Pero la tentación de su cálida

piel bajo las manos había encendido en su interior un fuego imposible de sofocar.

Él la apretó más, y a ella le temblaron las rodillas cuando sintió su dura erección contra el estómago. Le rodeó el cuello con los brazos, diciéndose a sí misma que solo la hacía para buscar apoyo, pero la verdad era que lo quería lo más cerca posible. Quería sentirse una vez más femenina y deseada.

Él le levantó el borde de la camisa y deslizó la mano por las costillas, hasta la curva de su pecho. Con el pulgar le masajeó el pezón, erguido, provocándole oleadas de deseo por todo el cuerpo. ¿Cuándo le había desabrochado el sujetador?, pensó ella.

No lo sabía y no le importaba. Con su lengua y sus manos le hacía sentir más placer que lo que Eric había conseguido en cuatro años de matrimonio.

—Esto es una locura —gimió, cuando él se puso a besarle la mandíbula.

—Tienes razón —su cálida respiración contra el oído le produjo un estremecimiento.

—No podemos… no podemos seguir —no estaba segura de si intentaba convencerse a ella misma o a Cooper.

—Cuando llegaste, te dije que no tenías que temer nada de mí —dijo él, apoyando la frente en la suya. Respiró hondo y, tras abrocharle el sujetador, retiró la mano—. Y, por mucho que me gustase negarlo ahora, soy un hombre de palabra. No va a pasar nada que no quieras, Faith.

Ella quiso decirle que no era él en quien no confiaba, sino en su propia falta de juicio. Pero se quedó sin palabra al ver cómo una camioneta se acercaba lentamente por el camino que conducía al rancho.

Y no supo por qué no sentía nada más que tristeza, al saber que ya disponía de un medio para irse de allí.

Capítulo Seis

—¿Es ese tu cuñado?

Cooper miró por encima del hombro para comprobar lo que había distraído a Faith, y maldijo en silencio al ver la camioneta plateada que sorteaba los baches del camino.

—No —respondió, al tiempo que la soltaba.

En cualquier otro momento, habría estado agradecido por la aparición de Brant Wakefield. Era uno de sus mejores amigos, y habría podido ayudarlo a reparar el corral. Además, si no hubiera sido por las habilidades como torero de Brant, Cooper estaría enterrado en alguna tumba, en vez de estar abrazando a la mujer más deseable que había visto en su vida.

Pero la llegada de Brant suponía un medio para que Faith abandonase el rancho. Dos días atrás, lo que más deseaba Cooper era disponer de un medio de transporte. En esos momentos, era lo último que quería.

—¿Quién es? —le preguntó ella.

—Brant Wakefield. Un viejo amigo.

—Bueno, sea quien sea, me alegro de verlo.

—Yo también —mintió él. Alargó un brazo para alisarle los cabellos que le había despeinado.

—¿Debería ir a mirarme a un espejo? —le preguntó ella.

—Estás preciosa —respondió él con una sonrisa.

—No, quiero decir si...

—Tienes buen aspecto —le aseguró.

No iba a decirle que tenía los labios hinchados por el beso y las mejillas enrojecidas por la pasión. Si lo hiciera, Faith desaparecería en el interior de la casa, y Cooper quería que estuviese allí con él, para demostrarle a Brant que esa mujer no estaba disponible.

—Coop, viejo zorro ¿cómo estás? —gritó Brant mientras bajaba lentamente de la camioneta.

—Parece que mejor que tú, Wakefield —respondió Cooper, señalando la rodilla de su amigo—. ¿Cómo se llamaba el toro que

acabó contigo?

Brant se acercó cojeando a ellos.

—Crees que lo sabes todo, ¿no es verdad, Adams? —le preguntó con una sonrisa.

—¿Me equivoco?

—No —Brant suspiró y se rascó la rodilla—. Tuve que lidiar otra vez con Kamikaze.

Cooper soltó un silbido.

—Es uno de los peores… Siempre intenta cornear a los vaqueros que arroja al suelo.

—En efecto —dijo Brant asintiendo, y se volvió hacia Faith—. ¿Quién es esta encantadora dama?

Sin pensar, Cooper rodeó a Faith por la cintura y los presentó.

—Brant fue el torero que impidió a Triturador acabar conmigo —añadió.

—Es un placer conocerlo, señor Wakefield —dijo Faith estrechándole la mano—. Ahora, si me disculpan, les dejaré hablando de los viejos tiempos mientras voy a preparar unos sándwiches. Se quedará a comer, ¿verdad, señor Wakefield?

—Por supuesto, señorita Broderick —Brant esbozó una sonrisa que irrito a Cooper—. Pero llámame Brant.

—Solo si tú me llamas Faith —respondió ella, y se encaminó hacia la casa.

Cooper tragó saliva al ver cómo se alejaba. El modo en que movía las caderas al andar era irresistiblemente sexy.

—Bonita vista, ¿eh? —dijo Brant.

—La mejor que he visto —respondió Cooper, sin pensar en lo que decía.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Es mi asistenta.

Su amigo contempló el porche combado y los plásticos que cubrían las ventanas y los huecos del tejado.

—Claro… Lo que tú digas, Coop —se apoyó contra la valla—. Entonces, ¿no te importaría si yo…?

—Déjala en paz, Wakefield —le advirtió Cooper. Agarró la camisa que estaba en lo alto de la valla y se la puso—. Has conseguido a más mujeres de las que merecías. No necesitas otra.

—Eres un condenado mentiroso —dijo Brant, riendo—. No

puedes ocultar lo que te preocupa esa mujer, así que será mejor que confieses.

Cooper se metió la camisa por la cintura de los vaqueros y negó con la cabeza.

—A veces, me irritas sobremanera, Wakefield.

Brant soltó otra carcajada.

—Lo mismo me dicen Morgan y Colt.

—Pues tienen razón —Cooper sonrió. Si conseguía desviar el tema hacia la familia de Brant, tal vez cesaran las preguntas sobre Faith—. ¿Cómo están tus hermanos?

Brant se encogió de hombros.

—Como siempre. Morgan sigue intentando descubrir quién heredó el rancho del viejo Tug Shackley. Está empeñado en comprarlo y así expandirle Lonetree por el oeste. Y Colt se ha hecho jinete de toros. Es miembro de los Professional Bull Riders.

—Creía que solo montaba broncos salvajes —dijo Cooper, mientras recogía las herramientas.

—Dijo que se ganaba mucho más montando toros que caballos.

—Sí, lo mismo pensé yo hace tiempo —vio cómo Brant se rascaba el soporte que tenía en la pierna—. Por cierto, ¿a quién tuviste que salvar de Kamikaze?

La sonrisa de Brant desapareció al instante.

—A mi hermano.

—¿A Colt?

—Casi todos los jinetes optarían por perder el rodeo con tal de no montar a esa bestia. Pero Colt no.

—Comprendo que no quisiera abandonar. Yo mismo solo lo hice en un par de ocasiones. Es muy duro pagar tu participación, y luego ver cómo el toro sale al ruedo sin ti.

—Estoy de acuerdo. Pero con algunos toros es cuestión de vida o muerte —Brant miró al horizonte—. Me alegro de haber estado allí aquel día.

—Tú te hiciste polvo la rodilla. ¿Qué le pasó a Colt?

—Salió sin un rasguño —respondió Brant con una sonrisa.

A Cooper no lo sorprendió. Brant era uno de los mejores toreros que había visto.

—Los sándwiches están listos, por si queréis entrar ya a comer —anunció Faith desde el porche.

—Vamos para allá —respondió Cooper, y él y Brant se dirigieron hacia la casa. Levantó la vista al cielo, y vio que los nubarrones que se acercaban habían cambiado de dirección y se movían hacia el sur —. A propósito, ¿qué tienes pensado hacer hoy, Wakefield?

—Nada en particular —respondió Brant encogiéndose de hombros.

Cooper sonrió y le dio una palmadita en la espalda.

—Pues ahora ya tienes algo.

—Supongo que eso responde a mi pregunta —dijo Faith, viendo cómo los dos hombres acababan con los sándwiches.

—¿Qué pregunta? —dijo Cooper limpiándose con una servilleta.

—Si os gustaban o no los sándwiches de crema de cacahuete y mermelada.

Los dos amigos se echaron a reír.

—Cuando empezamos a competir en los rodeos, solo vivíamos de sándwiches de crema de cacahuete y mermelada —dijo Cooper.

—Salvo en aquellas ocasiones en las que podíamos permitirnos un poco de queso y alguna que otra golosina —añadió Brant.

—O cuando conseguíamos reunir el dinero suficiente para una hamburguesa.

—Sí —Brant soltó una risita—, era como ir a un restaurante de cinco tenedores.

A Faith le gustaba oírlos hablar de sus experiencias, pero no podía evitar compararlos.

Físicamente, los dos eran altos, muy atractivos, y con unos cuerpos que llamarían la atención de cualquier mujer. Los dos tenían los ojos azules y un carácter tranquilo y amistoso. Pero ahí acababan las semejanzas.

Cooper tenía el cabello rubio oscuro, mientras que el de Brant era negro, pero no era esa la principal diferencia que Faith veía en ellos. No, lo que más la desconcertaba era la reacción que ella misma tenía hacia ellos. Cuando le estrechó la mano a Brant, no sintió nada del cálido hormigueo que experimentaba con Cooper, cuya sola presencia en la misma habitación que ella bastaba para que el corazón le diera un vuelco.

—¿Algunas vez has montado toros salvajes, Brant? —preguntó,

con cuidado de evitar la mirada de Cooper.

—¡No, por Dios! —pareció sobresaltarse ante la pregunta—. No tengo tan poca cabeza. Siempre he sido un torero.

—Creía que eso era algo típico de España y México —dijo, levantándose de la mesa para retirar los platos—. No sabía que participaban también en los rodeos.

—No es la misma clase de toreros, cielo —dijo Cooper—. Brant se enfrenta al toro para distraerlo de un vaquero derribado.

—Suena muy peligroso —dijo ella, esperando que la voz no le temblara. Siempre que Cooper la llamaba «cielo» la dejaba sin aire.

—No tanto —dijo Brant.

—No le hagas caso —replicó Cooper—. Hay docenas de vaqueros que le deben la vida a este hombre, incluido yo. Por eso nunca encontrarás a un jinete de toros que no hable con gratitud y orgullo de un torero.

—¡Caray, Coop! No sabía cuánto significaba para ti —dijo Brant con una sonrisa maliciosa.

Cooper se echó a reír y se levantó.

—No dejes que se te suba a la cabeza, Wakefield. Tu ego ya tiene el tamaño de Texas, y no quiero ser yo quien te lo infle aún más. Me sorprende que el sombrero te siga encajando en la cabeza.

—Estás celoso porque soy yo quien siempre consigue a todas las chicas que quiero —dijo Brant, guiñándole un ojo a Faith.

—¿Como esa rubia de Tucson? —replicó Cooper.

—¿Por qué has tenido que recordármela? —preguntó Brant con un gemido.

—Solo es la punta del iceberg —Cooper abrió la puerta y salió al porche—. Y aquella vez en Albuquerque, cuando...

Faith los vio salir y caminar hacia el corral, charlando y riendo. No había duda de que eran muy buenos amigos.

Se le hizo un nudo en la garganta y las lágrimas amenazaron con afluir a sus ojos. Hasta hacía un año, ella también había tenido una amiga de verdad. Charlotte Turner había sido como una hermana para ella, a quien hubiera podido confiarle cualquier cosa.

O, al menos, eso había creído... hasta que Charlotte usó contra ella el terrible secreto de su infertilidad.

Charlotte se había quedado embarazada de Eric, porque sabía lo importante que era para él tener un hijo propio... y porque además

se habían enamorado.

Faith agarró la escoba y empezó a barrer. Pensar en su vieja amiga sacaba a la luz los mejores recuerdos de su vida, y también los más dolorosos.

Pero, por encima de todo, demostraba que su opinión sobre las personas nunca había sido de fiar.

Los truenos se oían a lo lejos, mientras Cooper examinaba con orgullo las reparaciones en el corral. Con la ayuda de Brant, habían colocado tres postes, el resto de las tablas y una nueva puerta. En unas pocas horas habían realizado el mismo trabajo que, junto a Faith, le habría llevado todo un día.

—Gracias, Wakefield —le dijo, mientras recogía las herramientas—. Te debo una.

—De nada, hombre —Brant se puso la camisa, que había dejado colgada en un poste, y miró a su alrededor—. Por cierto, ¿qué ha pasado aquí? Me dijiste que habías comprado un rancho que necesitaba un poco de trabajo. Pero esto parece casi en ruinas.

—La explicación solo tiene un nombre —dijo Cooper con sarcasmo.

—No me lo digas —Brant soltó una carcajada—. Whiskers, ¿verdad?

Cuando Cooper terminó de explicarle todo lo que había hecho el viejo, a Brant se le saltaban las lágrimas de tanto reír.

—Antes de que te vayas, necesito tu ayuda para algo más.

—¿Además de llevaros a Faith y a ti de vuelta a la civilización? —preguntó Brant.

A Cooper se le hizo un nudo en el estómago. No había querido pensar en eso, pero no había forma de evitarlo.

—Seguramente, Faith querrá irse —se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en la garganta—. Pero creo que yo me quedaré a terminar las reparaciones, antes de que llegue el ganado.

—Estupendo —Brant esbozó una sonrisa malvada—. Eso me dará una hora más o menos, para conocer mejor a Faith de camino a Amarillo.

—Te lo advierto...

—Tranquilo, Adams —dijo riendo—. Solo quería ver hasta

dónde estás dispuesto a llegar.

—Yo no…

—Vamos, no he nacido ayer —lo interrumpió Brant—. Y, a menos que haya perdido mi instinto, os veo a los dos igual de interesados.

—Te equivocas, Wakefield.

Brant cruzó los brazos al pecho y negó con la cabeza.

—No lo creo. ¿Qué te apuestas a que decide quedarse contigo cuando yo me vaya?

—¿Aquel toro te golpeó en la cabeza además de destrozarte la rodilla?

—No —la sonrisa de Brant era tan irritante que Cooper sintió deseos de estrangularlo.

—Mira a tu alrededor, Wakefield. ¿Qué mujer en su sano juicio querría estar con un hombre que solo tiene un rancho en ruinas y el dinero justo para mantenerlo?

—Una mujer enamorada.

—Ahora sí que estoy seguro de que el toro te dio en la cabeza.

La risa de su amigo a punto estuvo de enloquecerlo.

—Espera a ver lo que ocurre mañana. Si Faith no se queda contigo, volveré la semana que viene y te ayudaré a cercar todos los pastos que quieras. Y los dos sabemos lo que detesto trabajar con alambres.

—Pase lo que pase, vendrás a ayudar —dijo Cooper con convicción.

—Cierto, pero tenía que negociar con algo… Y ahora, dime, ¿qué es eso otro para lo que necesitas ayuda?

—No vas a creerlo.

—Prueba.

—Tenemos que hacer una jaula para un ratón —agarró un rollo de alambre y se lo tiró.

—Tienes razón —dijo Brant negando con la cabeza—. No te creo.

A la mañana siguiente, Faith les sirvió café en las tazas.

—Quiero daros las gracias por haber hecho la jaula y haber atrapado al ratón —les dijo, recordando cómo la noche antes

habían buscado al animal por todas partes hasta encontrarlo—. Tal vez ahora pueda dedicarme a hacer algo que no sea a vigilarme los pies.

—No hay de qué —respondió alegremente Brant, entre bocado y bocado de magdalena de nueces—. Cooper me ha dicho que el otro día intentó trepar por tu pierna.

—Me temo que di un espectáculo —dijo ella, estremeciéndose—. ¿Verdad, Cooper?

Él asintió sin decir nada, y ella se preguntó si habría tomado la decisión correcta. Cooper llevaba muy callado toda la mañana.

Lo mejor era descubrirlo cuanto antes, pensó con decisión.

—Cooper —dijo, tras aclararse la garganta—. Tengo que pedirte una cosa.

Él dejó lentamente la taza del café sobre la mesa.

—¿Qué necesitas?

«A ti», le dijo a Faith una traicionera voz interior.

—Si no tienes inconveniente, me gustaría quedarme hasta que tu cuñado traiga el ganado. Tengo que cumplir el trato con el señor Penn —se apresuró a añadir, antes de que Cooper se hiciera una idea equivocada.

Sabía que era una excusa muy pobre y que había perdido el poco sentido común que le quedaba, pero tras pasar la noche en vela, pensando si debía o no dejar la Triple Bar... y a Cooper, había llegado a una conclusión. Quería quedarse con él. Y el único modo que tenía para ello era esgrimir el trato con el señor Penn.

El alivio la invadió cuando vio una sonrisa en los labios de Cooper.

—Me parece muy bien, cielo —le dijo, con su tono sensual de siempre.

La risita de Brant se transformó en una tos cuando su bota chocó con la de Cooper bajo la mesa.

—No me iré hasta después del almuerzo —dijo, bajando una mano para rascarse la espinilla—. Si cambias de idea, dímelo.

—Dudo que eso ocurra —dijo Cooper, mirándola a los ojos—. Faith merece llevarse un trozo de la piel de Whiskers, por lo que le ha hecho pasar.

Faith vio cómo Brant esbozaba una enigmática sonrisa.

—De acuerdo, entonces —dijo Brant al tiempo que se levantaba

—. Vamos, Coop. Antes de irme, tenemos que vaciar de trastos las cuadras.

Cuatro horas más tarde, Cooper y Faith se despedían de Brant desde el porche. A Cooper le gustaba que su amigo lo visitara a menudo, pero no en esos momentos de su vida, y se alegraba de ver cómo se iba en su camioneta.

Le quedaban tres o cuatro días con Faith, antes de que llegaran Flint y Whiskers. Sabía que la atracción que ambos sentían no tenía ningún futuro, pero quería pasar con ella todo el tiempo que fuera posible, antes de que se marchara para siempre de su lado.

—Brant es muy agradable —dijo ella—. Me alegra que haya podido ayudarte a reparar el corral y el granero.

—No se me ocurre ninguna otra persona a quien quisiera tener cerca en un terremoto —corroboró Cooper.

No quería hablar de Brant ni del rancho; tomó a Faith de la mano y bajó los escalones del porche.

—Vamos, cielo. Tengo una sorpresa para ti en el granero.

Faith le dedicó una encantadora y turbadora sonrisa.

—No será otra de tus inofensivas criaturas, ¿verdad?

—Claro que no. Es algo que creo que te va a gustar. Brant y yo lo encontramos mientras limpiábamos las cuadras —cuando llegaron a la puerta del granero, le tapó los ojos con la mano—. Ahora recuerda que no es perfecto y es probable que no estés acostumbrada. Pero, aun así, es mejor que lo que tenemos.

—¿Me estás diciendo que tenga la mente abierta? —le preguntó, riendo.

—Más o menos —dijo él, riendo también. La llevó hasta el centro del granero y apartó la mano de sus ojos—. ¿Qué te parece?

—¿Es eso lo que creo que es? —preguntó ella, con el rostro iluminado por una sonrisa de felicidad.

—Por supuesto. Es una bañera antigua. Cuando la haya limpiado a fondo, la llevaré a la casa, y así podrás tomar un baño de verdad, en vez de usar una palangana y una esponja.

La reacción de Faith fue lo máximo que él esperaba que fuera. Le echó los brazos al cuello, y le dio un beso que lo animó a buscar otros tesoros ocultos en el granero que la hicieran tan feliz.

Capítulo Siete

Faith retiró de la hornilla el último cazo de agua caliente, mientras escuchaba música clásica en su reproductor de CD a pilas, y lo vertió en la bañera. Luego, añadió un poco de agua fría para conseguir la temperatura deseada, y también una generosa cantidad de sales de baño. Un intenso olor a rosas llenó la habitación.

Se recogió la melena y se la sujetó con una horquilla. Mientras el agua se calentaba, había aprovechado para desnudarse y ponerse un albornoz, de modo que ya solo quedaba una cosa por hacer antes de encender las velas y meterse en la bañera. Tenía que encontrar una manera de cerrar la puerta, para impedir que Cooper pudiera entrar accidentalmente.

No era que no confiase en él, pero Cooper no sabía que iba a darse un baño. Había sido ella quien había bombeado el agua, aprovechando que estaba sola en la casa. La intranquilizaba un poco tener la bañera en un rincón de la cocina, pero era donde estaba la estufa de queroseno. En cualquier otra habitación hacía demasiado frío.

Respiró profundamente y miró a su alrededor. ¿Qué podría utilizar para asegurar la puerta? No tenía cerradura, lo cual le había extrañado mucho cuando llegó a la casa. Pero, mientras más pensaba en ello, más convencida estaba de que a los habitantes que vivieron allí mucho tiempo atrás no les había parecido necesario. La casa estaba muy apartada de la carretera y muy lejos de cualquier vecino. Aparte de ella y Cooper, no había un alma en muchos kilómetros a la redonda.

Mientras buscaba alguna forma de bloquear la puerta, vio algunas cajas grandes que aún no habían vaciado. Perfecto. Eran lo suficientemente pesadas para asegurar su intimidad.

Levantó la toalla que había colgado en la puerta, y se aseguró de que Cooper seguía en el granero. Soltó un suspiro de alivio al ver cómo un cubo oxidado salía volando por la puerta y aterrizaba en el creciente montón de objetos desechables. Cooper estaba tan

empeñado en limpiar el granero que no era probable que acabase pronto.

Sonrió y apiló las pesadas cajas contra la puerta. A continuación, encendió las velas y se quitó el albornoz. Se metió en la bañera y se sentó. Era bastante pequeña, por lo que tuvo que flexionar las rodillas, pero la sensación del agua sobre sus brazos y pecho era maravillosa. Mientras se frotaba con la esponja, pensó que aquel era el mejor baño que había tomado en su vida, sobre todo después de haber estado varios días lavándose con una palangana.

Se recostó y aspiró la fragancia de rosas, deleitándose con la suave música de Chopin. Cerró los ojos, extasiada de placer. Ni siquiera una estancia en un balneario de lujo podría relajarla más de lo que estaba en aquellos momentos.

Cuando un trueno resonó en la distancia, Cooper arrojó otro trasto al montón y miró hacia arriba. Las nubes ya cubrían por completo el cielo, y en pocos minutos empezaría a llover. A menos que quisiera ponerse a esquivar rayos, lo mejor sería volver a la casa.

Se restregó las manos en los vaqueros y miró hacia su nuevo hogar. De momento no era gran cosa, pero Cooper no tenía duda de que acabaría siéndolo. De hecho, desde que Brant y él repararon la columna del porche trasero, la casa ofrecía un aspecto mucho mejor. Al menos, ya no tenía que agachar la cabeza cuando subía los escalones de la entrada.

Una oleada de orgullo le invadió el pecho. Por primera vez en su vida, tenía algo suyo. Una casa de verdad, no una vivienda portátil. Su familia había viajado como nómadas de un rodeo a otro, siendo su padre domador de bueyes y luego torero.

Pero, finalmente, Cooper había tomado la decisión de echar raíces. Y estaba encantado con su decisión.

Solo deseaba que Faith no hubiera visto el rancho tal y como estaba en esos momentos. Hubiera preferido que llegase un poco más tarde, cuando se hubieran acabado todas las reparaciones. Tal vez entonces...

Sacudió la cabeza. No tenía sentido pensar en eso. Faith no quería formar parte de su vida ni de un rancho en ruinas. Además,

no era el momento de pensar en una esposa. Cuando decidiera buscar una mujer, tendría un rancho del que estar orgulloso, y podría ofrecer algo más que un techo con goteras y una bañera antigua.

Al subir los escalones del porche se detuvo al escuchar música. ¿De dónde habría sacado Faith u reproductor? Sonrió al pensar en su gigantesca Samsonite. De aquella maleta podría sacar cualquier cosa…

Pero aquello era otra prueba de las diferencias que había entre ambos. A Faith le gustaba la música clásica, mientras que él prefería la música country.

Giró el pomo, pero no pudo abrir la puerta. Sonrió al ver la toalla que cubría el cristal. A las mujeres les gustaban las cortinas, y Faith se había preocupado de encontrar algo similar.

Pero ¿por qué se había encerrado dentro? Tal vez quisiera sorprenderlo con algún toque femenino en la decoración, pensó mientras golpeaba el cristal.

—¿Faith?

No hubo respuesta, aunque lo más probable era que no lo oyese, pues la música del reproductor sonaba muy alta.

Volvió a llamar y empujó con más fuerza. La puerta se abrió un par de centímetros.

—Faith, déjame entrar.

Tampoco esa vez hubo respuesta.

¿Qué estaba pasando? ¿Se habría caído mientras colgaba cosas en la ventana? ¿Estaría herida?

Una sucesión de dramáticas situaciones se le pasó por la cabeza… todas ellas con Faith inconsciente en el suelo.

Se echó hacia atrás y cargó con todas sus fuerzas contra la puerta. Esta se abrió, y Cooper irrumpió en la cocina, entre un montón de grandes cajas.

—¿Faith? —gritó mientras se levantaba.

La luz de las velas en el rincón más lejano de la cocina le llamó la atención… y entonces sintió como si hubiera recibido un mazazo. Allí estaba, sentada en la vieja bañera, completamente desnuda y más hermosa que cualquier mujer.

Faith parpadeó varias veces para orientarse. Estaba claro que se había quedado dormida mientras tomaba el baño. Cuando lo vio,

soltó un chillido y, para decepción de Cooper, se apresuró a cubrirse. Pero la bañera era muy pequeña, y era imposible ocultarse bajo el agua.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, con las mejillas coloradas—. Creía que estabas limpiando el granero.

Cooper tuvo que hacer un enorme esfuerzo para reprimir una sonrisa. Faith estaba tan hermosa en la bañera, con su sedosa melena recogida y sus voluptuosos pechos medio escondidos bajo el agua...

El deseo de sonreír se esfumó al comprobar la poca profundidad del agua. Ni siquiera llegaba a cubrir los pezones de Faith, duros y erguidos como puntas de coral. A Cooper le resultó imposible apartar la mirada. Y tampoco quería apartarla.

Vestida, Faith era preciosa. Pero desnuda, con su piel satinada reluciendo a la luz de las velas, era la auténtica visión de todo lo que una mujer debería ser... suave, sensual y seductora más allá de las palabras.

El calor le recorrió el cuerpo y la región inferior de su anatomía se endureció, como era de esperar.

—Ha... eh... ha empezado a llover —dijo, metiendo las manos en los bolsillos delanteros para aliviar algo la presión de la entrepierna.

Sabía que ella había percibido su erección, pero, en vez de apartar la mirada, parecía tan fascinada como él. Cooper dio un paso adelante.

En aquel momento un relámpago iluminó la cocina, seguido por el fuerte retumbo de un trueno. Ambos dieron un respingo, y Cooper volvió de golpe a la realidad. ¿Qué demonios estaba haciendo? Le había dicho que podía confiar en él, y estaba dispuesto a cumplir con su palabra... aunque fuera incapaz de respirar y el corazón le latiera a un ritmo frenético.

Se dio la vuelta y se esforzó para tomar aire mientras se dirigía hacia la puerta.

—Estaré en el porche —le dijo entre dientes—. Cuando te hayas vestido, avísame y vendré a vaciar la bañera.

Faith esperó a que Cooper apartara las cajas y cerrase la puerta a su paso. Entonces agarró la toalla y se levantó. ¿Qué demonios le había ocurrido?

Las mejillas le ardían, y tuvo que morderse el labio para reprimir un gemido mientras se secaba vigorosamente. Que el Cielo la ayudara... Había querido que Cooper la viese desnuda. Había querido que la deseara tanto como ella lo deseaba a él. Y su deseo parecía ser evidente, a juzgar por el bulto en sus vaqueros y el fuego de su mirada.

Gracias a Dios, el trueno la había devuelto el sentido común. Pero ¿cómo iba a mirarlo otra vez a la cara? ¿Acaso estaba tan desesperada que le había insinuado a Cooper que le hiciera el amor?

Se puso unos vaqueros y una sudadera azul, y secó el agua que había derramado al sentarse en la bañera. Apagó las velas y encendió el farol. Los nubarrones del cielo oscurecían el interior de la cocina más de lo normal. Necesitaba luz para ver, pero las velas eran demasiado románticas e íntimas...

—Ya puedes entrar —le dijo, al tiempo que abría la puerta.

No pudo mirarlo mientras él vaciaba la bañera. Las mejillas aún le ardían de humillación, por la forma tan desvergonzada en que había actuado cuando él la contemplaba. Pero lo que más la asustaba era cómo se había sentido al ver el deseo brillando en sus intensos ojos azules.

Tras verter en el exterior el último cubo, Cooper fue hacia la bomba y empezó a sacar agua.

—Si no te importa, creo que tomaré un baño y me afeitaré mientras haya luz.

Ella asintió y se dispuso a salir de la cocina.

—Claro... Me quedaré en el salón hasta que acabes.

—¿Sabes? No hay nada de lo que avergonzarse —dijo él, mientras colocaba un recipiente con agua sobre la hornilla.

¡Santo Dios!, pensó Faith horrorizada. ¿Tan transparente era?

—Por favor, vamos a olvidarlo...

De repente, se encontró abrazada por detrás.

—Cielo, ni aunque viviera cien años podría olvidar la visión de tu bonito cuerpo —le murmuró al oído.

El tono profundo y apasionado de su declaración le produjo a Faith una punzada de deseo en el pecho que amenazó con ahogarla.

—Cooper, no puedo...

—Está bien, cielo —la interrumpió, acercándola más a él—.

Como ya te dije, puedes confiar en mí. Te he dado mi palabra de que no pasará nada que no quieras que pase.

El problema no era no que no confiase en él, sino en que ella misma empezara a desear las cosas que nunca podría tener.

Se soltó de su abrazo y se alejó.

—¿Faith?

—Estaré en el salón —le dijo sin volverse—. Avísame cuando estés vestido y vendré a preparar la cena.

Cooper secó el plato que Faith le había dado y lo guardó en el armario. No soportaba la tristeza que ensombrecía sus bonitos ojos marrones, ni el silencio que se interponía entre ellos. En las dos últimas horas apenas le había dirigido la palabra.

—Gracias por la cena —le dijo, intentando una vez más iniciar una conversación—. No es puede hacer mucho con una hornilla como esta, pero la carne enlatada estaba riquísima.

—De nada —dijo ella mientras pasaba un trapo por la encimera —. ¿Te importaría vaciar el barreño?

Mientras Cooper vertía el agua en el exterior, se preguntó cómo podría volver a la camaradería que habían compartido los días anteriores. Sabía que Faith ya no se sentía turbada por que la hubiera pillado en la bañera, pero no podía comprender su tristeza.

La lluvia golpeaba el tejado del porche. Si el tiempo ayudara, podría sacarla y enseñarle algunas de las cosas que había encontrado en el granero. Cosas que seguramente la harían sonreír, como la lámpara con forma de bailarina hawaiana, o el castillo hecho con cientos de tapones pegados. Pero la tormenta no parecía que fuese a amainar.

Volvió a entrar en la cocina sumido en sus pensamientos. ¿Qué podría hacer para levantarle el ánimo?

Miró a su alrededor y se fijó en el reproductor de CDs que estaba sobre una caja.

—¿Faith? —la llamó con una sonrisa. Ella levantó la vista del libro que estaba leyendo y lo miró—. ¿Te importaría si uso tu reproductor de CDs?

—Pues claro que no —se levantó y quitó el CD de música clásica —. ¿Vas a escucharlo aquí?

—No, creo que me lo llevaré al salón —agarró el aparato y salió de la cocina. No quiso preguntarle a Faith si quería acompañarlo, pues antes tenía que ocuparse de varias cosas.

Dejó el reproductor sobre una caja de madera y quitó la cuerda que usaban para tender la ropa. Por suerte, el salón era grande, por lo que tendrían mucho espacio para moverse.

Cuando acabó de prepararlo todo, ya había oscurecido por completo.

—¿Dónde has puesto las velas? —le preguntó mientras entraba en la cocina.

—Están junto a la bomba —le respondió, mirándolo con curiosidad—. ¿Por qué?

—Necesito luz para no tropezarme y romperme el cuello.

—¿Quieres llevarte el farol? —le ofreció ella.

—No, te hace falta para leer.

Faith lo vio agarrar todas las velas y salir al vestíbulo. ¿Para que necesitaría tantas?

Al escuchar la música country que llegaba del salón, se encogió de hombros y volvió a concentrarse en el libro. Cuanto menos pensara en Cooper Adams, mejor.

Pero cuando vio que estaba leyendo la misma página por tercera vez, desistió y cerró el libro.

La vergüenza inicial que había sentido cuando Cooper la encontró desnuda había dado paso a una profunda tristeza. Él la deseaba y ella lo deseaba, pero si hacían el amor, no podría confiar en sí misma para no enamorarse desesperadamente. Y si el deseo que la invadía era significativo, era precisamente eso lo que le estaba ocurriendo.

Algo en su interior le decía que Cooper era el hombre que demostraba ser... alguien honesto, fiel y trabajador. Pero ella ya había confiado en sus instintos con anterioridad, y no podía volver a cometer el mismo error.

Había juzgado mal a su marido y a su mejor amiga, de quienes ni siquiera había sospechado que tenían una aventura. No se enteró hasta que Eric le pidió el divorcio. Quería casarse con Charlotte porque estaban esperando un hijo.

—Faith, cielo, ¿estás bien? —le preguntó Cooper por encima del hombro.

Ella lo miró y vio la preocupación en su rostro. Había estado tan inmersa en sus pensamientos que no lo había oído entrar en la cocina.

—Sí, muy bien.

—¿Estás segura? —insistió él—. Pareces muy distante.

—Creo que lo estaba —reconoció ella, forzando una sonrisa.

—¿Y ya estás de vuelta? —le devolvió la sonrisa, y a Faith le dio un vuelco el corazón.

—Sí —apenas podía respirar.

—Me alegro. Tengo que llevarte a un sitio esta noche.

Fuera no dejaban de caer rayos. ¿Adónde podría llevarla con aquella tormenta?

Él la tomó de la mano y la hizo levantarse. Un cálido hormigueo le recorrió el brazo al sentir el contacto.

—¿Tendría el honor de acompañarme al salón, señorita?

Ella se echó a reír al ver su expresión maliciosa, y lo siguió por el vestíbulo.

—¿De qué se trata? —le preguntó, alzando la voz para hacerse oír por encima de la música.

Cuando llegaron al salón, él hizo un amplio movimiento con el brazo y se inclinó para susurrarle algo al oído.

—Sea bienvenida a la sala de baile de la Triple Bar, señorita.

A Faith se le pusieron los ojos como platos, y tuvo que llevarse una mano a la boca para sofocar un gemido. Cooper había encendido todas las velas y había extendido una sábana sobre una caja para hacer las veces de mesa. Dos pequeñas cajas de madera estaban colocadas a ambos lados de la mesa, en cuyo centro había una vela en una botella de cerveza.

Los ojos se le llenaron de lágrimas por la emoción. Nunca había visto algo tan romántico.

—¿Te gusta? —le preguntó él, esperanzado.

Ella asintió y tuvo que tragar saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

—Cooper, esto es lo más bonito que ha hecho alguien por mí —se puso de puntillas y le dio un beso en la mandíbula—. Gracias.

Cooper le acarició la mejilla con el dorso de la mano. En esos momentos, Faith le parecía la mujer más sexy del mundo.

—Me alegra que te guste —la miró en silencio durante varios

segundos, hasta esbozar una sonrisa burlona—. Esta noche está lleno, pero creo que he visto una mesa libre por ahí —apuntó hacia la caja con la sábana.

—Sí, tienes razón —corroboró ella, encantada de que Cooper quisiera animar la conversación.

Cooper la llevó a la mesa y, tras acomodarla en la caja, miró a su alrededor.

—El camarero debe de tener el día libre, así que tendré que ir yo mismo al bar. ¿Qué te apetece?

—Tomaré lo mismo que tú.

Él sonrió y se tocó el ala del sombrero.

—Vuelvo enseguida.

En pocos minutos estuvo sentado frente a ella, con dos envases de zumo con sendas pajitas.

—Me he pedido una cerveza, pero pensé que tú preferirías vino.

—Buena elección —dijo ella sonriéndole.

La canción que sonaba en el reproductor acabó, y empezó otra a continuación.

—¿Te gustaría bailar?

—Me temo que no soy muy buena bailando country —respondió ella negando con la cabeza.

Él se puso en pie y la tomó de la mano.

—Vamos, es muy fácil. Yo te enseñaré.

Faith se levantó y lo siguió al centro de la habitación.

—Te lo advierto; es muy probable que te pise.

—Eso va a ser muy difícil, ya que vamos a hacer el *Stroll* —dijo él, riendo.

—¿*Stroll*?

Cooper asintió y le pasó un brazo por los hombros.

—Es un baile tradicional de Texas —le explicó dónde y cómo debía situar las manos y cómo eran los pasos.

Dieron una vuelta completa al salón, antes de que ella se diera cuenta de que lo estaba haciendo bien.

—Es muy divertido —dijo riendo—, y no es tan difícil como pensaba.

—Ya te dije que era muy fácil —respondió él con una sonrisa, y siguieron dando vueltas.

Cuando acabó el CD y el reproductor pasó al siguiente, Cooper

le había enseñado, además del *Stroll*, el *Two—Step* y un par de bailes más.

—Es realmente divertido —dijo ella sin aliento.

—¿Quieres descansar un poco? —le preguntó él, llevándola hacia la mesa.

Faith se sentó y tomó un sorbo de zumo.

—Cooper, ¿te importa que te haga una pregunta?

—Dispara —dijo él, tomando un largo sorbo por la pajita.

—¿Por qué llevas puesto el sombrero cuando bailas? De hecho, desde que estoy aquí, creo que solo te he visto sin él en un par de ocasiones.

Cooper se encogió de hombros.

—Ningún texano podría bailar el *Stroll* o el *Two—Step* sin el sombrero —le explicó, como si fuera lo más razonable del mundo —. Solo hay un par de cosas que haría sin él.

Faith podía imaginarse una de esas dos cosas, y la sensual sonrisa de Cooper le dijo que su suposición era correcta.

—¿Alguna vez has intentado bailar sin sombrero? —le preguntó, esperando que no notase el rubor en sus mejillas.

—Nunca.

—¿Por qué no?

Cooper dejó el zumo y esbozó una encantadora sonrisa.

—Es como Sansón y sus cabellos. Era lo que le daba su fuerza. Lo mismo pasa con un vaquero. Con el sombrero es un bailarín fantástico, pero si se lo quita es un patoso —se inclinó hacia delante, como si fuera a revelar un secreto—. Además, le da muy buen aspecto.

Faith se echó a reír.

—El sombrero es lo que da tanta seguridad, ¿no es cierto?

—Más o menos.

Una canción lenta empezó a sonar, y Cooper se levantó y le tendió la mano.

—¿Estás lista para bailar algo más lento?

Faith asintió y lo volvió a seguir hasta la improvisada pista de baile. Se sentía embriagada por su olor masculino y el calor de su mano.

Él le agarró las manos y se las puso sobre sus anchos hombros. A continuación, deslizó un muslo entre sus piernas y la abrazó por la

cintura.

Mientras se movían por la habitación, él la miraba fijamente, y con el ala del sombrero le rozaba la cabeza. Era una sensación tan íntima que Faith contuvo la respiración.

Los relámpagos seguían iluminando la estancia, acompañados por el retumbar de los truenos, pero ella apenas lo notaba.

—¿Cooper?

—¿Sí?

—¿Qué estamos haciendo? —le preguntó con un hilo de voz.

—Estamos bailando —le respondió sin apartar la mirada.

—No, quiero decir...

Él le puso un dedo en los labios.

—Solo estamos bailando, cielo.

Ella intentó concentrarse en la música, en vez de pensar en el hombre que la abrazaba. Pero fue un error, porque la letra de la canción era tan provocativa como el baile.

Cooper le acarició la espalda, despertando hasta la última célula de su cuerpo. Faith apoyó la cabeza contra su hombro y tuvo que esforzarse para que no se le olvidara respirar.

Pero cuando él llevó la mano hasta su pecho y empezó a masajearle el pezón, fue incapaz de tomar aire. Las rodillas le temblaron, mientras una ola de intenso calor se concentraba en la parte inferior del estómago.

El temporal arreciaba en el exterior, pero no podía compararse a la tormenta que rugía en el interior de su cuerpo. Cooper le sujetó el trasero con la otra mano y la apretó más contra él, presionando su erección contra ella, quien, a pesar de tener los ojos cerrados, seguía viendo destellos de luz.

Cuando acabó la canción, hizo ademán de separarse, pero él la retuvo con fuerza.

—Deja que te abrace un poco más, cielo —le dijo con voz ronca.

Era una locura, pero era exactamente lo que ella quería que hiciera.

—¿Cooper?

—Si me pides que te suelte, te prometo que lo haré —le aseguró, rozando sus labios con los suyos.

Faith se encontró atrapada en el calor del beso, y separó los labios para recibir su lengua voraz.

El deseo contra el que había luchado desde que conoció a Cooper había plantado en su interior una dolorosa necesidad que solo él podía curar. Lo deseaba más de lo que había deseado a cualquier otro hombre.

—¿Faith?

Ella se echó hacia atrás y lo miró durante unos interminables segundos, antes de asumir la derrota ante el deseo. El modo en que había dicho su nombre y la pasión que ardía en sus ojos azules le decían que quería exactamente lo mismo que ella.

Le había dicho que un vaquero solo se quitaba el sombrero para hacer dos cosas. Y ella estaba segura de cuál era una de esas dos cosas.

Respiró profundamente y sonrió.

—Cooper, quítate el sombrero.

Capítulo Ocho

—¿Estás segura? —le preguntó Cooper. Le había dado un vuelco el corazón, pero no quería que Faith se lamentara por aquello a la mañana siguiente.

Ella alargó un brazo y le quitó el sombrero Resistol.

—De lo único que podría arrepentirme es de no hacer el amor —le dijo dulcemente.

Cooper buscó alguna sombra de duda en su expresión, y al no encontrar ninguna, la atrajo hacia él y escondió la cara en su melena rojiza. La confianza que había visto en los brillantes ojos marrones de Faith le había hecho hincar la rodilla. Estaba dispuesto a hacer de aquella la noche más memorable de su vida, o morir en el intento.

La soltó y fue hacia el reproductor para cambiar el CD. La música clásica que Faith había estado escuchando mientras se bañaba inundó la habitación. Cooper apagó todas las velas menos una y la tomó de la mano.

Caminaron en silencio hacia el dormitorio. Una vez allí, Cooper dejó la vela sobre una caja y volvió a abrazar a Faith. Entonces acercó su boca a la suya y, sin decir palabra, le hizo saber cuánto podía confiar en él.

Ella separó los labios, ansiosa por recibirlo, y aquello excitó a Cooper mucho más que cualquier otra cosa. Faith le estaba demostrando que lo deseaba tanto como él a ella, y que ambos estaban atrapados en la magia del momento.

Cuando deslizó la lengua en el interior de su boca, notó que se estremecía y que le rodeaba el cuello con los brazos para entrelazar los dedos en su pelo. Su cálido contacto y los gemidos de placer que emitía le hirvieron la sangre a Cooper. Nunca se había excitado tanto por un simple beso.

Se movió para aliviar la presión que sentía en los vaqueros, y, agarrándola por el trasero, la levantó y la colocó sobre sus caderas. Quería que supiera lo que le provocaba; quería que se diera cuenta

del poder que ejercía sobre él.

Deslizó las manos por debajo de la sudadera y las llevó hasta sus pechos.

—No llevas sujetador —le dijo al sentir los pezones endurecidos.

Ella negó lentamente con la cabeza.

—Me vestí con tanta prisa que... lo olvidé.

—Me alegro —respondió, al tiempo que le masajeaba los pezones con los pulgares.

—Mmm... —susurró ella cerrando los ojos.

—¿Te gusta?

—S... sí.

—Pues te va a gustar todavía más —le aseguró, y bajó las manos para tirar de la sudadera hacia arriba.

Ella levantó los brazos para facilitarle la tarea. Cuando la prenda cayó al suelo, Cooper ahogó un gemido. El fugaz vistazo que tuvo de sus pechos en la bañera no podía compararse a la extraordinaria visión que se le ofrecía en esos momentos.

Los sostuvo en las manos, y bajó la boca para lamer las puntas erguidas.

—Son tan suaves y tan dulces... —susurró, levantando la cabeza —. Eres preciosa.

—Y tú también —respondió ella con voz jadeante.

—Los hombres son demasiado planos y angulosos —dijo él con una sonrisa.

—Cooper... quítate la camisa, por favor.

Sin perder un segundo, Cooper agarró los faldones de la camisa y la abrió de un fuerte tirón. Nunca hasta entonces había estado tan agradecido de las camisas con botones automáticos.

Cuando ella puso sus cálidas manos sobre su pecho, el corazón le latió con tanta fuerza que no le hubiera extrañado que se le rompieran un par de costillas. Respiró profundamente, mientras ella deslizaba las palmas sobre sus anchos pectorales, pero la respiración se le cortó cuando las manos llegaron a los músculos del estómago y los dedos empezaron a introducirse por la cintura de los vaqueros.

Soltó un gemido y le agarró las manos.

—Si sigues así, voy a sufrir un ataque al corazón.

—Me gusta tocarte —dijo ella con una sonrisa arrebatadoramente sensual.

—Y a mí me gusta tocarte a ti, cielo —respondió él, inclinándose para quitarle los zapatos y los calcetines. Con la mirada fija en sus ojos, le quitó los vaqueros y tiró de las braguitas sobre sus caderas y esbeltas piernas.

A continuación, terminó de desnudarse él mismo, con cuidado de no mirarla hasta quitarse las botas, calcetines, vaqueros y calzoncillos. Sabía dónde estaba su límite… y sabía que estaba a punto de traspasarlo.

Se irguió en toda su estatura y, tras arrojar la ropa sobre la de Faith, se volvió hacia ella. Se le hizo un nudo en la garganta y el aire se le atascó en los pulmones. La luz de la vela relucía en la piel satinada de Faith con un suave resplandor, que resaltaba sus pechos, firmes y voluptuosos, su estrecha cintura y la redondeada curva de sus caderas.

Fuera, la lluvia y los rayos seguían cayendo, pero ellos apenas lo notaban.

Cuando un relámpago iluminó el poderoso cuerpo de Cooper, Faith contuvo la respiración, y el pulso le resonó en los oídos con tanta fuerza como el trueno que siguió.

La anchura de los hombros y de aquel pecho escultural disminuía gradualmente hacia los costados y las estrechas caderas. Faith tragó saliva al bajar la mirada. El miembro viril se erguía a través de una mata de rizos oscuros. Ciertamente, en el caso de Cooper se cumplía la proporción entre los pies de un hombre y otras partes de su anatomía.

Lo miró a los ojos y él percibió su inseguridad.

—Tranquila, cielo —dio un paso adelante y la tomó en sus brazos—. Todo va a salir muy bien —le susurró al oído.

El tacto de piel contra piel, de dureza masculina contra suavidad femenina, hizo vibrar de deseo hasta la última célula de su cuerpo.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez —confesó ella, preguntándose si esa voz tan ronca podría ser la suya.

Él le puso un dedo bajo la barbilla y le hizo levantar la cabeza.

—Confías en mí, ¿verdad, Faith?

—Sí —la sonrisa de Cooper la derretía por dentro.

—Vamos a hacerlo muy despacio, como debe hacerse…

Antes de que ella pudiera decirle que era exactamente eso lo que quería, él tomó posesión de su boca. La lengua se deslizó entre los

labios, provocándole una corriente de deseo electrificado que alcanzó sus partes más íntimas. Todos los pensamientos abandonaron su cabeza, mientras se extasiaba con el hombre que iba a hacerle el amor.

Cooper le besó los pechos y se introdujo los pezones en la boca. A Faith le temblaron las rodillas y tuvo que aferrarse a él para no caer.

—Con calma, cielo —le dijo, mirándola.

La pasión que vio en sus ojos y la promesa implícita de culminación liberaron los sentimientos que Faith mantenía encerrados en su interior, y, en aquel momento, supo que se había enamorado de él.

—Cooper, por favor...

Él la tendió sobre la cama. Aparentemente, había entendido el ruego inacabado.

—Necesito ponerme protección —dijo, mientras se volvía hacia el montón de ropa que estaba en el suelo.

—No hace falta —dijo ella tranquilamente.

—¿Usas algún método anticonceptivo? —le preguntó con expresión de duda.

Ella asintió, invadida por una profunda tristeza. Se sentía incapaz de confesarle que no podía tener hijos.

Él la tomó en brazos y se tumbó a su lado. La miró a los ojos y le dio un beso lleno de ternura, mientras con la mano la acariciaba suavemente. A Faith se le llenaron los ojos de lágrimas, y se olvidó de cualquier método de protección y de su infertilidad. Con sus caricias y sus besos, Cooper había conseguido eliminar todos sus miedos y temores.

Él deslizó una mano por su cadera y hacia la cara interna del muslo. Y cuando rozó el borde del vello púbico, y con los dedos palpó la humedad de sus pliegues, el éxtasis la invadió en un indescriptible torbellino de placer.

Las sensaciones que le provocaba eran tan intensas que Faith agarró la sábana y se arqueó hacia arriba.

—¿Te gusta, cielo? —le preguntó, al tiempo que deslizaba un dedo en su interior para comprobar si estaba lista. Ella apretó fuertemente los párpados y luchó por mantener la cordura.

—Cooper, por favor...

Sin darle tiempo a que terminara su ruego, le separó los muslos con la rodilla y se inclinó sobre ella. Al sentir el extremo de su miembro endurecido, Faith se tensó, anticipándose para la inminente invasión.

—Abre los ojos, Faith —ella obedeció y él le clavó la mirada—. Relájate. Vamos a hacerlo despacio y bien.

Los ojos le ardían de deseo, pero Faith pensó que estaba esperando hasta asegurarse de que ella estuviera preparada para hacer el amor.

—¿Confías en mí para que tenga cuidado? —le preguntó.

Ella asintió sin dudarlo. En aquel momento, confiaba en Cooper más de lo que nunca había confiado en nadie.

Lentamente, él presionó hacia delante con tanto cuidado que ella pensó que iba a morirse de placer. Cuando la penetró por completo, Faith sintió cómo temblaba en su interior, como si se estuviera conteniendo. El corazón se le hinchó de amor ante aquel sacrificio.

Cooper permaneció inmóvil, y ella supo que lo hacía para darle tiempo a encontrar su posición. La estaba ayudando por encima de sus propias necesidades. Se preocupaba por ella...

Le tomó la cara entre las manos y le sonrió.

—Hazme el amor, Cooper.

Cooper emitió un gemido que salió de lo más profundo de su pecho.

—Será un placer, cielo —se echó hacia atrás y volvió a avanzar —. Y te doy mi palabra de que también lo será para ti.

El creciente ritmo de sus embestidas hizo que la tormenta interior de Faith rivalizara con el temporal que arreciaba en el exterior. Lo abrazó con fuerza, mientras las espirales de calor que la recorrían se hacían más y más abrasadoras y luminosas, hasta que ocuparon su mente por completo y lo único de lo que fue consciente fue del amor que sentía por él.

Un relámpago iluminó la estancia y pareció que la atmósfera se cargaba de expectación. El tiempo se detuvo, mientras Cooper intensificaba la tempestad *in crescendo*, y Faith no estaba segura de si lo que atronaba en sus oídos eran los truenos del exterior o los latidos de su propio corazón. Cuando, finalmente, se abandonó al clímax, la ardiente marea de pasión la cubrió con olas de

incontenible satisfacción que surgían de su alma.

Momentos después, oyó que Cooper soltaba un profundo gemido y sintió cómo se estremecía al liberar su esencia dentro de ella. Cuando se desplomó, apretó los brazos alrededor de él para mantenerlo sujeto hasta que la tormenta de sexo amainara del todo.

La respiración de Cooper se fue calmando, hasta que él se incorporó a medias y se apoyó sobre los codos.

—¿Estás bien? —le preguntó, apartándole un mechón de la mejilla.

—Me siento increíble —cerró los ojos y se estiró—. Ha sido la mejor experiencia de mi vida.

—La mía también —se tumbó de costado y la atrajo hacia él—. La próxima vez...

—¿Va a haber una próxima vez? —sintió un hormigueo de emoción al ver la promesa de sus ojos azules.

—Oh, por supuesto.

—¿Cuándo?

—En cuanto me recupere, cielo —respondió él riendo.

—¿Y cuánto tiempo piensa que va a llevarle eso, señor Adams?

—Unos cinco segundos, señorita Broderick.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y esperó un momento antes de sonreír.

—Se acabó el tiempo, vaquero.

Cooper se volvió para abrazar a Faith, pero solo se encontró con un espacio vacío. Abrió los ojos para buscarla, pero los rayos de sol que entraban por la ventana le hicieron volver a cerrarlos. Soltó una maldición y se sentó en el borde de la cama para recoger su ropa.

Entonces oyó la música que llegaba desde alguna parte de la casa y no pudo evitar una sonrisa de oreja a oreja. Faith había puesto uno de los CDs con los que habían bailado la noche anterior... precisamente el último que había sonado antes de que hicieran el amor.

El recuerdo de lo sucedido lo abrasó por dentro. Habían hecho el amor varias veces seguidas, y aún deseaba más.

Sacudió la cabeza. ¿Cómo iba a trabajar en el rancho si lo único que quería era poseer a Faith hasta la extenuación?

Respiró hondo y desechó esos pensamientos. No tenía nada para ofrecerle, salvo la promesa de que algún día el rancho sería maravilloso. Y eso no bastaba. Una mujer como Faith merecía mucho más de lo que él podía darle.

Pero se negaba a aceptar esa realidad. Tenían de tiempo hasta que Flint y Whiskers se presentaran, y era eso en lo que debía concentrarse... en cuántas veces y de cuántas formas iban a hacer el amor en los días que les quedaban juntos.

De pronto oyó unas voces masculinas que salían de la cocina. ¡Maldición! Flint y Whiskers habían llegado antes de lo previsto. Y aunque era eso lo que más había deseado cuatro días atrás, era lo último que quería en esos momentos.

Caminó lentamente hacia la cocina, y allí encontró a su cuñado y a Whiskers, sentados a la mesa mientras tomaban café con Faith.

—¿Te apetece una taza de café, Cooper? —le preguntó ella al verlo en la puerta. Un destello de pánico le brillaba en los ojos.

—Gracias —dijo asintiendo, y se sentó en una caja que arrastró desde un rincón—. Por cierto, acabo de poner la barra en el armario de tu habitación —le dijo con una sonrisa, esperando que entendiera el verdadero significado de la frase. No le importaba lo que pensaran de él, pero quería proteger a Faith de los rumores y críticas, y si eso implicaba mentir, lo haría gustoso.

Faith, sonrió, aliviada de que a Cooper se le hubiera ocurrido una excusa para justificar su ausencia a la llegada de Whiskers y Flint.

—Gracias. Al fin podré colgar mi ropa.

—Whiskers —intervino Flint—, ¿no tienes algo que decirles a Cooper y a Faith?

El viejo carraspeó antes de hablar.

—Bueno, supongo que no tengo otra opción...

—Whiskers —le advirtió Flint.

—Demonios, Flint, deja que lo haga a mi manera —gruñó y se volvió hacia Faith—. Siento mucho haberla dejado aquí con Coop. No sé lo que me pasó. Fue algo mezquino y no debería haberlo hecho.

Cooper vio cómo Whiskers agachaba la cabeza, y supo que estaba conteniendo la risa. Conocía demasiado bien al viejo, y estaba seguro de que no se creía ni una sola palabra de las que

había dicho. Además, en la supuesta disculpa no lo había incluido a él.

—Es cierto, señor Penn —dijo Faith—. No debería habernos hecho esto a ninguno de los dos, pero lo hecho hecho está —le dio a Whiskers una palmadita en el brazo—. Lo olvidaremos todo si promete que no volverá a hacerlo.

Whiskers levantó la cabeza con tanta brusquedad que a Cooper le extrañó que no se rompiera el cuello.

—Le doy mi palabra, señorita Faith —le dijo con una amplia sonrisa desdentada.

Cooper y Flint tosieron al mismo tiempo para disimular la risa. Era la mayor tontería que le habían oído al viejo.

—¿Dónde están Jenna y los chicos? —preguntó Cooper.

—En casa —respondió su cuñado, poniéndose en pie—. Los chicos pillaron un resfriado en Disneyworld, y Jenna tiene la gripe intestinal. Pensó que con este tiempo lo mejor sería que se quedaran los tres en casa.

—Vaya... quería que Faith conociese a Jenna —dijo Cooper sin pensar.

Tan pronto como fue consciente de lo que había dicho, quiso morderse la lengua. Tanto Flint como Whiskers sabían lo cercano que se sentía Cooper a su hermana, y lo significativo que era que quisiera presentársela a Faith.

—Será mejor que llevemos el ganado al corral —se apresuró a decir para cambiar de tema. Se levantó y alargó el brazo para agarrar el sombrero, pero no estaba en el gancho donde siempre lo colgaba antes de acostarse.

—¿Dónde está tu sombrero, Coop? —le preguntó Whiskers con un brillo de malicia en los ojos.

—Creo que anoche te lo dejaste en el salón —dijo Faith—. Voy a buscarlo.

En cuanto salió de la cocina, Whiskers se echó a reír.

—Solo se me ocurre una razón por la que un hombre no colgaría su sombrero en la percha antes de irse a la cama.

—Estaba muy cansado —replicó Cooper, lanzando una dura mirada a los dos hombres.

Whiskers volvió a reír y le palmeó el hombro mientras pasaba a su lado.

—Sí, y yo soy un toro con vinagre corriendo por las venas.

—Vamos, Whiskers —dijo Flint, sonriente—. Vayamos a descargar el camión antes de que os metáis en problemas.

Apenas habían salido de la cocina cuando Faith volvió a entrar.

—Gracias —le dijo, tendiéndole el sombrero a Cooper—. Muchas gracias por la excusa que has dado por no estar presente a su llegada.

—¿Cuánto tiempo llevaban aquí antes de que yo me levantara? —le preguntó él, poniéndose el sombrero.

—Cinco minutos, más o menos.

Él la agarró y la estrechó entre sus brazos.

—¿Cómo te sientes esta mañana, cielo?

—Maravillosamente bien —lo rodeó por la cintura y apoyó la cabeza en su hombro.

—Me alegro —la besó en el pelo—. Yo también me siento genial.

—Cooper.

—¿Qué, cielo?

Faith dudo antes de responder. En los últimos días, Cooper no había mencionado nada sobre si ella debía quedarse una vez que Flint y Whiskers trajeran el ganado. Y a ella no se le ocurría ninguna razón para quedarse en la Triple Bar... salvo que no quería dejar a Cooper.

Dejó escapar un suspiro y decidió que no era buena idea sacar el tema. No quería correr el riesgo de encontrarse con una respuesta negativa.

—Será mejor que vayas a ayudarlos con el ganado, antes de que vengan a buscarte.

—No tienes nada que hacer en la casa —dijo él—. ¿Por qué no vienes y ves la futura fuente de ingresos del rancho?

—Claro —aceptó ella, encantada de que Cooper quisiera enseñarle sus planes de futuro.

Al salir, Faith vio un enorme tráiler cargado de ganado, junto al corral en el que Cooper y Brant habían estado trabajando. Al lado había otro camión más pequeño.

—Coop, ¿dónde quieres que ate los caballos? —le preguntó

Whiskers.

—He preparado un par de cuadras en el granero —respondió Cooper, mientras ayudaba a Flint a bajar el portón trasero del tráiler—. Déjalos allí.

Mientras Whiskers guiaba a dos hermosos caballos alazanes hacia el granero, una docena de vacas y becerros bajó trotando por la rampa del tráiler y entró en el corral. Faith se quedó fascinada por la habilidad de Cooper. Era obvio que había trabajado con ganado toda su vida.

—Vas a tener problemas con esa —dijo Flint, señalando con la cabeza a una becerra que se había apartado al extremo más alejado del corral.

—¿Por qué? —Cooper cerró la puerta y miró al animal que Flint le indicaba.

—Anoche su madre se quedó atrapada en el fango del arroyo. Cuando mis hombres la encontraron ya era demasiado tarde —Flint fue a la cabina del camión y sacó un cubo con un biberón atado a un lado y una bolsa de comida para animales—. Han intentado darle de comer, pero no han tenido suerte.

—Sí, ya he visto que faltaba esa vaca que dejó de amamantar a su cría antes de tiempo —respondió Cooper.

Faith no sabía cómo podía estar tan seguro de qué vaca faltaba. A ella le parecían todas iguales. Pero eso no importaba, pues otra idea empezaba a ocurrírsele.

—¿Qué hay que hacer para cuidarla? —les preguntó a los dos hombres.

—Tendré que preparar su comida especial y alimentarla cada pocas horas —dijo Cooper—. Maldita sea... No tengo tiempo para darle el biberón a una cría.

Faith se mordió el labio e intentó reunir todo el coraje posible. Sabía que tendría que irse en un futuro cercano, pero aún no.

—¿Ayudaría si me quedo un poco más y me ocupo de la becerra?

Capítulo Nueve

Cooper respiró profundamente. El pulso se le había acelerado a un ritmo frenético. Faith tenía ya un modo de escapar de las primitivas condiciones en las que había vivido durante varios días... ¿y estaba hablando de quedarse?

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —le preguntó, esperando de todo corazón una respuesta afirmativa—. Va a ocuparte mucho tiempo.

—Tengo la agenda bastante apretada —dijo ella sonriendo—, pero creo que podré encontrar un hueco para una pobre becerrita.

A Cooper le dio un vuelco el corazón. Faith le estaba diciendo que no se quedaba solo para cuidar a una becerra huérfana, sino porque quería estar con él. Sintió el deseo de levantarla en brazos, llevarla a la casa y pasarse el resto del día haciéndole el amor.

—Cielo, el trabajo es tuyo —le sonrió y le tendió el cubo—. Bienvenida a la maternidad.

Por un breve segundo creyó ver una expresión de tristeza en sus ojos, pero se esfumó tan pronto como apareció.

—Creo que voy a llamarla Penélope —dijo ella, mirando a la becerra.

—¿Penélope? —preguntó él con el ceño fruncido.

—¿No te gusta?

—No es que no me guste. Es un nombre bonito... —se encogió de hombros—. Pero un ranchero no suele ponerle nombre a su ganado.

—Eso no importa. Penélope es especial. Es el nombre de mi abuela —soltó una carcajada, que a Cooper le sonó a música celestial—. Las dos tienen el mismo color de pelo.

Su entusiasmo y su dulce sonrisa convencieron a Cooper para permitirle nombrar a todo el ganado, si ese era su deseo.

—De acuerdo entonces, que se llame Penélope.

—¿Qué edad tiene?

—Apenas cinco semanas.

—¿Tan joven y ya está aquí con todas estas vacas? —le preguntó, acalorada—. No me extraña que esté allí apartada, temblando. Es solo una cría y está aterrorizada. Ve a por ella.

Cooper pensó que Faith se estaba tomando muy en serio lo de la maternidad.

—¿Dónde voy a dejarla? No hay más cuadras disponibles.

—Me da igual, pero no puede quedarse ahí.

Whiskers se acercó y le dio a Cooper una palmada en la espalda.

—Después de dejar a los caballos, he echado un vistazo por ahí...

—¿Por qué será que no me sorprende? —preguntó secamente Cooper.

—Podrías dejarla en el pequeño establo del granero —siguió Whiskers—. He visto que lo has vaciado de trastos.

Cooper miró a Flint en busca de ayuda, pero su cuñado se limitó a sonreír y a encogerse de hombros.

Resignado, abrió la puerta del corral y le hizo a Flint una seña para que lo siguiera.

—Yo por la izquierda y tú por la derecha.

En pocos segundos, tuvieron a Penélope arrinconada. Cooper la levantó en brazos y la sacó del corral.

—¿Estará bien en el establo? —le preguntó Faith con preocupación. Alargó un brazo y le acarició la cabeza al animal.

Cooper la miró y pensó que algún día Faith sería una madre maravillosa. Ojalá él pudiera ser el padre de sus hijos...

Una punzada de dolor le atravesó el pecho. Siempre había soñado con formar una familia, y Faith era el tipo de mujer que deseaba a su lado. Pero la realidad era mucho más desalentadora. Había mucho trabajo por hacer en aquel rancho. No podía pedirle a Faith que se comprometiera con un hombre que no tenía casi nada. Se merecía más. Mucho más.

Dejó a Penélope en el pequeño establo y volvió a salir. Flint y Whiskers se disponían a subir a la cabina del camión de Flint.

—Os agradezco que me hayáis traído el ganado y los caballos —le clavó la mirada a Whiskers—. Y que me hayas devuelto mi camioneta.

—No tienes que darme las gracias —replicó el viejo, que tuvo la osadía de sonreír—. Todo ha salido bien.

Cooper sabía que no se refería a haberle devuelto la camioneta, sino a habérsela llevado en primer lugar.

—Si os cansáis de estas condiciones tan primitivas, los dos seréis bienvenidos en la Rocking M —ofreció Flint.

Cooper miró a Faith para observar su reacción y la vio negar casi imperceptiblemente con la cabeza.

—Gracias, pero no quiero perder media hora cada día para venir aquí —le dijo a su cuñado, y sacó la batería que Flint le había entregado para el teléfono móvil—. Además, ahora puedo hacer llamadas. Avisaré para que vengan a preparar la instalación eléctrica.

Flint asintió y subió al camión.

—Si cambias de opinión, ya sabes dónde estamos.

—¿Le has hablado de la cena del domingo, como te pidió Jenna? —le preguntó Whiskers, sentándose a su lado.

Flint hizo chasquear los dedos.

—Demonios, casi se me olvida. Jenna me dijo que os invitara a cenar el domingo.

—Allí estaremos —aceptó Cooper con una sonrisa—. Diles a los chicos que les llevaré otro animalito si se curan del resfriado.

—Se lo diré —dijo Flint—. Pero a Jenna, no —arrancó el motor y él y Whiskers se despidieron con la mano mientras se alejaban.

Cooper le pasó a Faith un brazo por los hombros y esperó a que la camioneta desapareciese. Entonces la abrazó.

—Me alegra que hayas decidido quedarte —le dijo, rozándole los labios con los suyos.

Ella sonrió y lo rodeó por la cintura.

—Penélope me necesita.

—¿Ha sido la becerra la única razón para quedarte?

—No.

—¿Cuál es la otra razón?

—No he acabado con el trabajo para hoy.

—¿Trabajo?

Ella asintió y, tras soltarse, se encaminó hacia el granero.

—Cuando le dé de comer a Penélope… —se paró y lo miró por encima del hombro, con una sonrisa que elevó la temperatura corporal de Cooper—, tengo que hacer la cama.

Faith vertió el agua en la comida en polvo y comprobó con el brazo si estaba caliente. Convencida, miró el cubo. No estaba lleno, pero aun así parecía demasiado para una pequeña becerra.

—Cooper, ¿no crees que es mucho? —le preguntó en voz alta.

Cooper asomó la cabeza por un lateral de la cuadra que estaba limpiando y se encogió de hombros.

—Flint dijo que tuvieron problemas para darle de comer, pero si empieza a tragar como se supone que tiene que hacerlo, la cantidad es la correcta —caminó hacia ella—. Se me olvidaba... Tienes que tener cuidado de agarrar bien el cubo cuando le des de comer. No vas a poder sujetarlo por el asa.

—¿Por qué?

—Porque la becerra golpeará el cubo con la cabeza, como si fuera la ubre de su madre, y derramará la comida por todas partes.

—Vaya... —puso una mueca, imaginándose lo que sentiría una pobre vaca—. ¿Por qué hacen eso los becerros?

—Así consiguen que la leche empiece a fluir —le explicó—. Vamos, te enseñaré cómo debes sostenerlo.

Llevó el cubo hasta el establo donde estaba Penélope, y le enseñó a Faith cómo debía agarrarlo con firmeza.

—Todavía se asusta ante las personas —le advirtió, y se acercó sigilosamente a la esquina donde la pequeña becerra estaba temblando.

Faith oyó cómo le murmuraba suavemente, mientras la guiaba hacia donde ella esperaba con el cubo.

—Vamos, cariño —le dijo Faith a Penélope, para animarla.

Vio cómo Cooper se arrodillaba y cómo apretaba el biberón para sacar un chorro de leche. Tan pronto como mojó el hocico de Penélope, la becerra sacó la lengua y se lamió.

—Muy bien, pequeña —le dijo, al tiempo que vertía más leche en su hocico—. Tienes hambre, ¿eh? —miró a Faith con una sonrisa —. Cuando aprecie el sabor y se imagine de dónde viene, golpeará el cubo.

A Penélope le costó varios chorros darse cuenta de dónde provenía la leche, pero cuando lo hizo, se introdujo el biberón en la boca y golpeó el cubo con tanta fuerza que a Faith casi se le cayó.

—Tenías razón —dijo riendo—. ¿Se lo beberá todo de una vez?

—Es posible —Cooper se levantó y le rascó el lomo a Penélope, mientras el animal seguía sorbiendo ruidosamente—. Si la vaca estuviera cerca, bebería todo lo que quisiera, pero ahora que tú eres su madre, tendrá que acostumbrarse.

A Faith se le encogió el corazón al referirse Cooper a ella como a la madre de Penélope. Él ni se imaginaba cuánto deseaba ser madre, ni cuánto había intentado tener un hijo con Eric. Miró a la cría y pestañeó con fuerza para reprimir las lágrimas.

—Si eres capaz de desenvolverte tú sola, iré a terminar la cuadra —dijo Cooper.

—Las dos estaremos muy bien —Faith miró cómo descendía el nivel de la leche—. ¿Te queda mucho por hacer?

—No, solo necesito esparcir una nueva capa de paja.

—¿Dé dónde ha salido toda esa paja? —no había visto que Flint y Whiskers descargasen más que ganado y caballos.

—Whiskers tenía razón cuando dijo que había pensado en todo —dijo Cooper riendo—. Hay por lo menos veinte balas de paja apiladas en una de las cuadras, y en el almacén hay comida para el ganado para casi dos semanas —se encaminó hacia la puerta—. Cuando Penélope acabe de comer, avísame y la llevaré a su nuevo hogar.

Faith lo vio alejarse y luego bajó la mirada hasta la becerra. Cooper era, sin duda, el hombre más amable y atento que había conocido. La paciencia que había demostrado al enseñarle cómo debía darle de comer a Penélope la había dejado fascinada. Si aún le quedaban dudas sobre sus sentimientos hacia él, aquella demostración de gentileza las había borrado por completo.

Estaba desesperadamente enamorada de Cooper Adams.

Se mordió el labio inferior, que le estaba temblando. Sabía que nunca podría tener una relación duradera con él. Cooper merecía tener una familia, algo que ella no podía darle. Pero, al menos, disponía de unos cuantos días más para armarse de recuerdos. Y era eso lo que iba a hacer.

Solo deseaba que cuando llegara el momento de marcharse, fuera capaz de irse sin dejar su alma atrás.

Cooper había acabado de esparcir la paja por el suelo de la

cuadra, cuando sintió un cosquilleo en la nuca. Se rascó vigorosamente, pero volvió a sentirlo y se volvió. Faith estaba detrás de él, con una brizna de paja en la mano.

—Así que quieres jugar, ¿eh?

—¿Cómo sabes que he sido yo? —le preguntó ella en tono inocente—. Puede haber sido una araña que haya bajado del techo hasta tu cuello...

—¿Era una araña?

Faith se echó a reír y empezó a retroceder.

—No, pero podría haberlo sido.

Se dio la vuelta y se dispuso a salir corriendo, pero él fue más rápido y la agarró por la cintura.

—¿Alguna vez has visto trepar a una araña por la piel, cielo?

—No.

—Entonces tendré que enseñarte una —le dijo, mientras deslizaba los dedos por sus costillas.

Ella soltó una risita y se retorció para soltarse.

—Cooper...

—¿Qué?

—Deja de... hacerme cosquillas.

Al intentar desprenderse de su abrazo, hizo que los dos perdieran el equilibrio y cayeran sobre el mullido manto de paja. Al sentirla sobre él, con las piernas entrelazadas, el cuerpo de Cooper reaccionó con una rapidez que lo dejó pasmado. En cuestión de segundos tenía una erección...

Ella debió de notarlo, porque dejó de reír y lo miró. La burla de sus ojos se borró y en su lugar apareció el fuego del deseo. Entonces esbozó una sonrisa tan sensual que a punto estuvo de provocarle a Cooper un ataque al corazón.

—¿Faith?

—Se te ha caído el sombrero.

Él ni siquiera se había dado cuenta de eso. Miró el sombrero, que estaba en el suelo, a un metro de ellos.

—Es verdad.

—¿Quiere que te lo dé? —le preguntó ella acariciándole la nariz y los labios—. ¿O prefieres dejarlo ahí por un rato? —le introdujo el dedo en la boca.

Cooper aspiró tan profundamente, que le extrañó que no le

estallasen los pulmones. ¿Faith le estaba preguntando si quería hacer el amor en el granero?

—Bueno... —hizo una pausa para carraspear—. ¿Qué piensas tú, cielo?

Ella fingió que lo meditaba durante unos segundos, y se inclinó hacia él.

—Creo que estarías más cómodo sin el sombrero, Cooper —le susurró al oído.

El sonido de aquella voz aterciopelada pronunciando su nombre, la mirada de deseo en sus bonitos ojos marrones y la suavidad de su cuerpo intensificaron el dolor que sentía en la entrepierna. En aquellos momentos, no le importaba si no volvía a llevar el sombrero nunca más.

Le tomó la cara entre las manos y la llevó hasta su boca. El contacto de sus labios le propagó por todo el cuerpo el calor que se le concentraba en el pecho. Intentó cambiar de postura para besarla con más pasión, pero Faith tenía otras ideas.

Cuando ella introdujo la lengua en su boca, las llamas que lo abrasaban por dentro amenazaron con consumirlo. Lo estaba excitando más de lo nunca hubiera creído posible, y la presión en los vaqueros se hacía insoportable.

Mientras jugaba con su lengua, con las manos se ocupaba de desabrocharle los botones de la camisa. Cuando el pecho se mostró al descubierto, agachó la cabeza y empezó a besarle la piel. Con cada roce de sus labios, una corriente eléctrica le recorría la columna; pero cuando la lengua empezó a describir círculos alrededor del pezón, Cooper pensó que iba a morir electrocutado.

—Cielo, me estás matando.

—¿Quieres que pare? —le preguntó con una risa ronca.

Él tragó saliva, en un intento de deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

—¡No, demonios!

Ella sonrió y, poniéndose de rodillas, le agarró el cinturón.

—¿Estás seguro?

Él asintió y ella deslizó la correa a través de la hebilla y le abrió la bragueta. Los dedos le rozaron el algodón que apenas disimulaba su miembro erecto.

—No podré soportarlo mucho más —murmuró entre dientes, y

se irguió a medias para sentarse, incapaz de seguir tumbado—. Es hora de pasar a la acción.

—¿Qué tienes pensado? —le preguntó ella en un dulce susurro.

—Esto —respondió, y tiró de la sudadera hacia arriba. Faith llevaba el sujetador que se le había vislumbrado a través de la camiseta mojada el día que llegó a la Triple Bar—. ¿Sabes? Por muy bien que te quede este sujetador, me gustas más sin él.

—¿En serio?

Él asintió y le desabrochó el cierre frontal. Le quitó las tiras de los hombros y, tras arrojar la prenda sobre el sombrero, se llenó ambas manos con sus pechos.

—Esta belleza no debería cubrirse —inclinó la cabeza y atrapó un pezón con los labios. Con la lengua saboreó la punta erguida, haciéndola gemir de placer—. ¿Te gusta, cielo?

—Mmm...

—¿Quieres que pare?

—No —respondió; entonces empezó a acariciarlo a él. Le pasó las puntas de los dedos por el pecho y el vientre, hasta llegar al borde de los calzoncillos.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó él con los ojos muy abiertos.

—Anoche fuiste tú quien exploró mi cuerpo. Ahora me toca a mí.

Cooper se puso de rodillas, con el corazón latiéndole furiosamente.

—Cielo, hay algo que deberías saber.

—¿De qué se trata?

—A estas alturas, no creo que pueda soportar una exploración muy exhaustiva —respondió casi sin aliento.

—Lo tendré en cuenta.

Le mantuvo la mirada mientras le deslizaba lentamente los vaqueros por las rodillas. Cooper sintió el tacto de sus dedos por debajo de la banda elástica de los calzoncillos y tuvo que apretar los dientes para mantener el control. Le costó toda su fuerza de voluntad no poner fin a aquella tortura de la forma más salvaje posible.

—Cielo, si sigues así, ambos lo vamos a lamentar.

Faith tenía sus mejillas de porcelana enrojecidas por la pasión y,

sin decir palabra, se levantó y le quitó los vaqueros y los calzoncillos. Cuando se volvió a arrodillar junto a él para quitarle las botas, Cooper se tumbó de espaldas sobre la paja y la rodeó con los brazos. No quería perder más tiempo desnudándose.

Ella pareció entenderlo y, sentándose a horcajadas sobre él, guio su miembro hacia su interior. Cooper sintió cómo el calor y la humedad envolvían su erección, y cerrando los ojos con fuerza, luchó por mantener el poco control que le quedaba.

Todo su ser clamaba por precipitarse hacia el orgasmo de su vida, pero Cooper no estaba dispuesto a completar su satisfacción hasta asegurarse de que Faith experimentara el mismo placer.

Abrió los ojos y contempló a la mujer más hermosa del mundo, cuyos acelerados movimientos lo llevaban al filo de lo inaguantable, amenazando con destrozar su resolución de prolongar el acto amoroso.

La agarró por las caderas, rodeado por un halo de roja pasión.

El gemido de Faith explotó un segundo antes de que le temblaran los muslos, apretándole el miembro en una exigencia de rendición absoluta. Cooper contrajo los músculos y empujó por última vez. Soltó un fuerte gemido y se vació por completo dentro de ella.

Y en aquel momento, supo que la rendición alcanzaba más que a su cuerpo. Le acababa de entregar su corazón y su alma.

Capítulo Diez

Mientras se dirigían hacia la Rocking M, Faith sentía más aprensión a cada kilómetro que recorrían. No dejaba de pensar en que tendría que haber puesto una excusa para quedarse en la Triple Bar.

Al mirar a Cooper se le encogió el corazón. Había intentado por todos los medios no enamorarse, pero le había resultado imposible. Cooper era el mejor hombre que había conocido, y en el fondo de su corazón deseaba saberlo todo sobre él.

Pero llegaría un momento en el que tendría que dejar el rancho, y mientras más se relacionara con él y con su familia, más difícil le resultaría marcharse.

—Estás muy callada —le dijo él posando una mano sobre la suya —. ¿Hay algo que te preocupa?

Ella negó con la cabeza.

—Solo estoy un poco cansada —mintió.

—No tendría que haberte mantenido despierta anoche —dijo el con una sonrisa.

El recuerdo de cómo habían hecho el amor hizo que a Faith se le formase un nudo en el estómago.

—No tengo la menor queja al respecto.

—Estupendo —se llevó la mano a los labios y la besó en el dorso —. Porque esta noche tengo intención de hacer lo mismo.

A Faith le dio un vuelco el corazón. Si no hacía algo por remediarlo, iba a derretirse en la camioneta.

—Eres insaciable —le dijo riendo.

—Contigo sí que lo soy —admitió él, mirándola con tanta intensidad que Faith sintió el impulso de abanicarse.

Salieron de la carretera y pasaron bajo un arco de hierro con el nombre de la Rocking M. Faith vio a su derecha un prado, en donde un caballo negro pastaba tranquilamente.

—Es un animal precioso —comentó, esperando distraer la atención de Cooper.

—Es Black Satin, el semental de Jenna —dijo él, aminorando la velocidad para que pudiera verlo mejor—. Hace unos años era todo un campeón, pero ahora solo es el novio mimado de unas veinte hembras —añadió riendo.

—¿Tu hermana cría caballos?

Cooper asintió.

—Así se conocieron ella y Flint. Flint era el dueño de Black Satin, y se lo alquiló a Jenna para que lo entrenase. Pero, puesto que ella es la única persona que puede hacer algo con el caballo, Flint acabó regalándoselo como regalo de bodas.

—Parece que tu hermana es una auténtica amazona.

—Desde luego —dijo él con orgullo—. Seguro que las dos os lleváis muy bien.

Faith sintió un escalofrío. Estaba claro que para Cooper era muy importante que ella y su hermana se conocieran... y contar con la aprobación de Jenna.

—Ya hemos llegado —dijo él, aparcando la camioneta junto a un coche que tenía pintado en el lateral el logo de la Rocking M.

—Es una casa muy bonita —comentó ella al ver el rancho de dos plantas.

—No se parece en nada a la Triple Bar, ¿verdad? —dijo él con el ceño fruncido.

—Algún día la Triple Bar será igual de bonita, incluso más —le aseguró acariciándole la mejilla—. Recuerda lo que te digo.

Él volvió la cabeza y la besó en la palma.

—Gracias, cielo.

En aquel momento, dos niños salieron por la puerta trasera y se acercaron corriendo a ellos.

—¡Tío Cooper, tenemos que contarte lo que hicimos en Florida! —exclamó el mayor—. Fue impresionante.

—Sí, fue «impesionante» —dijo el menor. Se lanzó contra Cooper y se rio alborozado cuando su tío lo levantó en brazos.

—Faith, me gustaría presentarte a mis dos sobrinos —dijo Cooper, revolviéndole al mayor su pelo marrón—. Este es Ryan, y tiene ocho años.

Ryan se restregó la mano en los vaqueros y se la tendió a Faith.

—Encantado de conocerla, señorita.

—Lo mismo digo, Ryan —Faith le sonrió y le estrechó la mano,

maravillada al ver lo mucho que se parecía a s padre.

—Y este pequeño ciclón es Danny. Tiene tres años.

Faith percibió en los ojos de Cooper el amor que sentía hacia sus sobrinos. Algún día sería un padre maravilloso.

Danny movió arriba y abajo su rubia cabecita.

—Tío Coops, he ido a Florida y he hecho un «crastillo» de arena.

—Castillo —corrigió Ryan.

—Eso —insistió Danny—. Un «crastillo».

—Normalmente habla bien para su edad —le explicó Ryan a Faith—. Pero aún tiene problemas con algunas palabras.

—Tiene suerte de contar con un hermano como tú para ayudarlo —dijo ella con una sonrisa. Le encantaban los dos chicos.

—¿Ryan? ¿Danny? —una mujer, rubia y muy bonita, salió al porche trasero y sonrió al ver a Cooper—. Tendría que haberme figurado que eras tú cuando los niños casi echan la puerta abajo.

—Hola, hermanita —la saludó sonriendo—. ¿Cómo te trata la vida?

—Mamá ha estado muy enferma —dijo Ryan con preocupación.

Jenna bajó los escalones del porche y se acercó a ellos.

—Ryan, recuerda lo que te explicamos papá y yo —le dijo pacientemente—. Es algo temporal y pronto estaré bien.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Cooper con expresión seria—. El otro día en la Triple Bar Flint me dijo algo del estómago...

—Sí, eso creía, pero parece que va a durar unos cuantos días más —esbozó una radiante sonrisa—. Nada que no puedan curar siete meses.

A Cooper volvió a iluminársele el rostro.

—¿De verdad? —su hermana asintió y él la rodeó con el brazo libre, sosteniendo con el otro a Danny—. Enhorabuena, hermanita. ¿Será una sobrina esta vez?

—Eso esperamos —se volvió hacia Faith y sonrió a modo de disculpa—. Lo siento. Estoy siendo una maleducada. Tú debes de ser Faith. Soy Jenna McCray, la hermana de este grandullón.

—Es un placer conocerte —respondió Faith. Era ridículo, pero no pudo evitar una punzada de envidia cuando se enteró del embarazo de Jenna.

—Tío Cooper, ¿vamos a cazar ratones? —preguntó Ryan.

—¡Quiero cazar «ratrones»! —corroboró el pequeño Danny.

—El otro día Faith encontró uno en mi casa, que atrapé para vosotros —dijo Cooper, dejando a Danny en el suelo.

—Cooper —le advirtió Jenna.

—No temas, hermanita —la tranquilizó él, y agarró algo de la parte trasera de la camioneta—. Le he hecho una jaula.

Faith se estremeció al verlo sacar la jaula con el ratón.

—Ni loca aceptaría un animal así en mi casa.

—Veo que pensamos lo mismo —dijo Jenna riendo—. Tendrás que dejarlo en el granero, Cooper. No voy a permitir que entre en casa.

—Pero, mamá —protestó Ryan—. Es solo un animalito.

—Un «aminalito», mami —dijo Danny.

—En el granero o nada —amenazó su madre con firmeza.

Cooper le tendió la jaula a Ryan.

—Ya habéis oído a vuestra madre, chicos. Tendremos que buscarle un hueco en el granero.

Jenna agarró a Faith por el brazo y se volvió hacia la casa.

—¿Por qué no entramos y nos vamos conociendo mientras estos tres se llevan al ratón? Tengo algunas cosas que contarte sobre este hermano mío.

Faith sonrió. Jenna le había causado muy buena impresión, y se moría de ganas por escucharla hablar del hombre al que ella amaba.

Dos horas más tarde, Cooper se sentó a la gran mesa del comedor, viendo cómo su hermana le susurraba algo a Faith. Fuera lo que fuera, las dos mujeres parecieron encontrarlo muy divertido, y aunque él tenía el presentimiento de que se reían a su costa, lo complació ver que Jenna y Faith habían hecho buenas migas.

—¿Qué es tan gracioso? —les preguntó.

Faith le dedicó una sonrisa que le hizo estar agradecido de que el mantel cubriera su regazo.

—Nada que te interese.

—Nada de nada —corroboró Jenna riendo. Le limpió a Danny las manos y la cara y lo bajó de su sillita.

—Oh—oh, chico —dijo Whiskers apartándose de la mesa—. Cuando las mujeres empiezan a reírse así entre ellas, hay que estar alerta... Ryan, Danny, vamos al salón a ver el partido de fútbol —le

dedicó a Cooper una sonrisa desdentada—. Presiento que cuando vuestro tío descubra lo que vuestra madre le ha dicho a Faith, se va a montar una buena.

Las dos mujeres se echaron a reír, pero Cooper frunció el ceño.

—No se me ocurre qué puede ser...

—Primera lección sobre las mujeres, Coop —intervino Flint—. Nunca olvidan nada.

Faith y Jenna volvieron a reírse. Cooper sintió un escalofrío. Su hermana no podría haberle contado lo de...

—Espero que no le hayas contado eso —le dijo a Jenna, mirándola severamente.

—¿Te suena el nombre de Fort Worth, hermano?

Cooper se puso tan rojo como un tomate. Jenna le había contado a Faith aquella vez en la que un toro le enganchó un cuerno en el bolsillo y le arrancó los vaqueros. Había tenido que salir del ruedo tapándose el trasero con el sombrero, para no ofender la sensibilidad del público.

—Una cadena de televisión de Dallas emitió las imágenes en las noticias de la noche —dijo Jenna riendo—. Y luego se difundió por Internet.

—¡Oh, no! —Faith se rio tanto que se le saltaron las lágrimas.

—El vídeo fue elegido como la imagen de la semana, y se emitió en un programa a nivel nacional.

Cooper soltó un gemido, y Flint también se echó a reír.

—Asúmelo, Coop. Aquel pequeño momento de fama te perseguirá el resto de tu vida.

Completamente ruborizado, Cooper ayudó a su cuñado a quitar la mesa. Era mejor hacer eso que estrangular a su hermana por haberle contado a Faith el incidente más embarazoso de todos los que había sufrido.

—¿Dónde está Faith? —preguntó al volver al comedor y encontrarse solo a Jenna. Flint se había ido al salón a ver el partido entre los Cowboys y los 49ers.

—Ryan y Danny querían enseñarle la tortuga.

—Estupendo —se sentó en una silla, junto a ella—. Tú y yo tenemos que hablar.

—Por eso me he quedado —respondió Jenna.

—Estoy enamorado de ella, hermanita —le confesó, antes de

pensar en lo que iba a decir.

—Ya lo sé.

—¿Es tan evidente?

Ella asintió, sonriendo.

—Y ella también está enamorada de ti.

—¿Eso crees?? —sintió una oleada de calor al pensar que Faith podía sentir lo mismo por él.

—Estoy segura —lo rodeó por los hombros y le dio un fuerte abrazo—. Me alegro por ti, Cooper. Es una persona maravillosa y me encantaría tenerla como cuñada. Parece que la jugarreta de Whiskers ha tenido éxito.

Cooper se apartó de ella y negó con la cabeza.

—No creo que funcione.

—¿Por qué no? —preguntó ella, asombrada—. Los dos os amáis.

—Este no es un buen momento para pensar en una relación estable —reconoció él—. El rancho no es ni de lejos lo que quiero que sea.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Piénsalo bien, Jenna. No tengo nada que ofrecerle a Faith. Demonios, la casa ni siquiera tiene agua corriente.

—¿Y crees que ella no se ha dado cuenta? —le preguntó secamente—. Cooper, te estás olvidando de algo.

—¿De qué?

—Faith ha vivido contigo en ese rancho durante una semana y media. Sabe exactamente cuánto queda por hacer, y aun así sigue allí —le puso una mano en el hombro y sonrió mientras se ponía en pie—. ¿No lo ves? A ella no le importa. Te quiere a ti por lo que eres, no por el rancho que tendrás algún día.

—Pero yo quería...

—Hacedlo juntos, Cooper —lo interrumpió ella—. Deja que te ayude y ella también conseguirá realizar su sueño.

Se fue a la cocina y Cooper se quedó pensando en lo que había dicho. Tal vez tenía razón. Faith había visto el rancho en el peor estado posible, y cuando tuvo la oportunidad para marcharse había decidido quedarse.

Y además creía en él y en sus proyectos. Dos horas antes le había dicho que el rancho llegaría a ser tan bonito como la Rocking M.

Se le encogió el corazón. Amaba a Faith más que a la vida

misma, y quería pasar con ella el resto de sus días. Lo único que tenía que hacer era encontrar el momento apropiado para pedirle que compartiera con él sus sueños.

—Cooper, ¿no crees que deberíamos volver ya a la Triple Bar? —le preguntó Faith, entrando con Jenna en el comedor—. Tengo que darle de comer a Penélope.

Jenna se inclinó hacía él y le dio un beso en la mejilla.

—Cuídate, hermano —y en un susurro, añadió—: ¿Ves a lo que me refiero? Permítele trabajar contigo y la realidad será mil veces mejor que cualquier fantasía.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó Cooper, dejando el cubo con agua caliente sobre un banco.

Faith se echó a reír y negó con la cabeza.

—Penélope y tenemos un sistema muy eficaz. Yo sostengo el cubo y ella lo vacía hasta la última gota —midió la cantidad del compuesto en polvo y la vertió en el cubo—. Si tienes algo que hacer, vete. Estaremos bien.

—Gracias —le dio un beso en la frente y salió sin decir más.

Faith se preguntó qué exigiría su atención aquella vez, aunque no le importaba quedarse sola mientras le daba de comer a la becerra. Eso le permitiría pensar en la visita a la Rocking M.

Al principio se había mostrado reacia a conocer a la familia de Cooper, intentando convencerse de que lo mejor sería guardar las distancias. Pero Jenna se había mostrado tan cariñosa y hospitalaria que Faith se sintió como si la conociera de toda la vida. Y los niños eran unos diablillos tan adorables que no pudo evitar encariñarse con ellos.

Sumida en sus pensamientos, estuvo a punto de dejar caer el cubo cuando Penélope lo golpeó. Bajó la mirada y se sorprendió al comprobar que la becerra se lo había bebido casi todo.

—Parece que tenía mucha hambre —dijo Cooper entrando en la cuadra.

—¿Ya has acabado el trabajo? —le preguntó ella.

—Lo acabé todo antes de que fuéramos a la Rocking M —le respondió sonriente.

—He acabado de darle de comer a Penélope. ¿Necesites que te

ayude con algo?

Él asintió, derritiéndola con su atractiva sonrisa. Le quitó el cubo y, tomándola de la mano, la sacó de la cuadra.

—Necesito que vengas conmigo —dijo, cerrando la puerta para que Penélope no se escapara.

—¿Adónde?

—Ya lo verás —caminaron en silencio hasta la casa. Cuando llegaron al porche, Cooper se detuvo y dejó el cubo en el suelo—. Cierra los ojos, cielo.

—¿Por qué?

—Porque quiero darte una sorpresa —le dijo con una sonrisa arrebatadora.

—¿Qué has preparado esta vez? —le preguntó ella, estremeciéndose de emoción al recordar la última sorpresa que le había dado.

—¿Confías en mí, Faith? —el tono sensual de su voz hizo que a Faith le temblaran las rodillas.

—Sabes que sí —respondió sin dudarlo. Estaba completamente segura de que Cooper jamás le haría daño.

—Entonces cierra los ojos, cielo.

Ella obedeció y él la guio al interior de la casa.

—¿Adónde vamos?

—Aquí mismo —dijo él, al tiempo que se detenía.

—¿Puedo abrir ya los ojos?

—Espera un momento.

Oyó cómo se alejaba, y luego una canción lenta de música country.

—¿Cooper?

—Abre los ojos, cielo.

El salón volvía a estar iluminado con velas, y la mesa con la sábana volvía a estar preparada para dos, con un plato de bocaditos de queso y dos copas de vino tinto.

Faith se volvió hacia él y le echó los brazos al cuello para besarlo.

—Eres el hombre más romántico que he conocido.

—Oh, no... —parecía un poco avergonzado—. Solo quería hacer algo un poco especial para ti.

Faith no creía que pudiera amarlo más. En sus cuatro años de

matrimonio, Eric nunca había sido tan atento.

—¿Cómo has traído todo esto de la Rocking M sin que yo lo viera? —le preguntó mientras él la acomodaba junto a la mesa.

—Jenna me prestó una nevera, y la escondí en la camioneta mientras tú te despedías de todos.

—Tendré que darle las gracias cuando la vea —dijo, tomando un bocadito de queso. Notaba algo distinto en Cooper, pero no sabía qué.

Le ofreció el pedazo de queso, y él se lo llevó a la boca, mordisqueándole la punta de los dedos.

—Soy yo quien debería darte las gracias por todo lo que has hecho aquí, cielo —se introdujo el dedo en la boca y lo lamió con suavidad antes de soltarlo.

—¿Y... yo? Lo único que he... hecho ha sido molestarte —con una mano temblorosa agarró la copa y bebió un poco de vino, esperando que la ayudara a calmarse.

—Te equivocas, Faith —le ofreció un bocadito de queso, y le acarició los labios con el dedo índice—. Me has ayudado con las reparaciones, has limpiado la casa y has cuidado a Penélope mucho más de lo que su madre hubiera hecho.

—Me ha... gustado ayudar —balbuceó ella. ¿Cómo iba a morder el queso si con sus caricias Cooper le estaba provocando toda clase de exquisitas sensaciones?

Él le tomó la mano y la besó en el dorso.

—Y a mí me ha gustado tenerte aquí... conmigo.

Faith sintió un cálido hormigueo en el estómago, pero cuando lo miró a los ojos se dio cuenta de lo que había notado distinto en Cooper. En sus ojos seguía brillando el deseo, pero esa vez había algo más. Un destello de amor que relucía desde las profundidades azules.

—¿C... Cooper? —pronunció con la respiración entrecortada.

Él le quitó la copa de vino de la mano, la dejó en la mesa, se puso en pie y la hizo levantarse. Mirándola intensamente, acercó su boca a la suya y la besó con tanta dulzura que a Faith le fallaron las rodillas.

Se aferró a él y se abandonó por completo al beso, olvidando el miedo que había sentido al ver el amor en sus ojos... o que el momento para dejar la Triple Bar había llegado.

Capítulo Once

Cooper apagó las velas y, volviendo junto a Faith, la levantó en brazos y la llevó al dormitorio.

Su intención había sido pedirle que se quedara con él y se convirtiera en su esposa, pero de nuevo la necesidad de poseerla se había hecho irresistible. Nunca en su vida había deseado más a una mujer de lo que deseaba a Faith en aquel preciso momento. Además, después de hacer el amor tendría mucho tiempo para declararse.

La acostó en la cama y la desnudó con manos temblorosas. Quería decirle cuánto la amaba, pero era incapaz de articular palabra, de modo que la besó en los labios para demostrarle sus sentimientos más profundos. Ella abrió la boca para recibirlo y sus lenguas se encontraron, avivando las llamas de la pasión que lo abrasaban.

La sangre le hervía en las venas, y en los oídos resonaba su pulso frenético mientras ella deslizaba las manos por su pecho y sus costados. Era como si estuviese memorizando cada detalle de su cuerpo... como si estuviese construyendo un recuerdo.

—Tranquila, cielo —la recostó suavemente sobre el colchón—. Si no vamos despacio, no podré aguantar mucho.

Al mirar sus brillantes ojos marrones, vio que en ellos ardía una desesperación que nunca había visto antes, y se preguntó fugazmente por qué se sentía como si aquello fuera una despedida. Pero apartó ese ridículo pensamiento y se concentró en llevarla a la cima del placer, y en demostrarle con su cuerpo lo que nunca podría expresar con palabras.

La besó en la clavícula y fue bajando hasta los pechos. Saboreó los pezones, haciéndola vibrar y gemir de pasión. Luego, descendió por el estómago, por la cintura y más abajo... Con las manos le acarició las caderas y las piernas, y las subió hasta la cara interna de los muslos, hasta los rizos que escondían sus secretos femeninos. Le separó las rodillas y hundió el rostro para darle el placer más

espléndido que un hombre podía darle a una mujer.

—Cooper…

Al oír como aquella voz entrecortada por la pasión pronunciaba su nombre, Cooper le sujetó las caderas con las manos e intensificó los movimientos con la lengua. La besó de la forma más íntima posible hasta que ella se estremeció con violencia y soltó el grito de la consumación.

Entonces, se acostó a su lado y la besó en los labios. Pero, en vez de quedarse quieta entre sus brazos, Faith alargó una mano y empezó a acariciarle el miembro, con tanta suavidad que Cooper se sintió mareado por la necesidad de penetrarla. Lo único que quería era introducirse en ella, poseerla hasta el final, hacerla suya…

Cuando sintió sus labios en el pecho y en la barriga, el pulso se le aceleró aún más y tuvo que esforzarse para respirar. Y cuando ella se introdujo el miembro en la boca, el tiempo pareció detenerse a su alrededor. Incontenibles oleadas de salvaje deseo fluyeron por sus venas y nervios. Tenía los ojos fuertemente cerrados, pero aun así seguía viendo destellos de luz y calor, y todo su ser se centró en un único propósito: la completa liberación.

—Cielo, no puedo soportarlo más… —le dijo, haciéndole levantar la mirada.

Quería relajarse y recuperar el control, pero la sensación de tener a Faith presionada contra su cuerpo ponía a prueba su capacidad de resistencia.

—Cooper, hazme el amor, por favor… —le suplicó ella. Su voz lo envolvió como un manto de terciopelo.

Si no se lo hubiera pedido, tal vez Cooper podría haberse aferrado a la poca cordura que le quedaba. Pero al saber que también ella se moría de deseo, apartó el último resto de contención y la cubrió con su cuerpo.

Al sentir la humedad contra su erección, apretó los dientes con tanta fuerza que casi se rompió la mandíbula. Lentamente, empujó hacia dentro, hasta que no supo dónde acababa él y dónde empezaba ella.

El gemido de Faith y la sensación de estar dentro de ella crearon una sensual nube de pasión que obnubiló su cerebro por completo. Solo era consciente de estar llevándola, y a él también, a la culminación que ambos ansiaban.

Empujando hasta el fondo, sintió cómo sus músculos femeninos se contraían alrededor de su miembro, manteniéndolo pegado a ella, reclamándole que se vaciara por completo en sus profundidades. Complacido al oír sus gritos entrecortados, Cooper soltó un fuerte gemido al verse envuelto en un torbellino de sensaciones, y se entregó sin reservas a la única mujer que había amado en su vida.

Pasaron varios minutos hasta que tuvo fuerzas para moverse a su lado. Le apartó el pelo de los ojos, y se quedó horrorizado al palpar la humedad de su mejilla.

—¿Faith? —si le había hecho daño jamás se lo perdonaría—. Cielo, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

—Ha sido maravilloso —respondió ella dulcemente.

Él se relajó de inmediato. Faith estaba pasando por uno de esos momentos de emoción femenina que los hombres no podían ni entender.

—Te quiero, Faith Broderick —le dijo, y la besó en la cabeza.

—Y yo a ti, Cooper Adams —le respondió apasionadamente—. Más de lo que puedas imaginar.

A Cooper le dio un vuelco el corazón. ¡Ella lo amaba! Se sintió capaz hasta de mover una montaña con las manos.

—Cásate conmigo, cielo. Quiero hacerte el amor cada noche y despertarme a tu lado cada mañana —se incorporó un poco y la miró—. Quiero ser el hombre que te dé hijos, Faith. Y quiero estar a tu lado cuando nazcan.

A Faith se le llenaron los ojos de lágrimas. Le rodeó el cuello con los brazos y lo abrazó con fuerza.

—Oh, Cooper...

No había dicho «sí», pero él tomó sus lágrimas y su abrazo como una buena señal. Satisfecho al saber que lo amaba, y convencido de que se casarían muy pronto, se relajó y dejó que el cansancio de la pasión lo invadiera.

—Vamos a descansar, cielo —le dijo, acurrucándola contra su pecho—. Mañana empezaremos a hacer planes.

Faith siguió llorando hasta mucho después de que Cooper estuviera dormido.

Había intentado con todas su fuerzas no amarlo, pero había sido imposible. Tan imposible como era permanecer junto a él…

Lo había visto jugar con sus sobrinos y lo había oído hablar de lo mucho que le gustaban los niños. Incluso había dicho que quería formar una familia. Y si algún hombre merecía ser padre, era Cooper Adams.

Pero lo que no merecía de ningún modo era a una mujer que no pudiera darle hijos. Y por mucho que ella deseara ser su esposa y la madre de sus hijos, no podía. Su cuerpo no se lo permitía.

Con Eric había intentado quedarse embarazada durante más de un año, sin éxito. Al principio había pensado que podía ser culpa de él, pero cuando le confesó su temor a su mejor amiga, Charlotte, descubrió que el problema no era de Eric, sino suyo. Charlotte se había enamorado de él y esperaba un hijo suyo, y Faith no solo tuvo que enfrentarse a la traición de su marido y de su amiga, sino a la devastadora realidad de su infertilidad.

Por eso tenía que abandonar a Cooper. Lo conocía muy bien y sabía que él le diría que eso no tenía importancia, que se tenían el uno al otro y que era eso lo único que importaba. Pero ella estaba decidida a no privarlo de sus sueños. Lo amaba demasiado para hacer algo así.

Se mordió el labio para sofocar un gemido y se mantuvo abrazada a él unos minutos más. Entonces le dio un último beso en la mejilla y se levantó con cuidado de la cama.

Cuando estuviera en el aeropuerto de Amarillo, llamaría a Whiskers para que fuera a recoger la camioneta de Cooper…

Con los ojos cerrados, Cooper se movió para estrechar a Faith entre sus brazos, deseando despertarla. Pero la cama estaba vacía a su lado, y las sábanas frías.

Abrió un ojo y gruñó. Los rayos de sol entraban por la ventaba. Demonios… otra vez había dormido más de la cuenta.

Se estiró y pensó en el trabajo que había que hacer. Negó con la cabeza. Lo único que quería era encontrar a Faith, traerla a la cama y hacerle el amor durante todo el día.

Se preguntó por qué no lo había despertado. Los dos tenían mucho que hacer; no solo trabajar en el rancho, sino además había

que planear una boda.

Sonrió al imaginársela como su esposa y sacó los pies de la cama, dispuesto a recoger su ropa. Entonces se quedó helado. El rincón del dormitorio donde habían estado las maletas de Faith estaba vacío.

Con un nudo en la garganta, se vistió a toda prisa y corrió al pasillo.

—¿Faith?

El silencio que reinaba en la casa era estremecedor.

Entró en la cocina y buscó el reproductor y el libro que Faith había estado leyendo, pero no encontró nada que le dijese que ella seguía allí.

Salió corriendo por la puerta trasera, justo cuando su camioneta aparcaba junto a la casa. Pero no fue Faith quien salió del vehículo, sino Whiskers.

—¿Dónde está? —le preguntó Cooper. Temía la respuesta, pero debía saberlo.

Por primera vez desde que conocía al viejo, Whiskers parecía no encontrar las palabras. Se limitó a subir al porche, le tendió a Cooper una hoja de papel doblada y, tras negar con la cabeza, se dirigió hacia el granero.

A Cooper se le encogió el corazón al leer su nombre en el papel. La letra era de una mujer. Tenía que ser de Faith.

Las manos le temblaron al desplegar la nota. Después de leerla, volvió a doblarla y se la metió en el bolsillo de la camisa. La ira lo abrasaba por dentro, y sentía ganas de gritar.

Podría haber entendido que Faith se hubiera marchado por las malas condiciones del rancho, o porque temiera no conseguir mucho de él. Pero que lo abandonara porque no podía tener hijos era inaceptable.

—Estúpida mujer —masculló. ¿Cómo podía creer que para él los hijos eran más importantes que ella?

Respiró profundamente y se dio cuenta de lo estúpido que había sido. Después de haber hecho el amor y pedirle que se casara con él, le había hablado de los hijos que quería tener.

Pero si ella pensaba que algo tan nimio como su incapacidad para tener hijos lo iba a privar de estar con la única mujer que había amado en su vida, iba a llevarse una gran sorpresa.

Sacó el teléfono móvil y llamó a Brant Wakefield. Tras explicarle lo que necesitaba, bajó los escalones y se encaminó hacia el granero.

—Whiskers, tengo un trabajo para ti —le dijo al viejo, que estaba junto a la cuadra de Penélope.

—¿De qué se trata, chico? —le preguntó con cautela.

—Durante las próximas cinco semanas, necesito que cocines para cinco hombres.

—¿Qué tienes pensado hacer?

—Tengo un pasto que vallar, una instalación eléctrica que preparar y una fontanería que montar.

—¿Eso es todo? —Whiskers pareció sorprenderse—. ¿No vas a...?

Cuando al viejo se le rasgó la voz, Cooper se echó a reír. Whiskers iba a morirse de curiosidad.

—Cuando arregle este lugar, tengo que hacer un pequeño viaje —le explicó.

—¿Un viaje? —el rostro de Whiskers se iluminó como un árbol de Navidad—. ¿Y adónde piensas ir exactamente, Coop?

—Pensaba ir a Illinois, a ver si puedo encontrar una buena mujer con la que casarme.

Whiskers soltó una carcajada.

—Empezaba a preocuparme por ti, chico.

—No me rindo tan fácilmente —dijo Cooper, y le sonrió al hombre que con sus tretas le había hecho encontrar a la mujer de sus sueños—. Sé lo que quiero. Y no tengo miedo de ir a conseguirlo.

Capítulo Doce

—¿Que estoy... qué?

—Embarazada, señorita Broderick.

Faith miró a la mujer con total incredulidad.

—No es posible. Mi ex marido y yo lo intentamos durante más de un año, y sé que no era un problema suyo. Él y su esposa tienen ahora un hijo.

—A veces, cuanto más lo intenta una pareja menos éxito tienen —le dijo la doctora Shelton, sonriendo—. Con frecuencia solo hay que relajarse y dejar de preocuparse para conseguirlo.

Faith pensó en su matrimonio. Cuando ella y Eric tomaron la decisión de tener un hijo, él empezó a hacer gráficos y estudios de todo tipo para calcular cuál era el mejor día del mes para hacer el amor. Y a medida que iban pasando los meses, lo único que conseguían era añadir más estrés y tensión a la relación.

—Quiero que deje la cafeína, que lleve una dieta equilibrada y que se tome estas vitaminas —le prescribió una receta y se la dio—. Enhorabuena —le dijo al levantarse y darle una palmadita en el hombro—. Estoy segura de que cuando se recupere del impacto, se sentirá muy feliz.

Mientras Faith se vestía, se le pasaron un millón de cosas por la cabeza. Iba a tener un bebé. ¡Increíble!

Había atribuido las náuseas de las últimas dos semanas a que se sentía mal por haber abandonado a Cooper, en quien no había podido dejar de pensar desde entonces.

Un sentimiento de felicidad la recorrió. Estaba embarazada del hijo de Cooper. Quiso gritarlo a los cuatro vientos.

Cuando caminaba hacia el coche, se detuvo en medio del aparcamiento al pensar algo que la inquietó. ¿Y si Cooper estaba tan enfadado que no quería volver a verla?

El miedo empezó a dominarla. Habían pasado dos semanas y no había recibido ninguna noticia de él. Ni una llamada, ni una carta... Nada.

¿Y si había decidido que no era ella la mujer que deseaba? ¿Se habría equivocado otra vez al prejuzgar a los hombres?

Respiró profundamente e intentó apartar las dudas. Tal vez se hubiera equivocado muchas veces en su vida, pero, en el fondo de su corazón, sabía que no estaba equivocada respecto a Cooper.

En la nota le había pedido que no intentara ponerse en contacto con ella. Quizá solo estaba respetando su deseo.

Se sentó al volante del coche de su abuela y se miró en el espejo retrovisor. No se veía diferente a como había estado aquella mañana antes de la cita con la doctora, pero en los últimos cuarenta y cinco minutos su vida había cambiado por completo y para siempre.

Iba a tener un bebé. El bebé de Cooper.

Por primera vez en las últimas dos semanas, sintió una burbuja de esperanza en su interior.

Cooper salió del aeropuerto de Williamson County en un coche de alquiler y, siguiendo el mapa, encontró sin dificultad el pequeño pueblo de Carterville. Se alegró de haber hecho el viaje en avión, en vez de conducir durante dos mil kilómetros. Eso le hubiera llevado mucho más tiempo del que estaba dispuesto a pasar sin Faith.

A los cinco minutos de encontrar el pueblo, estaba llamando a la puerta de la abuela de Faith.

Una anciana señora abrió y él le sonrió.

—¿Vive aquí Faith Broderick?

La anciana lo miró desde el sombrero Resistol hasta las botas y asintió.

—Tú debes de ser Cooper Adams.

—Sí, señora, lo soy —amplió la sonrisa. Si Faith le había hablado de él a su abuela, tenía que ser una buena señal.

—Yo soy Penélope Hudson, la abuela de Faith —se presentó, estrechándole la mano.

—¿Está Faith en casa, señora Hudson? Tengo que hablar con ella.

—Lo siento. Ha salido, pero volverá pronto.

—¿Le importaría si la espero, señora? Es muy importante que hable con ella.

La mujer sonrió por primera vez desde que abrió la puerta.

—¿Por qué no pasas y tomas una taza de café? Así podremos ir conociéndonos.

—Con mucho gusto, señora —dijo él mientras pasaba por la puerta—. Con muchísimo gusto.

Cuando Faith volvió de la consulta, vio que un coche bloqueaba el camino de entrada. Se preguntó quién podría estar de visita, pero mientras aparcaba frente a la casa se olvidó de esa cuestión. Tenía cosas mucho más importantes en las que pensar.

Tenía que reservar un billete para el primer vuelo que hubiera a Amarillo. Y, tras hacer las maletas, tenía que decidir lo que iba a decirle a Cooper.

Haciendo una lista mental de las cosas que necesitaba, abrió la puerta y dejó las llaves del coche en la estantería antigua del salón. De camino al dormitorio oyó unas voces y risas que salían de la cocina, pero no entendió lo que decían ni quién lo decía.

No importaba. Lo único en lo que podía pensar era en volver cuanto antes junto a Cooper, en lo que iba a decirle y en la esperanza de una segunda oportunidad.

Pero lo primero era lo primero. Tenía que encontrar su agenda y buscar el número de la compañía aérea para hacer la reserva. Miró en el escritorio y en la mesita de noche, pero no aparecía por ninguna parte. ¿Dónde la habría dejado?

Tal vez estuviera en el salón. Corrió y la buscó allí, pero tampoco estaba.

—Abuela, ¿has visto mi agenda? —le preguntó en voz alta mientras rebuscaba entre los cojines del sofá.

—¿Buscas esto? —le preguntó una voz profunda tras ella.

Faith se volvió y se quedó de piedra. No podía creer lo que veían sus ojos. Allí estaba Cooper Adams, apoyado contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados al pecho, y con su agenda en la mano.

—¿Cuándo… cuándo has llegado? —le preguntó, sintiéndose como si sufriera una hiperventilación.

—Hace media hora, más o menos —respondió él mirando su reloj.

Ella tomó una profunda inspiración para intentar calmarse. El corazón le golpeaba fuertemente las costillas. La presencia de Cooper inundaba la habitación, y parecía más atractivo y masculino que nunca.

—Faith, cariño, tengo que ir a la biblioteca —dijo su abuela, pasando junto a ellos de camino a la puerta—. Acabo de recordar que le prometí a Phyllis que la ayudaría con la Feria del Libro —se volvió hacia Cooper y sonrió—. Queda mucho café, por si te apetece otra taza.

Faith la vio agarrar las llaves del coche y salir a la calle, dejándola a solas con Cooper.

¿Qué podía decirle? Había pensado que dispondría de varias horas para prepararse, pero al verlo allí, tan apuesto y varonil, no podía ni recordar su propio nombre.

—La verdad es que me apetece otro café —dijo él. Le tendió la agenda y se giró para volver a la cocina—. ¿Quieres un poco?

—No, gracias —dijo ella, recordando que la doctora le había prohibido la cafeína. Arrojó la agenda al sofá y lo siguió.

Él se sirvió una taza y se apoyó en la encimera con los tobillos cruzados.

—Pareces cansada, cielo. ¿Por qué no te sientas?

Ella le hizo caso. Era mejor sentarse antes de que las rodillas terminaran de derretírsele.

—¿Cómo está Penélope? —le preguntó, sin que se le ocurriera otra cosas que decir.

Cooper se encogió de hombros.

—Bastante bien, teniendo en cuentas las circunstancias...

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, alarmada—. ¿Le ha pasado algo?

—No —negó él, clavándole su intensa mirada azul—. Está bien... teniendo en cuenta que la han abandonado dos veces.

—¿Dos veces?

Él asintió y dejó la taza en la encimera.

—La primera vez no pudo evitarse. Su madre murió en el barro antes de que alguien la encontrara. Pero la segunda es otra historia completamente diferente.

Faith tragó saliva.

—Lo... lo siento. No pensé que podía afectarla.

—Hay muchas cosas que no pensaste, cielo —dijo él, sentándose frente a ella. Parecía relajado, pero era innegable la tensión que se respiraba en el ambiente.

—Hice lo que pensé que era mejor —se defendió ella—. Sé lo mucho que quieres tener hijos, y no quiero ser yo quien te prive de...

—No sabes nada de nada —la interrumpió él—. ¿Y por qué decides lo que es mejor para mí? ¿No me crees capaz de tomar mis propias decisiones?

—Bueno, yo... yo...

Él alargó un brazo sobre la mesa y le tomó la mano.

—¿Qué te hace pensar que preferiría tener hijos a tenerte a ti, Faith?

Ella negó con la cabeza, incapaz de hablar.

—Dicen que no se sabe lo que se tiene hasta que se pierde —le dijo, con una sonrisa que le cortó la respiración a Faith—. Yo te he tenido, y sé que no puedo vivir sin ti.

—Pero... —por primera vez desde que lo vio en el salón, la esperanza que había sentido en el aparcamiento volvió a crecer.

—No hay «peros». Siempre que te tenga a mi lado, no me importará que no podamos tener hijos. Es tu amor lo que necesito. Los hijos podrían haber sido una prolongación de ese amor, pero no habrían sido la razón de lo que siento por ti —hizo una pausa y sonrió—. Si quieres, algún día adoptaremos a uno. O si queremos tener de vez en cuando un poco de caos en nuestras vidas, siempre podemos quedarnos con Ryan y Danny durante un par de días.

—Hay algo que debes saber, Cooper.

—¿Me amas?

—Sí.

—Entonces no hay nada más que importe, cielo —le dijo con firmeza—. Te quiero y quiero pasar el resto de mi vida contigo... Y por eso he venido, para llevarte de vuelta a la Triple Bar, a donde perteneces.

A Faith se le llenaron los ojos de lágrimas. Se levantó de la silla y se arrojó en sus brazos.

Cooper no estaba seguro de si aquello era buena señal o no, pero de momento la tenía en sus brazos y eso era lo único que importaba. Le acarició el pelo y le susurró lo que esperaba que

fueran palabras tiernas y cariñosas. Finalmente, ella dejó de llorar y se apartó. Él quiso besarla, pero Faith negó con la cabeza.

—Te equivocas, Cooper.

—¿No quieres volver a Texas conmigo? No tienes que preocuparte de las malas condiciones del rancho. No reconocerías el lugar si lo vieras ahora. Durante las dos últimas semanas he puesto todas mis energías en hacerlo habitable.

—Cooper, cariño, no era eso lo que me preocupaba —le dijo ella con una sonrisa encantadora—. Hay algo de lo que tenemos que hablar —le puso una mano en la mejilla.

—¿De qué se trata? —le preguntó con voz ronca. El tacto de su mano le producía una corriente de deseo que le atravesaba el corazón.

—Las circunstancias han cambiado desde que me fui de Texas —vio que el rostro de Cooper se ensombrecía de temor—. Te dije que había estado casada.

—Sí, pero ¿qué tiene que ver eso con...?

—Deja que te lo explique —lo interrumpió alzando una mano. Él asintió; una expresión de temor le ensombrecía el rostro—. Cuando Eric y yo estuvimos casados, intentamos tener hijos durante más de un año, sin éxito. Entonces, justo antes de que pensáramos en hacernos pruebas, le confesé a mi mejor amiga mis temores de que Eric fuese estéril. Fue entonces cuando descubrí que mi marido y ella tenían una aventura y que no era él quien sufría un problema de infertilidad.

—¿La dejó embarazada? —Cooper apretó los puños. Si pudiera ponerle las manos encima a su ex marido...

—Eric dijo que no había tenido intención de que pasase —dijo ella asintiendo—, pero, puesto que había pasado, quería casarse con Charlotte y así poder estar con el hijo que yo había sido incapaz de darle. Por eso abandoné la enseñanza. Los tres éramos maestros en la misma escuela. No hubiera podido verlos un día tras otro sin pensar en que ellos tenían lo que yo jamás podría tener.

Cooper ardía de furia por la traición que Faith había sufrido, pero no entendía qué tenía que ver con el cambio de circunstancias que había mencionado.

—¿Qué tiene que ver eso con nosotros, cielo?

Ella se levantó de su regazo y caminó lentamente hacia la

puerta.

—Puesto que estaba claro que era yo la infértil, no vi necesario hacerme las pruebas —se mordió el labio—. No podía soportar que un médico me confirmara lo que ya sabía.

—Comprendo...

Faith respiró hondo y se volvió para mirarlo.

—Pero estaba equivocada, Cooper.

—¿Sobre qué? —preguntó él irguiéndose en la silla. Un escalofrío lo recorrió de arriba abajo.

—Parece que no solo puedo quedarme embarazada —soltó una risa nerviosa—. Estoy embarazada.

Cooper se levantó tan deprisa que tiró la silla al suelo. Le tomó la cara entre las manos y la miró fijamente.

—Cielo, ¿estás segura?

—Sí; por eso no estaba cuando tú llegaste. Había ido a ver a la doctora.

Cooper gimió y la estrechó fuertemente entre sus brazos.

—Te quiero con todo mi corazón, y no me importaría si no estuvieses embarazada —respiró hondamente, mientras la emoción se le extendía por el pecho—. Pero sería un condenado mentiroso si te dijera que no soy el hombre más feliz del mundo por saber que llevas dentro un hijo mío.

Ella se aferró a él, como si no quisiera dejarlo marchar.

—Entonces... ¿la oferta sigue en pie?

—¿La oferta? —repitió, confundido—. ¿De qué oferta hablas, cielo?

—Me ofreciste llevarme de vuelta a la Triple Bar.

—No.

—¿No?

—No era una oferta —dijo él sonriendo—. Una oferta puede rechazarse, y yo no estaba dispuesto a volver a Texas sin ti —la besó con todo el sentimiento que albergaba en su interior—. Y puedes estar segura de que cuando estemos en el avión de vuelta a casa, seremos marido y mujer.

—Pareces estar muy seguro de ti mismo —dijo con una tierna sonrisa.

—Lo estoy —se presionó contra ella, para que notase la erección que le provocaba con su sonrisa—. Cielo, no puedo prometerte que

esté contigo el resto de tu vida, pero sí que lo estaré el resto de la mía.

—Eso espero, vaquero —lo besó, y él sintió como si le estuviera dando el regalo más valioso del mundo—. Te amo, Cooper Adams.

—Y yo a ti, cielo —le respondió, tomándola en sus brazos—. De eso podrás estar segura mientras viva.

Epílogo

—¿Dónde está mami? —preguntó Dusty mirando a su alrededor. Con un brazo aferraba un conejito rosa, mientras apoyaba el otro en los hombros de su padre.

—Está arriba, con tu nueva hermanita —le dijo Cooper, mirando a su hijo mientras atravesaban el vestíbulo del hospital.

—Bebé Katie —dijo Dusty muy serio, asintiendo con su rubia cabecita.

Un sentimiento de amor y orgullo invadió a Cooper. A los dos años, Dustin Cooper Adams hablaba mejor que casi todos los chicos de su edad.

—Eso es. Tu hermanita bebé se llama Katie —le dijo sonriendo —. Y hoy nos la vamos a llevar a casa, a ella y a mamá.

—Suelo, papi —Dusty se retorció para que lo soltara—. Suelo.

Cooper lo dejó en el suelo, le ajustó su pequeño sombrero y lo tomó de la mano para impedir que se escapara.

Momentos después estaban en la habitación de Faith. En cuanto vio a su madre, sentada en una silla con el bebé, Dusty se soltó de la mano de Cooper y corrió hacia ella.

—¡Mami! —le enseñó el conejito rosa—. Es para Katie.

—Oh, seguro que le encanta, cariño —dijo Faith, rodeándolo con un brazo— .Me alegro tanto de verte...

Cooper se inclinó y besó con dulzura a su mujer.

—¿Cómo están las dos chicas más guapas de Texas?

—Muy bien —le respondió con una sonrisa—. ¿Y cómo se las arreglaron anoche y esta mañana mis dos chicos?

—Muy bien —Cooper miró a la mujer más hermosa que había conocido y sonrió. Aunque, tres años antes, había llegado a pensar que no podría amarla más, su amor de entonces no podía ni compararse al que sentía en esos momentos—. Dusty me ayudó a dar de comer a Penélope y a su nuevo becerro, ¿verdad, Dusty?

—«Pélope» come mucho —dijo él asintiendo.

Viendo que su hijo necesitaba estar con su madre, Cooper tomó

al bebé en brazos y puso a Dusty en el regazo de Faith. Mientras el pequeño le contaba a su madre sus aventuras, él se sentó en la cama para contemplar a su nueva hijita.

Katie Jo Adams era la niña más bonita que había visto en su vida, y cuando fuera mayor iba a tener a los hombres haciendo cola por ella. Al pensar en eso se encendió. Ya podía entender por qué su cuñado Flint era siempre tan protector con Molly, la nueva hija de Jenna.

—Parece que Katie va a ser una niña de papá —dijo Faith abrazando a su hijo, que se había quedado dormido contra su pecho.

—¿Eso crees?

Faith asintió y le sonrió al hombre al que amaba con todo su corazón. No podía creer cómo había cambiado su vida desde que, tres años atrás, lo vio por primera vez.

—Gracias, Cooper.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Por haberme dado tanto —miró a Dusty y luego a Katie—. Por haberme dado amor y dos hijos preciosos... Y porque dentro de un par de años podrás darme otro.

—Cielo, acabas de tener un bebé ¿y ya estás hablando de otro? —le preguntó con incredulidad.

Ella asintió sonriendo.

—Creo que otro hijo y otra hija sería perfecto.

—Cuatro hijos —Cooper pareció considerarlo—. Si no te importa, creo que preferiría tener dos hijos varones más.

—¿Por qué?

—Voy a tener una úlcera de tanto pensar en cómo proteger a Katie de sus pretendientes —respondió con una sonrisa—. No sé si podría soportar la preocupación con dos hijas.

—Lo harás muy bien —le aseguró ella—. Entonces, ¿estamos de acuerdo? ¿Cuatro hijos?

—Cielo, puedes estar segura de que voy a darte tantos hijos como quieras.

Faith le sonrió a su marido, sintiéndose más feliz que nunca.

—Te quiero, Cooper.

—Y yo a ti, cielo —los ojos le brillaban con toda la emoción del sentimiento—. Te quiero y siempre te querré.